Te dije que no la tocaras mais

OLGA SALAR

Te dije que no la tocaras más.

Para Aitana con todo mi amor.

I swear I'm going to put you in a song that I write
About a Galway girl and a perfect night.

Galway girl, Ed Sheeran.

TE DIJE QUE NO LA TOCARAS MÁS

© Olga Salar.

Primera edición: Julio 2018

Diseño de portada: Alicia Vivancos.

Correcciones: Anabel Botella.

www.olgasalar.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Próximamente…
Sobre Olga Salar
Otras obras de la autora

Capítulo 1

Definitivamente la magia se había volatilizado, pensó Darcy, mientras el peso de la página en blanco caía como una losa sobre ella.

O tal vez, el problema residía en que la había gastado de tanto usarla y ya no quedaba ni una pizca que la sacara del problema en el que andaba metida. Problema que, cómo no, tenía su origen en su flamante exmarido.

Para su desgracia, no tenía tiempo para lamentarse ya que solo le quedaban sesenta días para entregar su nuevo trabajo y no había manera de que pudiera extender más el tiempo disponible. Su comprensiva editora ya le había dado dos prórrogas y la editorial estaba impacientándose. La excusa del divorcio ya no justificaba los retrasos. Habían pasado seis meses desde que un juez había dicho que ya no tenía que volver a verle la cara al que había sido el peor marido de la historia desde sus inicios, allá por Adán y Eva y, ocho desde que le puso las maletas en la puerta.

Desde entonces, Darcy había rehecho su vida en casi todos los aspectos posibles, a excepción del laboral, visto lo visto. Consciente de que necesitaba volver a escribir, había seguido la tradición y se había marchado a Termonfeckin, el pueblo irlandés del que procedía su familia y en el que siempre había encontrado la tranquilidad y la inspiración que necesitaba para escribir.

Estaba en un lugar inmejorable, el frío azotaba en la calle, pero ella disponía de un fuego que la calentaba por fuera y de un té humeante y aromático que la calentaba por dentro. Y estaba más que decidida a romper la maldición que le impedía juntar dos palabras con sentido y a lograr que su canción amuleto funcionara, como había hecho siempre. Subió el volumen del portátil y esperó a que la canción se abriera camino en su abotargada mente.

Intentó centrarse en la melodía y se abstrajo de todo lo demás. La letra, que en otras

ocasiones le evocaba imágenes de besos y de hombres apuestos hincando la rodilla en el suelo, ahora solamente eran palabras huecas sin inspiración.

—¡Maldito seas, Sidney! Te has cargado mi sentido romántico —gritó, a pesar de que no había nadie que la escuchara.

Su maldito exmarido estaría en Londres con su nueva conquista y nada le importaba menos que haber destrozado la capacidad de escribir de la que había sido su mujer.

—Por favor, —rogó a nadie en particular—, necesito volver a ser yo. Haré lo que sea si me dejas escribir una página en condiciones.

Enfadada y herida a partes iguales, Darcy se puso de pie, subió a tope el volumen de la música, sin importarle que esta se distorsionara un poco, y comenzó a gritar, porque cantar no era la palabra correcta, a la espera de que el milagro de la música la salvara del atolladero literario en el que se encontraba.

Tan enfrascada estaba en lo que hacía, que no se dio cuenta de que alguien aporreaba la puerta de la casa hasta que la canción por fin terminó y el reproductor se quedó en silencio.

Sorprendida por tener visita, ya que las únicas personas con las que se veía regularmente en Termonfeckin eran sus dos amigas: Fiona y Caitlin, quienes sabían que por las mañanas no estaba disponible para nadie porque debía trabajar, se acercó a la puerta con cautela y preguntó.

—¿Quién es?

Una voz masculina, que le resultó familiar gruñó que abriera y, movida por la curiosidad, hizo lo que le pedían.

Un segundo más tarde, se encontró frente a una persona a la que conocía muy bien. Alto, fuerte, de cabello color miel y con los ojos azules bordeados de tupidas pestañas castañas. No obstante, a pesar de saber a ciencia cierta quién era, jamás en su vida lo había tenido tan cerca o había soñado siquiera con tenerlo.

De hecho, los hombres habían dejado de ser importantes en su lista de prioridades desde que Sidney salió disparado de su vida.

Movida por la desesperación de las últimas semanas, lo asió del brazo, notando cómo él tensaba los músculos bajo sus dedos, seguramente preocupado por su reacción, y lo instó a entrar en casa.

—Deprisa, pasa —pidió—. ¡Qué maravilla que estés aquí! Tiene que haber escuchado mis súplicas.

—¿Quién? —preguntó él, desconcertado.

—¡Dios! ¿Quién sino? Ven, ayúdame, esto no funciona. —Fue consciente de que sonaba desesperada, pero es que lo estaba.

El hombre se resistió inicialmente a entrar, pero al ver el estado de locura de Darcy se planteó que lo mejor era no contrariarla.

—¿Dios? ¿Has hablado con él?

Lamentablemente, tenía mucha experiencia con mujeres inestables y lo mejor era seguirles la corriente hasta que se calmaban.

Darcy lo miró confusa.

—No, he rezado.

—¡Ah, ya veo!

—Sí, y no funciona. Tienes que ayudarme. Lo he intentado todo y nada funciona —repitió ella parada frente a él.

—¿Qué es lo que no funciona? —Preguntó con cautela—. ¿Rezar?

—Tu canción. Ya no funciona. Por favor, cántamela a ver si consigo que vuelva la magia.

Él la miró con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Creo que lo mejor es que te sientes y que te tranquilices. Si me das el número de teléfono del médico del pueblo lo llamaremos y le pediremos que venga a verte, ¿de acuerdo? ¿Tienes los calmantes que te recetó a mano? —aventuró Kellan.

—Estoy tranquila. No hace falta molestar a nadie porque esto es una señal. Y no me han recetado ningún calmante. —Estaba tan absorta en él que ni siquiera llegó a comprender el significado de sus palabras.

—¿Qué es una señal?

—Que estés aquí —afirmó con una sonrisa radiante—. ¿Por qué sino ibas a estar a tantos kilómetros de tu casa en Londres?

Kellan Mcgarry la miró con reserva. A lo largo de su carrera como cantante, había tenido que vérselas con fans sobreexcitadas que trataban de desgarrarle la ropa para llevarse un trofeo o incluso arrancarle un mechón de cabello, pero lo que decía la pelirroja que tenía delante se escapaba de su experiencia laboral.

¿Cómo narices sabía que vivía en Londres? ¿Sería una acosadora, además de estar trastornada?

—Estoy aquí porque necesito trabajar y no puedo concentrarme si te dedicas a poner mi música a todo volumen. Y encima gritas como una loca destrozando mi canción —remarcó el determinante posesivo.

—¿Disculpa?

Él se levantó, consciente de que estaba frente a una mujer desquiciada a la que acababa de insultar sin miramientos.

—Necesito silencio para componer —añadió modulando la voz para sonar dulce—. Solo te pido eso. Por alguna razón somos vecinos y tus gritos impiden que me concentre.

Darcy se levantó también.

—Y yo necesito que me cantes la maldita canción porque ha dejado de funcionar la magia. Además, tú te debes a tu público.

—De verdad, creo que estás loca.

En cuanto salieron esas palabras de sus labios supo que había cometido un error de cálculo. No se podía llamar loca a una loca, a saber cómo iba a reaccionar en ese momento.

Reculó sin dejar de mirarla, buscando la puerta por si tenía que salir a toda prisa de allí.

De acuerdo que la chica era menuda y que su pelo rojo revuelto y sus ojos verdes le conferían un aspecto frágil y delicado, incluso sus gafas de pasta ayudaban a darle ese aspecto de chica buena, pero las personas desquiciadas eran capaces de sacar fuerzas de su locura. Quién sabía de lo que esa muchacha era capaz de hacer para que le cantara su canción.

—Así que Kellan Mcgarry es un fraude. Haría cualquier cosa por mis fans… —parafraseó tratando de imitar su tono.

El aludido la miró como si le acabaran de crecer tres cabezas de golpe.

—Creo que será mejor que me marche. Me están esperando —se excusó, ansioso por salir de allí—. Saben que estoy en casa, por lo que me buscarán si no lo estoy.

Darcy ni siquiera lo miró.

—Márchate, no te necesito. Tu música nunca ha significado nada para mí. Soy perfectamente capaz de escribir otra novela sin tu ayuda. De hecho, creo que para esta ocasión voy a recurrir a *Maroon 5*, que me gustan más que tú.

Kellan se detuvo a medio camino en su huida.

—Un momento, ¿eres escritora? ¿Escribes libros?

Se giró, sorprendida, por la pregunta.

—Es lo primero que te he dicho cuando has aparecido en mi puerta. Tengo un bloqueo

literario y necesitaba que cantaras *Estrella de la mañana* para poder desbloquearme y entregar la novela que mi editora sigue esperando.

Él parpadeó sorprendido.

—Estoy seguro de que no has dicho nada de eso —protestó.

—Definitivamente voy a probar con Maroom 5 —zanjó Darcy, decidida a cambiar sus gustos musicales para siempre—. Kellan Mcgarry no se toma en serio a sus fans y eso es imperdonable.

Capítulo 2

—No puedo creer que hicieras algo así. —Se rio Fiona—. ¿Cómo se te ocurrió pedirle que te cantara? —preguntó al tiempo que sacaba de las cajas que acababan de llegar a la librería, los libros que debía poner a la venta.

La librería de Fiona era la única del pueblo y uno de sus centros neurálgicos.

—Estaba desesperada. Nada de lo que hacía funcionaba, y de repente abrí la puerta y me di de bruces con Kellan Mcgarry, el autor de la canción con la que he escrito mis mejores novelas. Habría sido una tonta si no hubiera intentado aprovechar el momento.

Fiona había sido consciente de que algo iba mal en cuanto vio aparecer a Darcy por la librería a aquellas horas. Su amiga se encerraba todas las mañanas en la casa de sus abuelos para escribir su nueva novela. Ni la insistencia de sus amigas para que se relajara y dejara que las cosas fluyeran había conseguido nunca, en las tres semanas que llevaba allí, que cambiara sus hábitos y desayunara con ellas en el pub de Marla.

—Es posible, pero ahora él cree que estás loca —apuntó Fiona disimulando una sonrisa.

—Me importa muy poco su opinión.

—Pues debería importarte. Es la fuente de tu inspiración. —Se rio su amiga, ahora abiertamente—. ¿De verdad no sabías que estaba aquí componiendo?

—Pues no. Y además, ya no me importa. Voy a probar con Adam Levine, quien, no solo compone mejor que él, sino que es más guapo.

—Eso es una simple cuestión de gustos. Yo me quedo con Kellan.

—Pues todo para ti.

—Qué más quisiera yo que fuera tan fácil, pero a él no le van las libreras sencillas que viven en pueblos pequeños. —Se quejó fingiéndose consternada.

No obstante, Darcy sabía que Fiona adoraba su vida y que no la cambiaría, ni siquiera por una estrella del rock atractiva y poco considerada.

—Eso no lo sabes.

—Créeme, lo sé. He hablado con él varias veces y no me ha mirado como los hombres de tus novelas miran a las mujeres.

—Los hombres de mis novelas no existen. —De repente pareció darse cuenta de lo que su amiga había dicho porque frunció el ceño y la miró acusadora—. ¿Por qué no me habías dicho que estaba aquí? Y por cierto, ¿qué narices hace en Termonfeckin?

—No te lo había dicho porque creía que lo sabías. Todo el mundo habla de ello. Y está aquí para componer su nuevo disco.

—No sabía que los Lynch alquilaban su casa —comentó Darcy.

—No lo hacen. Rowan Lynch es el manager de Kellan y lo ha invitado para que la use una temporada. Está componiendo su nuevo disco con tranquilidad y lejos de fans acosadoras. —Darcy la miró de mala manera consciente de que Fiona se estaba burlando de ella—. Una pena que el bueno de Rowan no se hubiera enterado de que tú andabas por aquí. —Rio.

—Muy graciosa, pero ¿Rowan no era el moreno por el que Caitlin y tú os enfadasteis un verano? Creo recordar que las dos estabais locas por él y que yo tuve que mediar paz entre las dos cuando el susodicho se decidió por Caitlin.

—¿De verdad? No me acuerdo —apuntó Fiona con un tono de incomodidad que preocupó a Darcy—. Además, si se quedó con Caitlin deberías preguntarle a ella.

—Tal vez me haya confundido.

Por supuesto que no se había confundido, Rowan y ella se conocían desde niños. Con su comentario solo pretendía molestar a Fiona un poco.

—Eso será —aceptó Fiona sin dejarse engañar.

—De las tres, la única que ha tenido suerte en el amor es Caitlin. A pesar de sus locuras, cuando conoció a Peter se convirtió en una mujer casada y en el paradigma de la esposa perfecta.

Fiona la cogió de la mano con afecto.

—Son una bonita pareja. Se quieren mucho, y ahora que Caitlin está embarazada todo es más pasteloso que antes, pero no son perfectos, todas las parejas discuten. Créeme, los he visto enfadados.

Darcy la miró mal.

—No intentes hacer que me sienta mejor. Forman una pareja estupenda y nadie tiene la culpa de que mi matrimonio fuera un desastre —espetó al tiempo que la fulminaba con la mirada antes de salir airada de la librería.

Fiona estaba detrás del mostrador tratando de terminar de etiquetar los libros nuevos que acababa de recibir de Dublín, cuando el sonido de las campanillas de la puerta de la librería la alertaron de que acababa de entrar un cliente.

Con su habitual sonrisa, levantó la cabeza del trabajo y se topó con la inesperada presencia de la segunda celebridad que habitaba el pueblo ese invierno.

No había duda de que Darcy era la primera, no solo porque su familia fuera oriunda de allí, sino porque el abuelo de Darcy había nacido en el pueblo y, aunque se marchó a Dublín en busca de trabajo, había regresado cada verano a la vieja casa de sus padres con su familia. Una casa que había visto nacer a sus hijos y crecer a sus nietos. Un hogar que había sufrido las transformaciones modernas que sus hijos necesitaban, pero sin perder el encanto que le proporcionaba el haber estado en pie por más de un siglo.

—Buenas tardes. —Saludó Fiona—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Kellan sonrió, y Fiona fue consciente de por qué tenía tanto éxito entre las mujeres de todas las edades. Definitivamente, no era solo por su voz.

—Fiona, ¿verdad? —La saludó—. Sé que hemos hablado varias veces, pero no soy muy bueno con los nombres.

Ella sonrió con calidez.

—No te preocupes, esta vez has acertado. —Bromeó.

—Eso es porque Rowan me recalcó tanto tu nombre que he tenido que aprendérmelo.

La mención de su antiguo amigo alteró un poco a Fiona.

—¿Rowan te habló de mí?

Asintió con una sonrisa.

—Me dijo que si necesitaba algo que recurriera a ti. Que eras una de las mejores personas que conocía y que no dudarías en ayudarme si estaba en tu mano.

Kellan se dio cuenta de que se había sonrojado por el cumplido, pero no dijo nada más por temor a incomodarla. Se notaba que la intimidaba por el modo en que se estrujaba las manos, y por mucho que lo hubiera acusado la escritora loca de ser desconsiderado con sus fans, él se preocupaba por ellos, e incluso se tomaba su tiempo para hacerse fotografías o charlar cuando lo abordaban por la calle.

Vio cómo Fiona se apartaba un mechón castaño claro de la frente y se lo pasaba por detrás de la oreja. Era bonita, decidió. Sus ojos grandes y dorados y su piel inmaculada llamaban la atención. También recordaba que la primera vez que la vio pensó que tenía buen cuerpo, proporcionado y sin huesos remarcándosele por todas partes. No obstante, ahora estaba tras el mostrador y no podía confirmar lo cierta que había sido su primera impresión.

A pesar de su belleza, no se la podía comparar a la escritora trastornada. Con su pelo

llameante, sus ojos brillantes y ese cuerpo voluptuoso, que ni la ropa de invierno había podido ocultar, su vecina desquiciada superaba a cualquier mujer que recordara en ese momento.

Molesto consigo mismo por el camino que habían tomado sus pensamientos, se esforzó en centrarse de nuevo en Fiona.

—¿Y en qué puedo ayudarte? —ofreció ella cuando se percató de que él había dejado de lado sus reflexiones.

—Quisiera un libro —dijo con cierta timidez.

Fiona rio.

—Pues estás en el lugar adecuado. ¿Qué tipo de libro buscas?

Kellan se quedó en silencio unos segundos.

—Entiendo —comentó Fiona—. No tenemos ese tipo de revistas en la librería. Lo siento —apuntó recuperando su rubor.

—No, no. —Se defendió él—. Quiero un libro, de un autor local. Autora, más bien. El problema es que no sé cómo se llama.

—¿Autora local?

Asintió, incómodo.

—Supongo que te refieres a Darcy Lauren, pero no es una autora local al uso.

Kellan esperó a que ella añadiera algo más, a que le explicara lo que había querido decir.

Fiona salió del mostrador y se adentró entre las filas de estanterías.

—Darcy vive en Londres, pero pasa el invierno en Termonfeckin, momento que aprovecha para escribir. Lo que me lleva a preguntarte, ¿sabes qué género escribe Darcy?

Él negó con la cabeza, visiblemente incómodo con el tema.

—Darcy es una de las escritoras más importantes de novela romántica a nivel mundial.

—¿Romántica? —repitió, más para asimilarlo que porque creyera que había escuchado mal.

—Romántica —ratificó—. Por eso la pregunta es: ¿quieres empezar con alguna de sus primeras novelas o prefieres la última?

—¿Qué diferencia hay?

Fiona rio con picardía, al tiempo que tomaba dos libros de la estantería que tenían enfrente.

—Creo que te daré una de cada. Cuando las termines puedes venir a por las siguientes —dijo con seguridad.

—No creo que… yo solo… es simple curiosidad.

—Vendrás —insistió Fiona al tiempo que le tendía los dos libros.

Capítulo 3

Definitivamente no iba a poder terminar el trabajo de etiquetar las novedades que habían llegado a la librería, decidió Fiona al levantar la mirada de lo que estaba haciendo, alertada, de nuevo, por el sonido de las campanillas de la puerta.

Al comprobar quien era, salió apresurada de detrás del mostrador para ofrecerle una silla a su embarazadísima amiga Caitlin.

—¿Qué haces aquí con el frío que hace? —la regañó al tiempo que le ofrecía una silla para que descansara.

Tampoco es que la casa de Caitlin estuviera muy lejos de la librería, pero estaba embarazada de seis meses y no podía ir correteando por el pueblo así como así, con la nieve y el hielo que había en las calles.

—Voy abrigada, y además he venido con una misión importante. —Sonrió la rubia, cuyas mejillas regordetas estaban coloradas por el ejercicio y el frío de la calle.

Sin perder la sonrisa, se acomodó como pudo en la silla que le ofrecían. Si bien el asiento era cómodo, Caitlin había aumentado de peso con el embarazo y le costó encontrar la postura.

—¿Una misión? —Repitió Fiona, escéptica—. Si lo que querías era un libro solo tendrías que haberme llamado y yo misma te lo hubiera acercado hasta casa o tu atento marido habría venido a por él por ti.

—No es eso, Fiona. De verdad que tengo una misión. Hará unas dos horas mi móvil comenzó a sonar. Como me siento tan pesada y estaba descansando en el sofá, tardé mis buenos cinco minutos en levantarme de él. El caso es que cuando por fin llegué hasta mi teléfono, fuera quien fuera la persona que llamaba ya había colgado. Y digo fuera quien fuera porque el número que

aparecía en la pantalla era desconocido para mí. No sabía si devolver la llamada o esperar por si volvían a contactar conmigo cuando mi teléfono volvió a sonar.

Fiona, que estaba acostumbrada a que Caitlin tardara siglos en llegar al meollo de la cuestión, esperó con paciencia.

—¿Y a que no sabes de quién era el número desconocido que quería hablar conmigo?

—Ni la menor idea. ¿De quién era?

—De Rowan Lynch.

—¿Cómo dices?

—Digo que Rowan me llamó para encargarme la misión de que hablara contigo y te pidiera, de su parte, que le echaras una mano a Kellan Mcgarry. Y aquí estoy, dispuesta a cumplir mi palabra. —Sonrió Caitlin, satisfecha de sí misma.

—¿Rowan Lynch te llamó a ti para que hablaras conmigo?

Caitlin la miró evaluándola, preocupada por su respuesta. Fiona era una mujer extremadamente inteligente y centrada, y esa mañana parecía despistada.

—Te lo acabo de decir. Palabra por palabra, si hasta te he contado los detalles.

—¿Y por qué no me llamó a mí directamente?

—No lo sé, ¿tal vez porque no tenía tu número? —especuló Caitlin sin darle importancia.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Lo que te he dicho. Que te pidiera de su parte que estuvieras pendiente de Kellan.

—Será imbécil… cretino y estúpido.

—Creo que no lo entiendo. ¿Por qué le insultas?

—Caitlin.

—¿Sí?

—¡Cállate!

Media hora más tarde, Caitlin estaba perfectamente acomodada en su casa y Fiona se encontraba de nuevo frente a los libros que tenía que ordenar. El problema era que un pequeño papelito frente a ella la apartaba de sus obligaciones.

Desde que Caitlin le había apuntado el número de Rowan, no podía hacer otra cosa más que mirarlo y debatirse entre llamarle y ponerle al corriente de la clase de cretino que era o ignorarlo y seguir con su vida.

La segunda opción ya la había cumplido, o eso había creído. Llevaba mucho tiempo siguiendo con su vida y sin pensar en Rowan. Ese estúpido había estado a punto de cargarse su amistad con Caitlin cuando tenían veinte años. Ahora con veintinueve no iba a permitir que volviera a estropearla. Ni siquiera porque hubiera utilizado a su amiga para mandarle un mensaje.

—¿Por qué narices no me llama a mí si quiere que sea yo la persona que ayude a Kellan? —se preguntó cada vez más enfadada.

—¿Con quién hablas? —preguntó Marla, que acababa de entrar en la librería con una taza en la mano.

Había estado tan ensimismada que ni siquiera se había dado cuenta de que entraba alguien.

—Conmigo misma.

Marla rio y dejó la taza de café sobre el mostrador.

—¿Y te contestas a ti misma también?

—Por supuesto. —Rio Fiona—. ¿Esto es para mí? —preguntó mirando el café que tenía delante.

—Lo es. No has venido a por él y he pensado en traértelo y aprovechar para ver si has puesto

algo nuevo en la sección de préstamos.

—Sí, hay novedades. Darcy ha donado libros de su editorial, así que tienes unos veinte que no estaban ahí ayer.

La cara de la mujer, que pasaba de los cuarenta, se iluminó de repente.

—Adoro a Darcy. Díselo cuando la veas —comentó saliendo disparada hasta la estantería de los préstamos.

En un pueblo tan pequeño como Termonfeckin, la biblioteca era diminuta, por lo que Fiona, intentando contentar a sus clientas, había habilitado una zona de intercambio de libros. Allí iban a parar los libros que se descatalogaban o los que eran donados por otras personas.

De modo que su librería no era solo un lugar donde comprar libros, sino también un espacio para interactuar con los vecinos y hablar de libros, chismes y cualquier cosa que les preocupara a sus clientes.

—Marla, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo siguiéndola por el pasillo.

—Y dos.

—¿Crees que una persona debe decir siempre lo que piensa o que es mejor callarse para evitar conflictos?

Marla dejó el libro que había comenzado a ojear y clavó la mirada en ella.

—Esta pregunta tiene truco, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—De acuerdo, en ese caso comienza por el principio.

—Muy bien, pero para eso voy a hacer uso del café que me has traído. —Decidió dejando a Marla y regresando al mostrador.

Quince minutos más tarde Marla se marchaba con su taza vacía y dos libros prestados y,

Fiona por fin sabía qué hacer con su papelito.

Decidida a decir lo que pensaba marcó el número en su móvil y esperó. Un segundo más tarde comenzó a dar tono y el estómago de Fiona se contrajo por los nervios.

Dos tonos, tres, cuatro tonos, cinco, seis…

—En este momento no puedo atenderte, pero deja tu mensaje y te llamaré en cuanto tenga un minuto libre —anunció la voz de Rowan.

—Rowan Lynch, soy Fiona Adams. Te llamo para decirte que eres un cretino redomado. Si pretendías que ayudara a Kellan Mcgarry tendrías que habérmelo pedido a mí. A mí, ¿te enteras? No ir haciendo llamadas a otras personas para que hablaran conmigo. Es absurdo. Tú eres… absurdo. Eres un tipo realmente absurdo y no te soporto. No sabes lo que me alegra no tener que ver tu cara absurda nunca más.

Capítulo 4

—¡Joder! —espetó Kellan con los ojos clavados en el libro que leía.

Estaba tan concentrado en la novela, que había dejado de molestarle que la escritora desquiciada hubiera cumplido su amenaza y lo estuviera torturando con la voz de falsete de Adam Levine.

Era la segunda novela que devoraba en día y medio, y aunque era un lector esporádico que recurría a la lectura cuando disponía de tiempo libre, lo cierto era que lo estaba disfrutando.

La autora y el género le habían hecho acercarse a ellas poco convencido de que fuera a disfrutar de la lectura, aunque al mismo tiempo, la curiosidad que le generaban ambas había hecho que leyera el más corto de una sentada y que siguiera sin descanso con el que resultaba ser el último que Darcy Lauren había publicado. Concretamente solo unos meses antes.

Salvando algunas descripciones demasiado femeninas, a él qué le importaba que el protagonista mirara a la chica con ojos lánguidos y brillantes y la respiración entrecortada por el deseo animal que ella le despertaba, ¿por qué simplemente no iba directa al meollo del asunto? Algo que, siendo sincero, se le daba de maravilla a la pelirroja.

Las mujeres y sus preliminares, suspiró, exasperado, pasando la página.

Salvado ese punto, las novelas estaban siendo todo un descubrimiento y comenzaba a comprender el comentario de Fiona sobre las primeras o las últimas. Era evidente que con la última historia Darcy le había dado mayor protagonismo a la historia erótica de la pareja.

Un grito exagerado le hizo perder concentración y se encontró de nuevo escuchando a su vecina de cabello llameante cantando a todo volumen. De hecho, a pesar de tener la casa cerrada a cal y canto para que no entrara el frío, el hecho de que fueran adosadas hacía que Kellan fuera

capaz de escuchar cada uno de los quejidos y lamentables intentos de cantar de la escritora alterada de al lado.

¿Cómo había llegado a eso? Se había mudado a Termonfeckin buscando la paz y la tranquilidad que no tenía en Londres.

Su primer intento de componer lo había llevado a casa de sus padres, pero su hermana Amelia estaba allí, y lo que pretendía ser un retiro musical se había convertido en un tour por orfanatos y hospitales.

Amelia era asistente social y estaba terriblemente concienciada con todos los males que asolaban a la sociedad y, tener un hermano como él, era una mínima parte de su contribución a cambiar el mundo.

Ni siquiera Amanda, la madre de Amelia y madrastra de Kellan, había logrado que su hija se tomara un descanso y permitiera que Kellan compusiera lo que sería su nuevo disco. El quinto en su carrera.

Kellan adoraba estar en casa de sus padres, del mismo modo que adoraba a su hermana. Contaba con tan solo tres años, cuando Amanda apareció en su vida, toda dulzura y comprensión. Y todavía no había cumplido los cinco cuando Amelia hizo acto de presencia. Una presencia que lo cambió todo. Su madrastra comenzó a dedicarle tiempo al bebé y Kellan se sintió solo. Hasta que una mañana, antes de ir a la escuela, Amanda lo pilló haciendo música con la cuchara y el cuenco de cereales y todo cambió de repente.

Consciente del talento de su hijo, lo inscribió en una escuela de música y marcó el futuro del niño.

Un niño capaz de arrancarle armonía a cualquier instrumento que le pusieran delante tenía un don. Además, Kellan disfrutaba haciendo uso de él. ¿Se podía pedir algo más?

Tanto Amanda como su padre lo apoyaron cuando, con diecisiete años, dejó el instituto y se recorrió todas las casas discográficas habidas y por haber. Estaba a punto de rendirse cuando

recibió una llamada. Rowan Lynch estaba igual que él, comenzando con su despacho de representación. Llevaba a varios actores de teatro, pero al parecer alguien le había hablado de él y estaba dispuesto a darle una oportunidad.

La desesperanza que había invadido a Kellan se fue por los aires cuando conoció a Rowan, quien no era más que un par de años mayor que él.

Aun así, la facilidad de palabra de Rowan lo dejó impactado. Ese tipo era capaz de venderle agua a un marino.

Los dos años siguientes fueron difíciles, tocó en muchos pubs y fiestas locales, y en definitiva, en cualquier lugar que lo solicitara. Con ello ganó tablas, que después le harían convertirse en el gran Kellan Macgarry, una estrella de rock que no solo componía para sí mismo, sino que también lo hacía para otros artistas.

Rowan se hizo cargo de su carrera y lo demás fue historia de la música.

Su amistad se había forjado a base de trabajo, confianza y horas de carretera. Por ello, cuando le pidió ayuda para escapar de su familia excesivamente amorosa, este le ofreció la casa familiar en un pequeño pueblo del Condado de Louth, en Irlanda.

Lo que ninguno de los dos había esperado, era que tuviera que lidiar con una escritora perturbada que había decidido torturarlo para obligarlo a hacerle un pase privado.

—No está funcionando —decidió Darcy.

Llevaba más de media hora con la atronadora música a todo volumen y nada. Kellan Macgarry no había vuelto a golpear en su puerta para que se callara.

A lo mejor no estaba en casa, pensó. Sí, eso era. No estaba en casa y ya no tendría que torturarse con tantos decibelios que amenazaban con hacer que su cabeza estallara. ¿Si no iba a molestar a Kellan para qué iba a seguir con la música tan alta?

Con un suspiro de alivio, bajó el volumen y se dejó caer en el sofá con el portátil en las rodillas.

Su intento de molestar a su vecino había sido un fracaso tan estrepitoso como el de escribir de nuevo. Lo había probado todo y la página de Word seguía en blanco. Ninguna idea sobre cómo comenzar o qué contar.

No le quedaba nada a lo que recurrir. Su vida amorosa era un desastre o, para ser más exactos, era nula, cero, no existía ni en sus malditos sueños. Nadie despertaba en ella el más mínimo interés.

Estaba comenzando a preocuparse por si de repente se había vuelto asexual. El desengaño amoroso y el divorcio la habían afectado tanto que, cuando recurría a la lectura como vía de escape, se saltaba las partes en las que los protagonistas intimaban…

Ni siquiera una súper estrella del rock con el pelo brillante y los ojos más bonitos que hubiera visto nunca le despertaban interés… Más allá de su voz, por supuesto.

Aunque no se atrevía a negar que tenía un físico impresionante.

Con una sonrisita traviesa, abrió el explorador de internet y buscó el icono de Youtube. Seguro que Kellan Macgarry tenía un canal propio, se dijo poniendo su nombre en el buscador. Al instante apareció una lista extensa de videos musicales: *Estrella de la mañana* aparecía en muchos de ellos, *covers* de artistas desconocidos, vídeos con la letra en diversos idiomas y el vídeo oficial de la canción.

Pulsó el play y el fondo negro inicial cambió rápidamente. Una carretera solitaria, un coche descapotable, el conductor, la luna y las estrellas como únicos protagonistas.

Durante casi cuatro minutos, Darcy apenas parpadeó. Tardó otro más en ser capaz de reaccionar.

Sintió un agradable revuelo en el estómago… Familiar y lejano…

—¡Madre mía! Ya no necesito canciones inspiradoras, acabo de descubrir que tengo un muso —clamó emocionada.

Capítulo 5

¿Absurdo? Rowan estaba casi seguro de que era la primera vez que alguien le llamaba de ese modo.

Tras salir de una reunión en el centro de la ciudad, había escuchado los mensajes que parpadeaban en su buzón de voz, y se había quedado completamente asombrado al escuchar la voz de Fiona. Si bien la reacción a su voz no había sido nada en comparación al estupor que había sentido al escucharla llamarle absurdo.

Y lo peor de todo era que desconocía el motivo de dicho ataque. Que lo detestaba había dicho antes de colgar. Pero ¿por qué?

Desde el instante en que escuchó el mensaje había actuado como un zombi, tratando de dar con el motivo de su enfado. Hasta el punto de que, Rachel, su secretaria, había tenido que repetirle las cosas tres veces para que se centrara.

—Rachel, ¿dirías de mí que soy absurdo?

Su secretaria lo miró desconcertada.

—¿Cómo dices?

—¿Crees que soy absurdo? —volvió a preguntar.

Ella lo miró unos instantes antes de contestar.

—Creo que lo estás siendo ahora mismo —dijo antes de darse media vuelta y dejarlo más molesto que antes.

No pudo quitarse de la cabeza las palabras de Fiona. Nada de lo que hizo había ayudado a que se olvidara del tema, y a pesar de todo lo que tenía pendiente de firmar y revisar, estaba

sentado en su escritorio con las manos cruzadas.

No entendía el porqué de la llamada de Fiona y mucho menos sus maneras. De hecho, era incomprensible porque no la había visto ni había hablado con ella desde hacía años. Concretamente desde la Nochevieja de tres años atrás, cuando le había dado lo que pretendía fuera un beso de felicitación de año nuevo y había terminado con la mejor noche de pasión que era capaz de recordar. Ni las anteriores ni las posteriores se podían comparar a lo que había sentido estando con ella.

Después de eso no había vuelto a contactar con Fiona por ningún medio. Se marchó antes de que se despertara, eso sí, dejándole una nota agradeciéndole los momentos que habían pasado juntos. Tras aquello, no había vuelto a Termonfeckin, motivo por el que no había vuelto a verla. Fiona adoraba vivir en Irlanda, mientras que Rowan había dado saltos de alegría cuando su padre les anunció que había encontrado trabajo en Inglaterra y que se marchaban a vivir una nueva vida con más oportunidades.

En cualquier caso, tampoco la había llamado, no era necesario, la nota que le había dejado junto a la almohada lo decía todo. En ella le agradecía su compañía y le ofrecía su casa si alguna vez visitaba Londres.

Una nota perfecta, a su parecer. Educada, amable y correcta. La clase de respuesta que una mujer esperaría encontrar de su amante.

Por ello estaba tan desconcertado con el mensaje que lo acusaba de absurdo. ¿Debía llamarla y averiguar el motivo de su ataque? ¿O lo mejor era dejarlo correr sin más?

No quería que ella se enfadara más si le pedía explicaciones. A lo mejor solo era un arrebato tonto que se le pasaría si no decía nada. No podía molestarla porque necesitaba que se hiciera cargo de Kellan, y si la provocaba quizás se negara a ayudar a su amigo.

No había nadie en el pueblo en quien Rowan confiara más que en ella. Fiona era dulce, buena y siempre estaba dispuesta a echar una mano donde se la necesitaba. Por ese motivo había

pensado en ella para que Kellan tuviera a alguien de confianza en Termonfeckin.

Decidido a no volver a pensar en el tema, abrió la agenda y descubrió que todavía no había hablado con su amigo sobre las fechas en las iban a grabar el disco. Aunque en principio grabarlo no habría sido un problema, porque Kellan disponía de su propio estudio, conseguir al técnico de sonido y mezclador era más complicado, porque ninguno de ellos deseaba trabajar con nadie que no fuera Marcus JC, el mejor en su campo.

Todavía con la cabeza en otros menesteres, sacó el teléfono móvil del cajón donde lo guardaba cuando estaba en la oficina y buscó a Kellan en su agenda.

Respondió al tercer tono.

—No me digas que ya me echas de menos. —Bromeó este.

—No te hagas ilusiones. Te llamo por trabajo.

—Acabas de romperme el corazón. —Se quejó con fingido dolor—. Solo me buscas por mi capacidad para hacerte ganar dinero.

—Te recuperarás, tienes miles de fans. Uno menos no cuenta.

—Ahí te doy la razón.

—¿Qué te parece comenzar a grabar a finales de abril? Le he pedido a Marcus que esté libre para entonces. Nadie mejor que él para tu nuevo disco —expuso Rowan, al tiempo que jugueteaba con un bolígrafo que había en su escritorio.

—Todavía no tengo más que un par de canciones, Rowan. Estás yendo demasiado rápido.

—Tienes casi tres meses para componer las que faltan, Kellan. Por cierto, ¿qué te está pareciendo mi pueblo? ¿Has podido hablar con Fiona?

—El pueblo está bien. A excepción de tu vecina trastornada, claro.

—¿Vecina? ¿Qué vecina?

—La escritora.

—Claro, es invierno. Había olvidado que Darcy estaría allí. No creo que vaya a molestarte, ella también busca tranquilidad. —Se interrumpió al escuchar el soplido de su amigo a través de la línea—. Si te da algún problema habla con Fiona. Son amigas, intercederá por ti.

—De acuerdo.

—O sea que ya la conoces.

—Sí, tuve que llamar a su puerta porque estaba cantando a voz en grito y lo hacía fatal. Una pena que sea tan mala cantante, es atractiva.

—¿Te parece atractiva?

—Por supuesto. Tiene un pelo y un cuerpo impresionantes. ¿A ti no te lo parece? —inquirió con curiosidad mal disimulada.

—Sí que me lo parece.

—Entonces, ¿por qué pareces molesto de que esté de acuerdo contigo?

—No estoy molesto. Es que cuando te hablé de ella y te pedí que la buscaras si tenías algún problema no esperaba que decidieras meterla en tu cama.

Kellan se quedó en silencio unos segundos, tratando de comprender lo que Rowan acababa de decirle.

—Espera, ¿estamos hablando de la misma persona? Tú jamás me dijiste que iba a tener vecinas ni que iban a estar trastornadas.

—Fiona no vive cerca de ti y te aseguro que no está trastornada. Es una de las personas más cuerdas que conozco.

—Es cierto. Es una mujer muy cuerda. Está completamente loca por mí, pero yo hablaba de Darcy. A ella ni siquiera le gusto.

Rowan abrió la boca varias veces para responder, el problema era que tenía tantos pensamientos bullendo en su cabeza que no sabía cuál expresar primero, por lo que le costó varios segundos saber qué decir.

—Voy a tomarme el próximo fin de semana libre para ir a verte —decidió.

—¿Para verme o para vigilarme?

—Las dos cosas y, Kellan, deja a Fiona en paz.

—Eso va a ser imposible, estamos enamorados —apuntó burlón antes de colgar.

Capítulo 6

Darcy estaba eufórica al tiempo que cabreada. De entre los dos sentimientos que la embargaban era incapaz de decidir cuál era el más intenso.

Se sentía eufórica porque sus dedos volaban por el teclado del ordenador, porque su cabeza bullía de ideas y era capaz de plasmarlas con el mismo estilo limpio y elegante que la había caracterizado desde sus primeras novelas. Y estaba cabreada, porque toda la culpa de que la inspiración hubiera decidido visitarla de nuevo, la tenía un tipo arrogante y maleducado que se había negado a ofrecerle su ayuda cuando se la pidió.

Aun así, no podía quejarse, había recuperado la ilusión por escribir, y la novela llevaba el ritmo adecuado para cumplir plazos de entrega.

Se encontraba releyendo el último capítulo que escribió el día anterior para retomar el tono adecuado, cuando su móvil comenzó a sonar. Lo cogió sin mirar, descolgando por inercia.

—Sí, dígame.

—Hola, Darcy.

Se quedó inmóvil durante unos segundos, con los dedos todavía en el teclado. Cuando por fin reaccionó, se apartó el teléfono de la oreja para comprobar que la persona que llamaba era quien suponía que era. Tras confirmarlo, respondió.

—¿Qué quieres, Sidney? Estoy ocupada.

—¡Vaya, Darcy, eso sí que no me lo esperaba! Después de tanto tiempo sin hablar, creía que te alegraría que lo hiciéramos.

—Pues te equivocas, como siempre. Y como ya te he dicho, estoy ocupada, así que si el motivo de tu llamada es para una charla amistosa siento decirte que es un mal momento.

—No, Darcy, espera. No me cuelgues. Además de para saludarte, te llamo para decirte que necesito ir a casa. —No se le escapó que hablaba de su hogar como si siguiera siendo su casa—. Todas mis cosas están allí, apenas me llevé la ropa y necesito todo lo que me dejé.

Ella frunció el ceño y la irritación que sentía comenzó a transformarse en verdadero enfado.

—No hay nada tuyo en mi casa, Sidney —remarcó el posesivo—. Cuando te fuiste, lo metí todo en cajas y se lo envié a tus padres. No me digas que no te lo han contado —dijo con sorna.

Los padres de Sidney se habían quedado desolados al saber que su hijo le había pedido el divorcio de un día para otro, sin motivo aparente. Darcy no quiso hablarle de sus sospechas de que había otra mujer implicada y, para no hacerles daño, mantuvo la farsa de que desconocía el motivo.

De hecho, mantuvo cierto contacto con Marta, la madre de Sidney, con quien había tenido muy buena relación desde que se casó.

—No he hablado con ellos desde hace bastante tiempo. He estado fuera de Londres por trabajo y ellos tampoco es que estén muy contentos conmigo. Supongo que eso ya lo sabías.

—Tu relación con tus padres no es problema mío.

—Lo sé, Darcy. Yo solo te molestaré unos minutos. Necesito mi ordenador y algunas de mis cosas.

—Ya te he dicho que no tengo nada que te pertenezca, así que esta conversación es innecesaria. Adiós, Sidney.

—Espera, Darcy. Quiero decirte otra cosa, necesito que sepas que te he echado de menos… Eres lo primero que pienso cuando me despierto y lo último en lo que pienso cuando me acuesto. Siempre estás en mi cabeza, Darcy. Yo… todavía te quiero.

Durante unos segundos Darcy se vio invadida por el viejo dolor ya conocido, solo que en esta ocasión era más tenue e iba acompañado de rabia y una sensación de traición que le atoraba la garganta.

¡Cómo podía ser capaz de hacerle algo así, después de tantos meses separados! ¡Cómo podía decir que todavía la quería si el día que la abandonó solo fue capaz de decirle que la apreciaba mucho…!

—Es una frase muy bonita que seguro que usaré en alguna de mis novelas, pero carente de sentido si el que lo dice es quien rompió la relación —atinó a decir.

—Lo sé, y me arrepentí al segundo día. Si no hubiera tenido que estar tanto tiempo fuera por trabajo habría ido a buscarte antes.

—Eres marchante de arte, Sidney, puedes trabajar desde cualquier parte. Ya no me creo tus mentiras.

—No son mentiras, mi amor. Quiero estar contigo, me arrepiento de todo lo que hice.

—Pues es una pena porque a mí me hiciste un favor —dijo colgando el teléfono sin darle opción a añadir nada más.

Diez segundos más tarde este volvió a sonar. Mientras lo hacía, Darcy lo sostuvo en sus manos sin molestarse en colgar. Se dio cuenta en ese momento de que todavía tenía una melodía especial para cuando Sidney la llamaba. Molesta consigo misma por no haberla eliminado antes, entró en ajustes y la borró. Él ya no era nadie especial, de hecho no tenía ningún espacio en su vida, estaba fuera de ella por decisión propia.

El teléfono sonó otro par de veces, pero al comprender que no iba a responderle, finalmente se cansó. Por si acaso insistía, Darcy lo desmontó, le quitó la batería y lo dejó en pedazos sobre la mesa.

Se levantó del improvisado escritorio que había montado en la mesa de la cocina, se puso el

gorro, el abrigo y los guantes, y salió por la puerta de atrás, pala en mano para quitar la nieve.

No porque fuera necesario hacerlo. Estaban a finales de enero y la nieve era cada vez más escasa. El problema era que Darcy necesitaba quemar su enfado. Si el tiempo hubiera sido propicio se habría calzado las zapatillas de deporte y habría salido a correr, pero como no era el caso, su única opción era apartar la nieve del camino y agotarse todo lo posible.

Además, tenía pensado aprovechar esos momentos para maldecir a su exmarido por intentar confundirla de nuevo, algo que ella no iba a consentir.

Su matrimonio estaba acabado y no solo en el papel, también lo estaba en su corazón y en su vida. Le había costado mucho volver a ser ella misma y no iba a permitir que Sidney jugara de nuevo con ella.

Después de todo, lo único que le debía a su exmarido y a su matrimonio era su carrera literaria. De alguna manera había volcado en sus novelas el romanticismo, el amor, el anhelo y la pasión que le faltaban a su vida. La literatura era más que su modo de vida, era su válvula de escape.

Y lo peor de todo era que ni siquiera había sido consciente de ello mientras él estuvo a su lado, pero así había sido. Dedicaba sus esfuerzos a crear momentos maravillosos, hombres enamorados y encantadores que eran tal y como ella deseaba que la amaran, que la vieran, que la trataran…

Notó el frio en las mejillas en cuanto abrió la puerta, pero eso no la amedrentó, más bien todo lo contrario. El frío le recordó que estaba viva, que tenía una nueva oportunidad de ser feliz, de reconstruir su vida y que estaba decidida a ello.

En esos instantes, su futuro era igual a la novela que estaba escribiendo. Se inventaba cada día, cada minuto y había un sinfín de posibilidades que estaba dispuesta a valorar.

La protagonista tenía opciones, podía escoger quedarse con el primer tipo interesado en ella o quedarse consigo misma y darse el valor que se merecía.

Por primera vez en mucho tiempo todo estaba en sus manos. Ya no tenía que contar con la opinión de nadie más sino única y exclusivamente con la suya propia. Ser feliz dependía de ella, y le gustaba cómo eso la hacía sentir.

Con decisión hundió la pala en la nieve. La cargó demasiado y tuvo que vaciarla un poco porque los músculos estaban fríos y podía lesionarse. Repitió el gesto, una vez tras otra, hasta que el césped seco de la entrada quedó al descubierto.

Sin importarle el frío del suelo o la humedad, se sentó en los escalones que daban a la puerta de la cocina para tomar aliento. Se sentía agotada física y mentalmente. Enfadada y dolida. Y con un profundo sentimiento de culpa que le oprimía el estómago. ¿Qué clase de estúpida era que permitía que un hombre como Sidney la pusiera en ese estado con una simple llamada telefónica y unas cuantas mentiras?

La respuesta llegó rápida y eficaz. Una clase de mujer que ya no podía ni deseaba ser. Le había costado, pero ya no estaba enamorada de Sidney. A veces incluso llegó a pensar que nunca estuvo enamorada de él, estaba enamorada del amor. De lo que creía que compartía con él y que descubrió de golpe que no era así.

Con decisión se levantó del escalón y volvió a entrar en casa, de vuelta a su trabajo y a su nueva vida. De regreso a su infinidad de posibilidades.

Capítulo 7

Kellan llevaba dos días sin escuchar los gritos de la escritora perturbada, o lo que ella creía que era cantar. Y aunque le molestara reconocerlo, estaba comenzando a aburrirse. En esos dos días prácticamente no había salido de casa. Rowan no había vuelto a llamarle, su hermana, que se encontraba en plena campaña para salvar un refugio de animales en Chard, en el condado de Somerset, tampoco se acordaba de él y la única diversión que había tenido, se había terminado demasiado rápido. Tampoco se atrevía a volver a la librería y pedir más libros de Darcy Lauren por temor a que Fiona se lo contara a Rowan o se riera de él.

Un ruido en la calle le hizo levantar la cabeza de su autocompasión. Apagó la televisión y se levantó del sofá para comprobar de dónde venía el sonido. Sin descorrer las cortinas, se acercó a la ventana de la cocina, que daba al jardín trasero, y se quedó boquiabierto al ver a Darcy paleando la nieve.

Parecía ensimismada en sus pensamientos, como si actuara de un modo mecánico. Kellan se dio cuenta de que parecía decidida a limpiar el camino, a pesar de que la nieve no llegaba a los tres centímetros y no era molesta para transitar.

Llevaba un gorro de lana azul celeste que hacía que su cabello pareciera más rojo. El abrigo que llevaba era azul oscuro, igual que los guantes y que las botas. Era fácil adivinar cuál era su color favorito.

La chica del gorro azul, pensó, seguro que la historia daba para una canción. Casi sonrió al pensarlo, casi. La expresión de Darcy le impedía reírse del chiste. Parecía tan desolada que daba pena.

La observó durante varios minutos, debatiéndose entre salir a ayudarla o dejarla sola con lo que fuera que la preocupaba. Tampoco la conocía lo suficiente como para saber qué era lo adecuado, por lo que pensó qué preferiría hacer él de estar en su situación.

Acabó por dejar que quitara ella sola la nieve y siguió observándola, cuando al terminar se sentó en los escalones de entrada mirando al horizonte y completamente absorta en sus pensamientos.

No obstante, quiso asegurarse de que estaba bien, y cuando la vio desaparecer tras la puerta, se puso la chaqueta y salió de casa sin tener mucha idea de qué decirle.

La expresión de sorpresa de Darcy cuando le abrió, le hizo titubear unos segundos, pero cuando ella recompuso su expresión y la tristeza volvió de nuevo a sus preciosos ojos, supo que había hecho lo correcto al ir a verla.

—Buenas tardes, vecina. Me preguntaba si me invitarías a un café. En casa de Rowan solo hay té y me muero por un poco de cafeína.

—¿Un café?

—Un café —corroboró Kellan.

—Por supuesto —aceptó ella, confundida.

Se dirigió a la cocina, y durante el camino Kellan se quitó la chaqueta y la siguió. La dejó sobre una de las sillas que rodeaban una gran mesa y tomó asiento en la otra.

A pesar de sus éxitos tanto en la música como con las mujeres, se sentía un poco tonto delante de Darcy. Había ido a verla por un impulso, y en esos instantes no tenía muy claro qué decir o qué hacer para aligerar la tensión que había entre los dos.

Se dio cuenta de que había estado preocupado cuando los alaridos musicales desaparecieron y no pudo evitar pensar que algo extraño estaba sucediendo. No obstante, fue necesario verla en el patio para tener la certeza de que había estado en lo cierto.

Una preocupación que en una situación distinta no se habría dado jamás. El problema era que estaba solo en un pueblo pequeño, aburrido y aislado. Y el modo en que Darcy y él se habían conocido también influía en el modo en que la veía.

Esa mujer había sido un torbellino y ahora… parecía desolada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con voz cálida.

Ella se dio la vuelta al tiempo que tanteaba el bote de café en un armario.

—Perfectamente.

—Pues no lo parece. Da la sensación de que te ha sucedido algo desagradable —dijo sin mirarle directamente a los ojos.

—Te aseguro que no me pasa nada, y ni siquiera me conoces como para contradecirme. —La voz de Darcy subió un par de decibelios.

—Te conozco lo suficiente como para saber que estás mintiendo —apuntó de un modo temerario.

Darcy alzó los brazos al cielo, como clamando paciencia.

—Si me has visto una única vez.

—Soy un buen fisonomista, y con una vez tengo suficiente para calar a las personas.

—¡No me digas! —dijo con escepticismo.

—Entonces, ¿vas a decirme qué te sucede o… prefieres que te cante para animarte? —le ofreció su mejor sonrisa.

—Tienes razón, ¿sabes? Sí que me sucede algo. Estoy agotada. Tu oferta de cantarme es encantadora, pero creo que voy a descansar un rato —apuntó al tiempo que cogía su chaqueta y se la ponía delante para que se la pusiera—. Es mejor que te marches.

Kellan se vio obligado a levantarse de la silla.

—¿De verdad que no quieres que te cante? —ofreció.

Comenzaba a darse cuenta de que había actuado demasiado rápido. Tendría que haberse tomado el café y ser más sutil en sus preguntas.

—La oferta es tentadora, pero no.

—¿Y mi café?

—Perdona, creía que tenía, pero no me queda.

—¿Y qué pasa con tu libro?

—Va viento en popa, gracias. —Mientras hablaban había ido empujándolo hasta llegar a la puerta principal—. Gracias por tu visita. —Abrió—. Nos vemos en otro momento.

Sin saber cómo, Kellan se encontró en la calle sin haber podido decir una última palabra.

La escritora perturbada había mutado unos minutos antes en la escritora triste, para pasar al segundo siguiente a ser la escritora lanzallamas, y no solo por el color de su cabello.

Intrigado como estaba, optó por la opción más inteligente. Si había alguien que le pudiera contar lo que le sucedía a la escritora llameante esa era Fiona. Con esa idea en mente se encaminó a la librería. Y es que si había algo bueno de vivir en Termonfeckin era que se podía ir a pie a todas partes.

Para su sorpresa, al llegar a su destino, se topó con que la librería estaba cerrada. Iba a marcharse cuando se dio cuenta del cartel que colgaba de la puerta.

Lo miró unos segundos hasta que comprendió que estaba escrito en gaélico.

—¡Mierda! —se quejó.

No tenía la más remota idea de lo que significaba, no obstante, había alguien a quien podía recurrir, alguien que lo sabía todo: ¡Google!

A toda prisa sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y buscó el traductor. Unos segundos

más tarde sabía dónde encontrar a Fiona.

Con una sonrisa de suficiencia en la cara, se encaminó hasta el pub de Marla. Puede que no fuera un genio, pero no se le podía negar que encontraba soluciones para todo. Lo que sin duda era un buen motivo para celebrar y es que ya que iba a un pub bien podía cambiar el café por una cerveza negra, a ver si así lograba animar el día.

Después de todo estar en Irlanda y no beber cerveza negra era sin duda, un crimen y él, se negaba a tener problemas con la ley.

Capítulo 8

El pub de Marla era el único local del pueblo que servía bebidas alcohólicas, lo que explicaba que estuviera tan lleno a esas horas, pensó Kellan, al tiempo que se quitaba la chaqueta a toda prisa. El calor del local, que provenía de estufas de leña colocadas a ambos lados de las paredes, hacía que le molestara hasta el jersey que llevaba debajo de ella.

El pub tenía cierto aire rústico, con el suelo de piedra, los estantes de madera y ese aire folklórico en el que dominaba el color verde y los tréboles de cuatro hojas típicos de San Patricio. Incluso la música que sonaba era característica de esos lares.

Además, era tan grande como un parking de al menos veinte vehículos.

Sintiéndose cómodo en ese ambiente, Kellan buscó con la mirada a Fiona, pero parecía que el pueblo entero estuviera metido en el pub porque tuvo que buscar a conciencia para encontrarla. Estaba de pie frente a la barra, en el lado izquierdo, justo en el lugar donde esta se cerraba. A su lado un grupo de tres hombres que jugaba a la diana.

Estaba a punto de dar un paso para aproximarse hasta ella, cuando un tipo pelirrojo, con barba espesa y una jarra de cerveza en la mano, se acercó hasta pararse frente a él.

—Cillian Murphy, encantado de verle por aquí. —Le tendió la mano y, cuando Kellan fue a estrechársela, le puso la pinta de cerveza negra en ella—. En mi bar no dejamos que haya gente sin bebida. —Bromeó.

Kellan sonrió y le dio un trago largo a la bebida.

—Gracias.

—De nada, hombre.

Cilllian se alejó sonriendo, momento que el músico aprovechó para acercarse a Fiona. Si ella se sorprendió por verle allí no dijo nada.

—Buenas tardes, Fiona.

—Hola, Kellan. Ya veo que Cillian te ha obligado a beber su cerveza. —Rio.

—¿Suya?

Ella asintió.

—La elabora él mismo. ¿No sabías que en Termonfeckin tenemos la mejor cerveza negra artesanal de toda Irlanda?

—No tenía la menor idea.

—Es un poco extraño que Rowan no se haya jactado de ello —apuntó como si hubiera nombrado al amigo común por casualidad.

—Hablando de Rowan… este fin de semana viene al pueblo —anunció—. Al parecer considera que tiene que vigilarme.

—Mañana es viernes, Kellan.

—En ese caso mañana viene al pueblo —rectificó con una sonrisa.

Cillian se acercó desde el otro lado de la barra con dos cervezas más en la mano.

—Inglés, te estás quedando atrás —dijo mirando su pinta de cerveza todavía a medias—. Y yo que creía que erais buenos con la cerveza.

Con una sonrisa de suficiencia Kellan se llevó el vaso a los labios y lo apuró.

—Eso está mucho mejor —tronó el dueño del pub—. Toma, una para ti y otra para la hermosa Fiona.

—Gracias, Cillian, pero todavía tengo que ir a la librería.

—En ese caso, las dos para el inglés. —Decidió poniéndoselas delante. Y antes de que

Kellan pudiera protestar salió disparado para servir a sus otros clientes.

—Tengo que irme —anunció Fiona—. En realidad debería estar trabajando.

—Espera. Hace un rato he visto a Darcy y parecía estar mal. No sé, muy triste.

Fiona frunció el ceño y unas arruguitas de preocupación marcaron sus ojos.

—¿Cómo de triste?

—Estaba paleando la nieve de la entrada y parecía entre enfadada y desolada. Y después cuando me pasé por su casa me di cuenta de que había desmontado el teléfono móvil.

Fiona maldijo entre dientes algo que Kellan no logró comprender, seguramente porque lo dijo en gaélico.

—Seguro que por culpa de Sidney —adivinó Fiona—. Es la única persona capaz de desmontarle la vida sin siquiera esforzarse.

—¿Quién es Sidney?

Ella lo miró detenidamente antes de responder.

—Como no es un secreto te lo voy a decir, pero no esperes que te dé detalles de la vida de mi amiga. No soy esa clase de persona —suspiró sonoramente—. Sidney es el exmarido de Darcy. Se divorciaron hace seis meses, y supongo que ahora ha empezado a molestarla.

—¿La bruja roja estaba casada? —inquirió sorprendido.

—¿Cómo dices?

Kellan carraspeó consciente de que lo habían pillado.

—Pregunto si Darcy ha estado casada.

—Suele ser un requisito indispensable para divorciarse. —Se burló ella.

—Parece muy joven para haber estado casada.

Fiona levantó la nariz.

—Lo es. Tiene solo veintinueve años.

Kellan comprendió que esa debía de ser también la edad de Fiona, porque parecía un poco ofendida.

—Muy joven —corroboró para complacerla.

Ella lo miró suspicaz.

—Se casó con veintiséis años. ¿Qué edad tienes tú?

—Treinta y uno. Soy todo un vejestorio a vuestro lado.

Fiona sonrió, pero no le llevó la contraria.

Kellan asió la tercera pinta de cerveza y le dio un sorbo. Se dio cuenta de que ella lo observaba preocupada.

—No te bebas todo lo que Cillian te ponga delante o acabarás borracho como una cuba —avisó sabedora de cómo se las gastaba este—. Tengo que irme a cerrar la tienda, esto de ser tu propia jefa es un rollo.

—Te acompaño —dijo apurando el vaso.

—No hace falta. Este pueblo es muy seguro.

—Insisto. Además, me vendrá bien un poco de aire fresco. La cerveza de Cillian es mortal.

Ella aceptó con una sonrisa comprensiva.

—En ese caso cuéntame, ¿cómo es eso de que Rowan está pensando en venir a pasar un fin de semana en Termonfeckin?

—Bueno… es posible que sea por culpa tuya.

Dos horas más tarde, los dos habían regresado al pub de Marla y estaban sentados en una mesa bebiendo más cerveza artesanal de Cillian. Si bien Fiona solo había bebido un par de jarras,

Kellan había perdido ya la cuenta de las que había ingerido.

—No me puedo creer que Rowan hiciera eso. —Se rio Kellan—. No he visto a esa amiga tuya, Caitlin, pero tú eres preciosa, Fiona.

—Gracias —dijo ella, encantada con el cumplido—, pero Caitlin es muy bonita.

—Por muy bonita que hubiera sido, fue muy rastrero por su parte elegir a Caitlin después de que tú le dijeras lo que sentías por él.

—Sí, bueno, aunque te cueste creerlo no es lo único que Rowan me ha hecho en esta vida. —Se enfadó consigo misma porque su voz había sonado dolida, afectada.

Después de tanto tiempo le seguía molestando lo que Rowan había hecho. Tendría que haberlo superado ya.

—No me lo tomes a mal, me alegra que me lo estés contando, pero… ¿por qué lo haces? Casi no me conoces.

Fiona sonrió con afecto antes de responder.

—Te lo cuento por tres razones: la primera es que no eres mi amigo, no te ofendas, —pidió —, por lo que me vas a dar una opinión sincera. La segunda es porque hoy estoy de bajón y me viene bien hablar con alguien del tema y, la tercera… La tercera razón por la que te lo cuento es porque estoy segura de que mañana no te vas a acordar de nada de lo que hemos hablado hoy.

Kellan la miró unos segundos con los ojos abiertos por la sorpresa. Acto seguido comenzó a reír tan fuerte y tan estrepitosamente, que cuando se desmayó y su cabeza dio de golpe contra la mesa, todos los parroquianos se giraron para ver qué había sucedido.

Fiona miró a Cillian directamente.

—¿Ya estás contento? Acabas de dejar k.o. con tu cerveza al mismísimo Kellan Macgarry. Ahora sal de la barra y ayúdame a llevarlo a su casa.

Capítulo 9

Al abrir la puerta de casa, lo último que se había esperado Kellan era darse de bruces con Darcy, y mucho menos con la resaca que tenía.

No necesitaba discusiones sino paz, tranquilidad y quizás algún que otro analgésico.

—Buenos días —lo saludó ella con una voz dulce que Kellan no le conocía—. ¿Vas a alguna parte?

Kellan tuvo que hacer un esfuerzo para hablar porque al hacerlo el cráneo le vibraba con fuerza. No obstante, la bruja roja parecía ofrendarle una tregua.

—Café y aspirina —dijo con dificultad.

Ella sonrió, comprensiva, al darse cuenta de lo arrugadas que estaban la camisa de cuadros y los vaqueros que llevaba puestos, signo inequívoco de que había dormido con la ropa puesta.

Con suavidad, lo empujó, clavando sus dedos en su duro estómago para que volviera a entrar en casa.

Sintió que le subía por el brazo un agradable calor, por lo que abrió la mano y la dejó caer por completo en su estómago. Al darse cuenta de que la había dejado más tiempo del necesario la retiró sonrojada.

—Yo te lo traeré. ¿No me digas que te has pasado con la cerveza de Cillian? —adivinó con una sonrisa.

Kellan asintió con cuidado, reacio a volver a hablar.

Darcy siguió haciéndose dueña de la situación y lo obligó a tumbarse en el sofá en el que

parecía haber pasado la noche.

—Dame cinco y minutos y te traeré el café y la aspirina.

Él la miró suspicaz.

—¿Por qué amable? —inquirió en el mismo lenguaje indio que había adoptado esa mañana.

—Quiero disculparme por lo de ayer. No tenía intención de ser tan grosera. No tenía un buen día. —Sonaba tan arrepentida que Kellan la perdonó al instante.

—No importa.

—Sí que importa. Normalmente soy muy agradable —dijo con un guiño travieso—. Ahora vuelvo.

Estaba a punto de salir por la puerta, cuando Kellan la llamó.

—Darcy, ¿has comprado café?

Ella se sonrojó tanto que su cara adoptó el color de su cabello.

—Algo así —dijo saliendo apresuradamente de casa.

Seis minutos después volvía con una bandeja con tazas, azúcar y una cafetera italiana.

—Tienes una caja en la entrada —dijo Darcy al regresar.

Kellan abrió los ojos.

—¿Caja?

—Sí, parece una caja de libros —anunció arrugando el ceño—, creo que el logo es de una editorial. ¿Quieres que la abra por ti?

Un pálpito hizo que Kellan se incorporara de golpe en el sofá y que la cabeza le diera vueltas.

—No, no.

Darcy sonrió entre divertida e intrigada.

—De acuerdo. La voy dejar en la parte de dentro, ¿te parece bien?

—Gracias.

Todavía llevaba la bandeja en la mano, así que se acercó a él y se la tendió para ir a meter la caja dentro de la casa. Con cuidado de que Kellan no se diera cuenta de sus intenciones, trató de abrirla porque no estaba precintada, solo habían cruzado las tapas para que no se abriera. El problema era que no disponía de suficiente tiempo para hacerlo ya que, a pesar de la resaca, Kellan no le quitaba la vista de encima.

Molesta por tener que desistir, la dejó sobre una silla y se acercó al sofá para sentarse junto a Kellan.

Una vez acomodada volvió a tomar la bandeja, que dejó sobre la mesa baja que había frente al sofá, y se dispuso a servir el café.

—¿Cómo te tomas el café? —preguntó para servírselo.

—Con café.

Ella sonrió. Esa mañana le costaba sacarle las palabras. Todo lo contrario a lo dispuesto que había estado a charlar la tarde anterior.

—Toma. —Le tendió la taza bien cargada de café sin leche y sin azúcar. Se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó una caja de aspirinas—. ¿Una o dos? —preguntó.

Kellan alzó dos dedos y ella no pudo evitar sonreír.

Al comprender la mirada de él se dispuso a explicarse.

—Me hace gracia que estemos tan descoordinados. Cuando yo quiero hablar tú no quieres y cuando eres tú el que quiere yo me niego.

Él asintió.

—No es que no quiera, es que me duele la cabeza cuando lo hago.

—Pobre —dijo al tiempo que, casi sin ser consciente de lo que hacía, llevó su mano a la sien y le acarició la frente. Su pelo rebelde era suave y de tacto agradable. Estaba tan cerca de él que incluso podía olerle. Se sintió incómoda cuando vio que él cerraba los ojos al sentir su caricia. Retiró la mano y al instante él volvió a mirarla.

—Estoy mejor, gracias a ti.

—De nada. Traerte café y analgésicos no era el modo en que esperaba disculparme, pero desde luego ha sido la más efectiva. —Sonrió Darcy.

—No tenías nada por qué disculparte.

—Claro que sí. Me pillaste en mal momento y fui una borde contigo. Y la primera vez que nos vimos actué como una loca. Creo que tengo más motivos para disculparme de los que puedas tener tú.

—Ayer no tenía que haberme entrometido —se excusó Kellan—. Si hubiera sabido tu situación, no te habría molestado. Y la primera vez que nos vimos me pillaste desprevenido, eso es todo.

Darcy lo miró, suspicaz.

—Así que ya estás enterado de mi divorcio.

Asintió.

—En ese caso vamos a comenzar de nuevo —dijo levantándose del sofá.

Por inercia Kellan hizo lo mismo.

Ella le ofreció una sonrisa tan auténtica que él sintió que las piernas le flaqueaban. Poco dispuesto a reconocer el motivo lo achacó a la resaca.

—Hola, soy Darcy Lauren, encantada de conocerte —dijo tendiéndole la mano con firmeza.

—Kellan Mcgarry, un placer. —Se la estrechó.

Ella sonrió traviesa.

—¿No me digas que eres Kellan Macgarry, el músico?

Él sonrió también.

—El mismo. Y tú eres Darcy Lauren, la escritora —afirmó.

—Lo soy. No me digas que has leído algo mío. —Bromeó ella.

—Así es, he leído *Un mes contigo* y *El último baile* —comentó con total naturalidad.

Darcy tardó unos segundos en reaccionar.

—Vaya, pues espero que te hayan gustado porque ambos los escribí con *La estrella de la mañana* de fondo.

—Mucho. Me han gustado mucho y me halaga que uses mi música para inspirarte —admitió mirando la misteriosa caja que había aparecido de repente en su puerta—. ¡No sabes cuánto!

Tres horas más tarde, Kellan era incapaz de comer nada. El dolor de cabeza se había mitigado con las aspirinas y el café que le había llevado Darcy, pero sentía el estómago revuelto y, a pesar de haber pasado ya la hora de comer, no se había movido del sofá en el que ella lo había dejado.

Estaba medio dormido, por lo que se sobresaltó al escuchar unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, reacio a levantarse.

—Soy yo —anunció una voz masculina.

—Es tu casa. ¿No tienes llave?

Unos segundos después escuchó un tintineo de llaves y la puerta se abrió para que Rowan entrara con su maleta de marca. Le sorprendió verlo vestido de un modo tan informal: con vaqueros, botas y una parca. Normalmente iba siempre de traje o en su defecto con pantalones chinos y camisas elegantes.

—Pretendía ser educado y no invadir tu espacio —explicó, pero se calló al verlo tan mal—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—Tengo resaca —confesó sentándose bien—. Fiona es increíble —dijo como si no tuviera importancia, cuando su intención era clara.

Puede que no recordara la noche al cien por cien, no obstante, tenía ciertos recuerdos de una conversación con ella en la que Rowan era el protagonista indiscutible.

—¿Cómo dices?

—Ayer tuve una cita con Fiona y bebí más de la cuenta, menos mal que me trajo a casa, sino… no sé dónde habría acabado durmiendo —dijo a la espera del estallido de ira de Rowan.

En su conversación con Darcy, había evitado comentar con quién estuvo la noche anterior, no quería que ella pensara que estaba interesado de algún modo en Fiona. Darcy parecía la clase de persona que respetaba los intereses románticos de sus amigas y él estaba cada vez más interesado en conocerla mejor. Tal vez su aventura en Termonfeckin no llevara aparejado un romance, pero esas cosas siempre eran impredecibles y Kellan estaba más que dispuesto a dejarse llevar.

Darcy no solo era preciosa e inteligente, sino que cuando le había tocado la cara con tanta delicadeza, su cuerpo había reaccionado como si le hubiera alcanzado un rayo, electrizándose de inmediato. Y si eso era indicativo de lo que le haría una caricia más profunda estaba más que dispuesto a comprobarlo.

—¡¿Has tenido una cita con Fiona?! Te pedí que recurrieras a ella si necesitabas ayuda, no que salieras con ella —tronó Rowan.

—Sí, bueno… Tampoco me dijiste que fuera tan atractiva. —Se defendió aguantándose las ganas de sonreír.

—Aléjate de ella, Kellan, Fiona no es la clase de mujer con la que sales habitualmente.

—¿Te crees que no lo sé? Fiona es mejor que cualquiera de las mujeres con las que he salido,

no tengo dudas de eso. —Quien parece no entenderlo eres tú, se dijo a sí mismo con una sonrisa calculadora.

—Déjala en paz —estalló Rowan antes de abandonar el salón a toda prisa.

Capítulo 10

Mientras Fiona, teléfono en mano, preparaba los albaranes y las facturas que tenía que pagar, afirmaba o negaba cuando era el momento adecuado, como también decía: ¿de verdad?

Entre tanto, Caitlin seguía contándole lo pesada que se sentía y lo atento que estaba siendo Peter con ella. Era una conversación tan habitual en esos seis meses de embarazo que Fiona ya actuaba por costumbre. Caitlin podría haberle dicho que se había vuelto verde y que flotaba por el salón y Fiona le habría dicho: *¿sí?*, *¡no me digas!*, sin inmutarse.

Se acercó el taburete que utilizaba para poner las cajas en alto y tomó asiento. Aunque no había bebido mucho la noche anterior sí que había trasnochado. Llevar a Kellan a casa, a pesar de la ayuda de Cillian, le había costado bastante, y cuando por fin llegó a la suya ya habían pasado varias horas de su horario habitual de descanso. Además, estaba desvelada, por lo que dormirse le costó, del mismo modo que le costó levantarse cuando le sonó el despertador esa mañana.

Tanto que había llegado tarde a abrir la librería. Menos mal que el sábado estaba a la vuelta de la esquina y podría descansar.

Alzó la cabeza del trabajo, cuando las campanillas de la puerta le anunciaron un cliente. Se quedó de piedra, todavía con el móvil pegado a la oreja y una expresión de sorpresa en la cara.

—Se supone que tenías que ayudarle si necesitaba algo, no salir con él —estalló Rowan sin siquiera molestarse en saludarla.

Hacía tres años que no lo había visto y estaba tan guapo como siempre. Quizás su pelo era más largo de lo que acostumbraba a llevarlo, pero seguía igual de atractivo que siempre, con sus ojos azules lanzando llamas de rabia y esa pose a la defensiva.

—Un momento, ¿ese es Rowan? ¿Qué está pasando, Fiona? No me cuelgues, pon el teléfono en manos libres para que lo escuche. Así luego no tendrás que contármelo —pidió Caitlin.

Fiona se había quedado tan ensimismada con la presencia de Rowan, que ni siquiera se había acordado de su amiga. Sin dejar de mirarle se quitó el teléfono de la oreja y lo dejó sobre el mostrador. Reacia a apartar la mirada, tuvo que hacerlo para poner el teléfono en manos libres. En casos como aquel lo mejor era hacer caso a Caitlin, porque si no lo hacía su amiga era capaz de presentarse allí para verlo en vivo y en directo.

Una vez que todo estuvo dispuesto, volvió a clavar la mirada en él.

—¿Qué sucede, Fiona? ¿No vas a decir nada?

—Lo más educado en estos casos es preguntar qué tal has estado, pero si te soy sincera me importa un pimiento cómo has pasado estos tres últimos años, Rowan.

—¡Ah!, ¿sí?

—Por supuesto. ¿Qué te esperabas? Y más después del modo en que has irrumpido en mi negocio. Tienes suerte de que no hubiera nadie porque de haber sido de otro modo te habría echado a patadas. De hecho, todavía me estoy pensando el hacerlo.

Rowan se quedó de piedra al ver la actitud de ella. Había entrado completamente fuera de sí por su relación con Kellan y encima la indignada era ella.

—Si no te hubieras metido con mi cliente nada de esto habría sucedido. —La acusó él.

—¿Perdona?

—No te hagas la tonta, sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

La aludida enrojeció. De modo que había notado su mal aspecto.

—Nada de eso es de tu incumbencia.

—¿Qué no es…? Maldita sea, yo te recomendé. Le hablé bien de ti y le dije que podía

recurrir a ti si necesitaba algo, jamás imaginé que fueras a ser tan… servicial.

Fiona salió de detrás del mostrador completamente fuera de sí.

—Cretino, lárgate ahora mismo de mi librería y no vuelvas nunca más. ¿Cómo te atreves a venir aquí a insultarme? —Se plantó delante de él—. ¿No tuviste bastante con aquella maldita nota que ahora vienes a ofenderme en persona?

—¿Insultarte?

—Y no contento con ello llamas a mis amigas para pedirles que hablen conmigo porque tú no tienes narices a llamarme y a dar la cara.

—No quería molestarte —se excusó.

—¡Oh, pero lo hiciste! Me pediste que me hiciera cargo de tu cliente, si eso no es molestarme, entonces, ¿qué es? —Ella puso los brazos en jarras—. Me molestaste. Pero igual que hiciste hace tres años, no tuviste las narices necesarias para decírmelo a la cara.

—Te dejé una nota.

—Me dejaste una maldita nota insultante. Casi habría sido mejor que no hubieras dejado nada.

—Te di las gracias. Te invité a mi casa de Londres.

—Me agradeciste algo que no se agradece y me dijiste que si iba a Londres estabas dispuesto a repetir.

Rowan perdió el color del rostro de golpe.

—No, yo… Nunca…

—¿Nunca quisiste repetir? Me di cuenta cuando me desperté y tú habías huido.

—No huí, tenía que volver al trabajo.

Fiona se presionó las sienes con los dedos. Su agotamiento estaba acrecentándose con la

inesperada visita.

—Márchese, señor Lynch, y le agradecería que no volviera más por aquí, puesto que no es bienvenido.

A pesar de su desconcierto, Rowan, quien estaba acostumbrado a las negociaciones difíciles, reaccionó a toda prisa. Se dio la vuelta con los hombros erguidos y la cabeza bien alta y salió de allí sin volver la cabeza.

Por su parte, Fiona tardó unos minutos en recordar que Caitlin estaba al otro lado del teléfono. De mala gana quitó el modo de manos libres y se lo llevó a la oreja.

—¿Lo has escuchado todo bien?

—De maravilla. Ahora mueve tu culo, llama a Darcy y organiza una reunión de emergencia en mi casa. Creo que tienes muchas cosas que explicar.

—Caitlin… No.

—No me lleves la contraria, Fiona. Estoy embarazada y muy sensible, por no hablar de lo enfadada que estoy contigo por haberme ocultado información.

Fiona se dio por vencida.

—Eres una manipuladora —le espetó antes de colgar.

—Yo también te quiero, amiga —alcanzó a decir Caitlin, aunque Fiona no la escuchó.

Capítulo 11

—No puedo creer que no me contaras que te gustaba Rowan —comentó Caitlin repantingada en un sillón de su sala de estar. Sus amigas estaban sentadas en el sofá e iban turnándose para masajearle los hinchados pies.

—No te lo conté porque a ti también te gustaba, y si te lo decía no hubieses salido con él. No quería presionarte.

—¿Qué a mí me gustaba? ¡Estás loca! —Exclamó Caitlin del modo exagerado en que solía actuar—. Salí con él para poner celoso a Tom Marlan, nada más.

Darcy giró la cara para que Caitlin no la viera sonreír. Su amiga tenía una facilidad pasmosa para modificar la realidad a su antojo, que se había acentuado con el embarazo.

Fiona se mordió la lengua, y en lugar de decir lo que pensaba, que se había pasado semanas diciendo cada vez que podía, lo guapo que era Rowan y lo mucho que le gustaba, optó por ser políticamente correcta, como siempre.

—Yo pensaba que te gustaba. De haber sabido que no era así, te lo habría contado —comentó—. De todos modos hubiera dado igual.

—Si te sirve de algo creo que fuiste muy valiente al decirle lo que sentías —apoyó Darcy.

—Gracias.

—Yo también creo que fuiste muy valiente —se apresuró a decir Caitlin—, por supuesto.

Fiona sonrió, tenía los dedos de las manos engarrotados de masajearle los pies. Tanto Darcy como ella sentían que Caitlin se estaba escudando en su embarazo para hacerles bailar a su son, no obstante, estaban tan acostumbradas a ello que habían dejado de darle importancia a los

arranques infantiles de su amiga.

—Como os he dicho no sirvió de nada.

—No importa. Es agua pasada —concedió la rubia, magnánima—. Lo importante es que ahora está aquí y que parece que le interesas.

Fiona la miró como si hubiera perdido el juicio.

—¡Estás loca! Solo vino a gritarme un rato.

—Yo también estoy convencida de que le gustas. Si no fuera así, ¿para qué ha ido a pedirte explicaciones por salir con Kellan? —intervino Darcy.

—No salí con él. Nos encontramos en el pub y me apiadé de él cuando Cillian decidió que tenía que emborracharlo para probar el poder de su cerveza.

—Pues menos mal que te apiadaste de él, porque el pobre estaba hecho polvo esta mañana.

—¿Cómo lo sabes? —Caitlin fue directa al grano y por un instante se olvidó de los problemas de Fiona y Rowan.

—Fui a disculparme con él por haber estado un poco borde cuando se pasó por casa.

Caitlin compuso una expresión maquinadora, pero no dijo nada.

—Pues imagínate si no hubiera estado yo allí. Ya sabes cómo es Cillian con su cerveza.

—Tengo un leve recuerdo. —Rio Darcy.

—Es lo normal cuando bebes la cerveza artesana de Cillian, tener breves recuerdos. Es como si ese líquido oscuro fuera capaz de borrarte la mente. —Bromeó Caitlin.

—Solo que al parecer no funciona con todo el mundo.

—¿Qué quieres decir? —Darcy estaba intrigada.

—Le conté algunas cosas a Kellan de Rowan, y estoy convencida de que las recuerda. De hecho, creo que alteró un poco la realidad para molestarle y por eso Rowan vino a pedirme

explicaciones. Estoy casi segura de que le dijo que tuvimos una cita.

—Eso es genial. —Se rio Caitlin—. Ya me caía bien Kellan por sus canciones, que son fabulosas, pero ahora me cae mejor.

—Sí, ha sido un detalle. —Estuvo de acuerdo Darcy.

—A lo mejor me matáis por lo que voy a decir, pero… Creo que es perfecto para ti, Darcy. Es lo que necesitas para terminar de desvirgarte —decidió Caitlin mirando directamente a su amiga.

Fiona se llevó las dos manos a la boca para ocultar su risa, mientras Darcy las miraba completamente anonadada.

—Caitlin, he estado casada tres años. Te aseguro que no soy virgen y no necesito que me desvirguen.

—No me refería a que fueras esa clase de virgen, sino a que solo te has acostado con Sidney, y eso estaba bien mientras estabais casados, pero ahora tienes que volver a meterte en el mercado. Seguro que Kellan Macgarry puede enseñarte un par de trucos que te van a ir de maravilla.

—¡Estás loca! —se quejó Darcy.

—No, estoy embarazada.

—En ese caso, el embarazo te ha vuelto loca. Díselo, Fiona, dile que es una locura.

La aludida abrió la boca para responder, pero se lo pensó unos segundos antes de dar su opinión.

—No me lo puedo creer. —Se asombró Darcy—, ¿estás de acuerdo con ella?

—Darcy, es cierto que tienes que retomar tu vida amorosa. Y también es cierto que Kellan es perfecto para ello. Es guapo e interesante, y para él lo vuestro no sería más que una aventura pasajera. De modo que podrías utilizarle para superar lo de Sidney, y él no se ofendería por ello.

—No hay nada que superar. Estoy bien y no siento nada por mi exmarido.

—Entonces, ¿por qué no has tenido una cita en seis meses?

—No me siento atraída por nadie. En realidad… creo que me he vuelto frígida. Que he perdido el lívido —confesó avergonzada.

—Y un cuerno. Dime que Kellan no te hace pensar en sexo salvaje en el suelo o contra la pared, y te diré lo mentirosa que eres —la acusó Caitlin.

La pelirroja suspiró y se tomó su tiempo para responder, consciente del interés de sus amigas en lo que iba a decir.

—De acuerdo. Es posible que el sexo haya acudido alguna vez a mi cabeza al verle, pero no ha sido nada importante, y eso no significa nada. De verdad que no me siento… motivada.

—Lo que significa que necesitas darte una alegría. ¡Por Dios, si hasta yo lo hago y tengo una barriga que no es normal!

—No puedo creer que nos estés contando eso. —Se rio Fiona.

—Sois mis amigas y os puedo contar lo que sea. Y tú no creas que ya hemos acabado contigo. ¿Verdad, Darcy?

—Lo siento, Fiona, pero tiene razón. Tú tampoco es que vayas muy sobrada de entretenimientos. —Se vengó con una sonrisa maliciosa—. A lo mejor deberías aprovechar que Rowan está aquí. Estoy segura de que ha mejorado sus dotes epistolares desde que no os habéis visto. —Se guaseó.

Fiona no se lo pensó mucho, movió la mano en el sofá, asió lo que andaba buscando y le plantó a Darcy un cojinazo en la cara, al tiempo que reía de buena gana.

—¡Bruja!

—No soy bruja, es la verdad. —Reía haciendo lo propio con el otro cojín del sofá.

—Cuidado conmigo. —Reía Caitlin—. Estoy embarazada y soy delicada.

Las dos amigas se miraron con picardía y, moviéndose al mismo tiempo, se abalanzaron sobre Caitlin, quien tenía los pies hinchados en alto, para hacerle cosquillas en las plantas.

—No seáis niñas. Parad, por favor.

—Te lo mereces, —se burló, Darcy—, por instigadora.

—Lo que yo decía —apuntó la rubia entre risas entrecortadas—, necesitáis sexo y cuanto antes mejor.

Capítulo 12

La primera reacción de Darcy al abrir la puerta de su casa y encontrarse con Kellan cargado con papeles y una guitarra en la mano fue reírse. El pobre hacía malabares para que no se le cayera todo al suelo y, la expresión de concentración que mostraba su rostro, le pareció realmente cómica a Darcy.

—De verdad que ya no necesito que me cantes, pero te agradezco el gesto —dijo con una sonrisa al tiempo que se apartaba de la puerta para dejarle entrar—. La novela va de maravilla y he decidido no tener en cuenta nuestro primer encuentro.

—Me alegro, no estaba en mi mejor momento. Reconozco que me pareció que estabas un poco… alterada.

Darcy agrandó los ojos exageradamente.

—Te asusté. Pensaste que era una fan histérica. —Se rio tanto, que las gafas se le deslizaron por el puente de la nariz.

—Es posible —reconoció mientras ella seguía riéndose de sus miedos.

—Lamento haberte asustado —acertó a decir entre risas.

—No me asustaste. Me sorprendiste. Eso es todo.

—Seguro. Entonces, si no vienes a cantar para mí…

—Estoy dispuesto a hacerlo —explicó entrando y dejando las cosas encima del sillón—. Aunque el motivo inicial de mi visita es buscar asilo político. Rowan acaba de llegar de Londres para pasar unos días aquí y no está muy contento conmigo.

—Siéntate, por favor, y ponme al día.

Se sentó en el mismo sillón en que había dejado sus cosas, por lo que volvió a encontrarse con ellas en las manos, y le contó la trama que había urdido para molestar a su manager. Darcy lo escuchó riéndose cuando la ocasión lo requería.

—¿Cómo has sabido lo de Fiona y Rowan? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Algo me contó ella la otra noche, y lo demás lo he deducido yo solo.

—Pues lo has hecho de maravilla, porque yo soy amiga de ellos desde siempre, y hasta ayer no me enteré de que tenían una historia en común.

—Te dije que soy un buen fisonomista. —Se jactó.

—Voy a tener que aceptar que es posible —remarcó las dos últimas palabras— que sea verdad.

Kellan quedó conforme con la respuesta.

Darcy era capaz de escribir en cualquier lugar y en casi cualquier posición, por lo que le dejó a Kellan la mesa del comedor para que dejara la libreta y sus notas, y ella se sentó en el sofá, con las piernas cruzadas y el ordenador sobre sus rodillas.

Le costó sus buenos diez minutos ser capaz de concentrarse y olvidarse de la presencia de Kellan en la habitación. Una vez que logró centrarse en su trabajo, la música de fondo y la preciosa voz masculina quedó en segundo plano.

Durante poco más de dos horas trabajaron cada uno a lo suyo, hasta que al hacer una pausa Darcy, levantó la cabeza de la pantalla del ordenador y se topó con que Kellan se había quedado en camiseta interior. Su camisa de cuadros estaba sobre el brazo del sofá. Se fijó en lo resultona que podía llegar a ser una camiseta blanca de manga corta. Era simple, sin adornos y aun así, lograba que Kellan estuviera de lo más atractivo.

Sin poder evitarlo, sus ojos volaron por sus brazos musculosos que se tensaban cada vez que rasgaba la guitarra. Un hormigueo de lo más agradable se instaló en su estómago.

Hacía mucho tiempo que su cuerpo se negaba a reaccionar ante un hombre. Concretamente unos seis meses, y aunque en ese tiempo había visto, conocido y encontrado a tipos estupendos de físicos impresionantes, este había escogido revivir de la mano del más inaccesible de todos ellos. La culpa la tenían sus amigas, por haberle metido ideas en la cabeza, decidió.

Después de todo, aunque ella estuviera dispuesta a darle una nueva oportunidad al sexo, que Kellan estuviera de acuerdo era un imposible.

Un suspiro involuntario alertó a Kellan de su escrutinio.

—¿Qué te parece la canción?

—Es impresionante, digo, preciosa. Me gusta mucho.

Él sonrió y Darcy se fijó en ese momento en los blancos y perfectos que eran sus dientes, y en lo maravillosamente bien que le sentaba la barba descuidada que llevaba.

—Gracias por dejarme trabajar aquí. He adelantado más en estas dos horas contigo que en las últimas semanas solo.

—A mí también me ha cundido el trabajo —acertó a decir al darse cuenta de que era cierto —. He corregido tres capítulos y he escrito dos.

—Me alegro, porque hasta que Rowan no se marche vas a tener que protegerme —dijo medio riendo medio en serio.

Darcy se preguntó si un hombre como él, seguro de sí mismo, inteligente e interesante, necesitaría alguna vez que lo protegieran, que alguien estuviera pendiente de él. Sonrió al recordarle cargado con los apuntes y la guitarra. Sí, todo el mundo necesitaba a alguien de vez en cuando. Aunque solo fuera para recordarle que no estaba solo.

Apartó los pensamientos, demasiado peligrosos para su tranquilidad mental. No tendría que dar crédito a los comentarios de sus amigas sobre Kellan. De acuerdo que le atraía. Y sí, hacía mucho tiempo que un hombre no le removía cosas por dentro, pero ¿Kellan Macgarry? Ese

hombre podía tener a la mujer que quisiera con solo sonreírle, ¿por qué iba a plantearse siquiera un encuentro con ella?

—¿Por qué compones solo con la guitarra si luego tus canciones tienen más instrumentos? —preguntó forzando a su mente a dejar de pensar en cosas peligrosas.

—Primero compongo la canción con la guitarra y luego en el estudio añadimos los demás instrumentos. ¿Sabes? —La miró con una sonrisa—. Creo que nos merecemos un descanso.

Darcy sonrió, a su vez.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces come conmigo —pidió de pronto.

—Me encantaría —aceptó la invitación.

—Estupendo. El problema es que solo puedo ofrecerte patatas fritas con mucho kétchup y mayonesa.

—Suena delicioso, pero ¿qué te parecería si yo le añadiera a tu menú una lasaña que tengo en el horno? —preguntó, sintiéndose un poco culpable porque la había hecho para invitar a sus amigas a comer. No obstante, dado su interés en que tuviera una aventura con Kellan, seguro que lo entendían.

—Me parece que acabo de enamorarme de ti.

Darcy rio, encantada por la broma. Una pena que no fuera verdad. ¡Pero qué narices estaba pensando!, se regañó casi al instante. Ella no quería que nadie se enamorara de ella, después de todo, el amor llevaba unido el dolor y la desilusión.

—Te advierto que puedo romperte el corazón.

Él la miró con esa sonrisa capaz de derretir a un iceberg.

—Puede que no lo sepas porque no eres tan buena fisonomista como yo, pero me gustan los

riesgos. Cuanto más peligrosos, mejor.

Capítulo 13

Se estaba demasiado bien en la cama como para salir de ella. Además, la novela estaba tan encarrilada que podía darse el lujo de tomarse unas horas de descanso sin necesidad de sentirse culpable por el posible retraso.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía relajada, un poco más ella misma de lo que se había sentido tras el divorcio. Por todo eso se permitió el desliz de pensar en Kellan. De hecho, era la única persona a la que no podía sacarse de la cabeza, por mucho que tratara de negárselo.

Kellan era, sin saberlo, el protagonista de su nueva novela y, a cada instante, le surgía una nueva escena en la que quería comprobar lo que era capaz de dar de sí el personaje.

Suspiró, soñadora. De momento la historia solo estaba en el inicio, los protagonistas todavía no habían intimado. No obstante, no iba a poder alargarlo durante muchas más páginas. Las lectoras querían saber sobre eso y Darcy deseaba escribirlo… el problema era otro.

El problema era su maldita imaginación. Era perfectamente capaz de imaginarse a Kellan en escenas subidas de tono, todas ellas teniéndola a ella misma como protagonista indiscutible. Y si se permitía dejarse llevar por esos pensamientos iba a resultar muy incómodo trabajar con él, y más ahora que se habían convertido en compañeros de *oficina*.

Para colmo de males, la idea de Caitlin y de Fiona de utilizarlo para regresar al mercado romántico la atraía cada vez más. El problema era que no tenía ni la más remota idea de cómo proponérselo sin parecer desesperada, poco experimentada o carente de atractivo. Hacía tanto tiempo que no salía con hombres, que estaba completamente fuera de juego.

Pensó en lo que le dirían a Kellan las protagonistas de sus novelas. Violet, la protagonista de *Un mes contigo,* era demasiado tímida como para seducir a un hombre. Esa había sido su primera

novela y Darcy estaba, como Violet, descubriendo lo que era capaz de hacer. No obstante, Amanda, de *El último baile*, no se hubiera amedrentado por tener delante a alguien como Kellan, experimentado y seguro de sí mismo. Y la protagonista, con una sonrisa confiada y los labios pintados de rojo intenso le habría dicho, sin tapujos, lo que deseaba y esperaba de él.

En el término medio de Violet y de Amanda estaba Allegra, de *Al otro lado del camino*. Era una mujer dulce que llamaba a las cosas por su nombre, pero sin ser demasiado directa. Su voz y sus maneras eran tan suaves que nada de lo que dijera parecía sonar mal.

¿Qué haría Emma? Pensó, la protagonista de su actual novela. Ella había pasado por una serie de malos momentos en su vida, pero era una optimista rematada y seguro que era capaz de remontar cualquier situación adversa. ¿No acababa ella misma de superar su divorcio y su bloqueo literario? ¿Y no eran todas y cada una de sus protagonistas versiones de sí misma? Era ella quien las había creado, por lo que sus acciones, sus gestos, eran un eco de las acciones y gestos de la propia Darcy.

Consciente de lo que acababa de descubrir sobre sí misma, se levantó de un salto y se metió a toda prisa en el cuarto de baño para darse una ducha y vestirse. Primero desayunaría y después, con el estómago lleno, escribiría la mejor escena romántica de la historia, y lo sería porque tenía toda la intención de hacerla realidad. Lo único que necesitaba era hablar con sus amigas para que le dieran algún consejo antes de lanzarse e invitar a Kellan a cenar. Porque todo comenzaba siempre con una cena, ¿no?

Según su pobre experiencia, una cena siempre era el primer paso para casi cualquier relación.

Media hora después, salía del cuarto de baño un poco menos entusiasta de lo que había entrado. No tendría que haberse imaginado que Kellan estaba a su altura. Puede que ella fuera una escritora famosa con muchos fans, pero no se podía comparar a Kellan ni de lejos.

Las mujeres se le lanzaban encima sin necesidad de que él hiciera nada para atraerlas.

Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta.

No esperaba visitas, y tampoco había quedado con Kellan hasta más tarde, por lo que no tenía ni idea de quien sería la persona que llamaba.

Curiosa, se encaminó a la entrada para darse de bruces con la única persona que jamás hubiera imaginado que la buscara, bueno, quizás la segunda, se dijo recordando a Sidney.

—¿Rowan?

—Hola, Darcy. ¿Puedo pasar? Hace frío y tengo que hablar contigo.

—Por supuesto, perdona. Es que no te esperaba —dijo apartándose para dejarle entrar—. Hacía mucho tiempo que no te veía.

Rowan entró a toda prisa, no sin antes asegurarse de que no le hubiera visto nadie.

—¿Te estás escondiendo de alguien?

Él la miró con asombro, no esperaba que se diera cuenta de nada.

—No. Es que necesito un favor, pero antes…

Se inclinó sobre ella para abrazarla. Hacía años que no se habían visto. La última vez que coincidieron fue en una de las primeras presentaciones de sus libros en Londres, a la que Rowan había acudido para apoyarla.

—Me alegro de verte tan guapa.

—Gracias, —rio ella—, pero no trates de adularme y cuéntame sobre ese favor que no quieres que sepa nadie.

—Eres muy suspicaz.

Darcy le ofreció una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo soy, ¿podrías decírselo a Kellan? —pidió.

La situación se estaba poniendo rara por segundos, decidió Rowan. ¿Habría caído también

Darcy en los brazos de Kellan?

—Si es lo que quieres se lo diré.

—¡Gracias! ¿Te apetece un té?

—No. Lo que necesito de ti es algo más… elaborado.

—¿Unas pastas?

—Por favor, Darcy, deja de tratar de adivinarlo todo y déjame hablar.

Ella asintió cada vez más curiosa. Hacía años que no lo había visto, pero no recordaba que Rowan fuera tan nervioso. El hombre que ella recordaba era tranquilo, a veces demasiado, comedido y muy educado. Este tipo era otra cosa, más vivaz y decidido.

—De acuerdo. ¡Cuéntame!

Rowan, que había permanecido de pie todo el tiempo, se sentó en el sofá y esperó a que Darcy hiciera lo mismo para hablar, por fin, de lo que necesitaba de ella.

—Supongo que estás al tanto de que he tenido un pequeño desencuentro con Fiona.

—¿Pequeño?

—Veo que lo sabes. El caso es que no quiere verme ni hablar conmigo, y la verdad es que no tengo ni idea de qué es lo que se supone que he hecho mal.

—Bueno, Rowan, si lo que necesitas es que te haga una lista, creo que la persona más indicada para hacerlo es la propia Fiona —dijo tratando de aguantarse la risa.

—¿Te estás burlando de mí?

Darcy se encogió de hombros.

—Es que me lo has puesto muy fácil. Además, no dejas de darle vueltas a todo sin decir nada concreto. Cualquiera diría que estás nervioso por algo.

Rowan la fulminó con la mirada.

—De acuerdo, iré al grano. Necesito que organices una cena esta noche y que invites a Fiona.

—¿Tú también estarás en la lista de invitados?

—¿Se puede saber qué te ha dado con las listas?

—Solo preguntaba.

—Sí, por supuesto que tienes que invitarme. Si no lo haces, ¿cómo se supone que voy a hablar con ella?

—Buen punto —reconoció Darcy.

Además, la jugada le venía de maravilla. Si invitaba a Kellan este pensaría que era porque Rowan se lo había pedido y no parecería que se estaba insinuando. Y durante la cena podía acercarse a hablar con él y tratar de que la viera como algo distinto a una compañera de espacio laboral.

—Invita también a Caitlin y a su marido. Así no será tan evidente que es una encerrona para Fiona.

—¿Estás seguro?

—¿Qué sucede?

—Nada. Me preguntaba si has visto a la Caitlin embarazada.

—¿No es la misma?

Darcy rio de buena gana.

—Digamos que es la misma, mejorada.

Capítulo 14

—Por favor, no temas. Es inofensiva —apuntó Fiona refiriéndose a su amiga Caitlin.

Estaban en el salón de casa de Darcy, quien siguiendo las indicaciones de Rowan, había organizado una cena para sus amigas. El único que no estaba en la lista de su amigo, y al que Darcy había invitado por interés propio, era Kellan. No obstante, todavía no había tenido la oportunidad de hablar con él, más allá de los saludos de rigor, cuando llegó con una botella de vino en la mano.

Al parecer había vetado la cerveza de por vida.

—¿Por qué dices eso? Solo le he ofrecido que me toque la barriga. Dicen que trae buena suerte —se defendió la rubia.

Fiona rodó los ojos y, agarrándose del brazo de Kellan, lo apartó de allí, dejando a Peter solo para que se las apañara con su esposa.

—¡Gracias! Tu amiga es muy intensa.

—Y tú un completo caballero, si eso es lo único que vas a decir de ella.

Kellan sonrió de buen grado.

—Si insistes lo dejaré en que es… peculiar.

—Y yo leeré entre líneas.

Fiona llevó a Kellan hacía el lado opuesto al que se encontraba Rowan y lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Veo que eres más listo de lo que pareces.

—Tanto que acabo de darme cuenta de que evitas a mi querido manager —dijo con sorna.

—No sé de qué estás hablando.

Kellan se rio de buen grado.

—De acuerdo. He tenido una impresión equivocada —concedió.

—Definitivamente eres listo. Tan listo que estoy segura de que harás lo mejor para tu salud y te quedarás a mi lado toda la noche.

La risa de Kellan sonó más estruendosa que la anterior.

—¿Estás amenazándome?

—Es posible. ¿Funciona?

—Solo si estás dispuesta a un intercambio justo.

—¡Dispara!

—Yo te protejo de Rowan si tú me cuentas lo que quiero saber de Darcy —ofreció convencido de que ella iba a aceptar.

—¿Por qué no le preguntas a ella?

—Tienes razón. Creo que voy a ir ahora mismo a hablar con ella y a salir de dudas.

—¡No! —Lo agarró del brazo para evitar que se marchara—. Te lo contaré, pero me guardo el derecho a veto.

—¿Cómo el de la reina?

—Exactamente igual. Si siento que contestar a alguna de tus preguntas atenta contra la confianza que mi amiga ha depositado en mí no diré nada.

—Me parece justo.

—Entonces, trato hecho —le ofreció la mano.

El músico se la estrechó satisfecho de sí mismo.

Iba a saber lo que deseaba sin tener que tantear a Darcy para descubrirlo. Lo que sin duda iba a allanarle el camino con ella.

Darcy parecía muy susceptible con las relaciones románticas, seguramente por culpa del cretino con el que se había casado.

—Excelente elección. Así podemos pasarnos la noche charlando, aunque he de advertirte que a Rowan no va a amedrentarle mi presencia.

—Eso déjamelo a mí —anunció Fiona poniendo su cara más feroz.

La noche no estaba yendo como Darcy había esperado y, a juzgar por la cara de Rowan, sus perspectivas tampoco se estaban cumpliendo.

—¿Qué narices está haciendo Fiona? —Preguntó Caitlin, acercándose a su amiga, de muy mal humor—. Se suponía que Kellan era para ti.

—¿Crees que le interesa?

—¿Tú no?

—No lo sé.

La rubia iba a protestar, pero la aparición de Rowan logró que se callara antes de poner más nerviosa a la anfitriona.

—¿Necesitas ayuda con la cena? —preguntó este, solícito.

Darcy no se dejó engañar. Estaba claro que lo único que buscaba era la oportunidad para hablar con ella en privado.

—Me vendría muy bien, gracias.

Inconscientemente se sobresaltó cuando Rowan la tomó de la mano y tiró de ella para llevarla hacia la cocina.

Ni siquiera hicieron el amago de fingir que estaban preparando las ensaladas o colocando los

aperitivos en cuencos.

—¿Qué sucede?

—Las cosas no están yendo como esperaba. Tienes que apartar a Kellan de Fiona.

—¿Y cómo se supone que he de hacerlo?

—No lo sé. La mujer eres tú.

Darcy le lanzó una mirada fulminante cargada de reproches.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

—Tienes razón. Lo siento. Es que la situación me desborda.

—Tal vez lo mejor sea dejarlo estar —propuso Darcy—. Fiona no parece dispuesta a darte la oportunidad de disculparte y Kellan parece encantado con la compañía…

—¿Sabes por qué soy tan bueno en mi trabajo? —preguntó Rowan muy serio.

—No

—Porque nunca me rindo.

Fiona se dio cuenta de que había ido demasiado lejos en su intento de evitar a Rowan, cuando Darcy apenas pudo sostenerle la mirada al despedirse de ella.

Se había pasado toda la velada tan pendiente de que su antiguo amigo no se le acercara, que no había tenido tiempo para observar a Darcy y, mucho menos, para entender su desilusión.

Si habían sido ella misma y Caitlin las que le habían dicho que Kellan era la mejor opción para volver a las citas, y justo cuando la pelirroja parecía decidirse a dar el paso, se interponía por puro egoísmo.

Al menos aparentemente, porque Kellan se había pasado la noche preguntándole sobre Darcy, y a juzgar por lo atento que estaba a sus respuestas, era evidente que estaba muy interesado. Aun así, sabía que había metido la pata.

Lo peor era que Darcy no era una persona dada a hablar de sí misma o de sus preocupaciones. De modo que le iba a resultar muy complicado saber hasta qué punto le había molestado su actitud.

—Hasta mañana, Darcy, estaba todo delicioso —se despidió Kellan, ofreciéndole su mejor sonrisa.

Caitlin y Peter habían sido los primeros en marcharse, antes incluso de que Kellan y Fiona se lo plantearan siquiera, y con ello habían logrado que la situación se hiciera todavía más incómoda para la anfitriona.

Mientras Kellan y Fiona se centraban en su conversación, Darcy y Rowan se dedicaron a recoger. Cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Mañana me voy a tomar el día libre. De hecho, voy a tomarme unos días libres.

Kellan sonrió sin inmutarse.

—Rowan, ¿vienes?

Darcy era demasiado organizada y sumamente responsable como para pasarse varios días sin trabajar.

—No, voy a quedarme a ayudar a Darcy.

—Entonces, buenas noches —se despidió Kellan.

—Buenas noches.

—Darcy —trató de hablar Fiona.

—Buenas noches, Fiona.

Tras cerrar la puerta, Darcy se giró para mirar a su amigo.

—Podrías haberte ofrecido a acompañarla a casa.

Se encogió de hombros.

—Te debía una.

—Ya está todo recogido.

—Lo sé. —Le guiñó un ojo—. Dime, qué película vamos a ver. La más larga que tengas, por favor.

Darcy se rio de buena gana por primera vez en toda la noche.

—Eres terrible.

Rowan sonrió de oreja a oreja.

—Me gusta. Terrible es infinitamente mejor que absurdo.

Capítulo 15

A la misma hora de siempre, desde que Darcy había comenzado a trabajar con Kellan, llamaron a la puerta. Durante un segundo, se planteó no abrir. Después de todo, estaba escribiendo, concentrada, en medio de un capítulo. Era el punto álgido que había esperado desde el principio, el momento más importante de la novela, el que marcaba el ritmo de la historia hasta el final. El primer punto culminante de cualquier novela romántica, el primer beso.

Sabiendo que su conciencia no iba a tolerar más mentiras, se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Buenos días. —Saludó un sonriente Kellan con un inmejorable aspecto.

Iba como siempre, cargado con una libreta y su guitarra. Tan atractivo como siempre.

—Buenos días. Hoy no voy a trabajar, ya te lo dije ayer. Los domingos me los tomo de descanso —anunció plantada en la puerta para evitar que entrara.

Si le dejaba pasar sus planes para regresar a Londres de una pieza se iban a ir a pique. Kellan era un peligro para su salud mental.

Después del nulo interés que había tenido en ella la noche anterior, no se podía permitir pasar tiempo con él. No, si pretendía salir ilesa de Termonfeckin.

—Vas a tener que arreglarte con Rowan porque estoy cansada, ayer me acosté muy tarde y estoy agotada.

—¿Te acostaste tarde?

Asintió, desconcertada por la pregunta. ¿No acababa de decir eso mismo?

—Rowan también llegó de madrugada.

Darcy le miró con fijeza y se encogió de hombros.

—Estábamos juntos.

—¿Juntos?

—Sí —contestó todavía confusa. ¿Por qué le estaba volviendo a preguntar lo que ella misma le decía? Parecía repetir cada una de sus frases para transformarla en pregunta.

—¿Cómo de juntos? ¿Y por qué llevas las gafas si no estás trabajando?

Por instinto, Darcy se llevó las manos a la cara y ahí estaban. Las gafas delatoras que usaba para leer y escribir.

—Me dolía la cabeza y me las he puesto.

—¿Pasa algo, Darcy?

—Nada. Lo que te he dicho. Estoy cansada y no voy a trabajar en unos días.

Darcy no quería que Kellan sospechara el motivo por el que no podía pasar más tiempo con él.

—De acuerdo. Pero no has dicho nada de Rowan.

Sabía perfectamente lo que le estaba preguntando, pero no tenía ninguna intención de ponérselo fácil.

—¿Rowan? —por una vez se cambiaron las tornas.

—Sí. ¿Cómo de juntos estuvisteis ayer?

Darcy cambió el peso a la otra cadera, nerviosa. No se le daba bien mentir, pero tampoco quería ser franca con él, no, si estaba interesado en su amiga.

—Supongo que igual que Fiona y tú.

—¿Cómo dices?

—Kellan, estoy cansada. Mejor hablamos en otro momento —él no pudo protestar porque la puerta se cerró prácticamente en su cara.

—Te veo después —se despidió a nadie en particular.

¿De dónde se había sacado Darcy que él estaba interesado en Fiona?

Se quedó allí plantado, reacio a regresar a su casa. No ya porque Rowan estuviera molesto con él, que seguramente lo estaba, dado que le había servido de pantalla a Fiona, sino porque se había acostumbrado a compartir espacio con Darcy, y la idea de componer solo le parecía deprimente.

Allí de pie, en medio de la calle helada, tuvo la sensación de que había perdido la conexión con Darcy. Esa mañana la escritora de pelo llameante había desaparecido, dando lugar a la escritora extinguida.

No podía dejar las cosas así.

Tenía que haber alguna manera de explicarle que no estaba interesado en Fiona sin decírselo con palabras.

Con una idea en mente dejó la libreta en la que escribía sus canciones en el suelo, con la pequeña grabadora encima y sacó la guitarra de la funda. Hacía un frío de mil demonios en la calle, pero era indispensable que se quitara los guantes si esperaba sacar algo con ritmo a las cuerdas.

Subió un pie en el escalón de arriba, de modo que podía apoyar la guitarra en su muslo y se dispuso a improvisar… No era la primera vez que tocaba en la calle; había salido de allí y volver era como darle una patada de realidad a su vida. Podía ser Kellan Mcgarry, pero había mujeres que no se dejaban impresionar por eso y, precisamente, esas eran las que le gustaban.

Darcy, que no se había despegado de la puerta, fue testigo de todo lo que estaba sucediendo con el corazón acelerado.

En cuanto la primera palabra brotó de la garganta de Kellan, tuvo que controlarse para no abrir la puerta y lanzarse a sus brazos.

Estaba cantándole su canción favorita. Aquella que le había pedido el día en que le conoció y que él se había negado tomándola por una fan trastornada.

La misma que le había servido de inspiración cada vez que la musa se negaba a visitarla.

No podía resistirse más, y tampoco deseaba hacerlo, por lo que abrió la puerta y se quedó allí, de pie, esperando a que terminara.

Kellan pareció animarse al verla porque su voz sonó con más potencia.

Sin perder el contacto visual, cantó las últimas estrofas y se quedó en silencio, a la espera del veredicto de su público.

—Ha sido precioso, gracias —dijo Darcy y, sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo, bajó los escalones hasta ponerse a su altura, le dio un beso en los labios.

Su idea era presionar su boca sobre la de él y apartarse, pero antes de darse cuenta de lo que hacía, Kellan había entreabierto los labios y Darcy se supo perdida.

Sin ningún pudor, exploró la boca masculina. Su lengua jugueteó con la de él, le retó a que hiciera algo más que dejarse querer y aguantó el envite cuando Kellan aceptó el reto.

Cuando se separaron, a los dos les costó recuperar el aliento. Aunque fue Darcy la primera en reaccionar.

—Gracias por la canción. Ha sido preciosa, pero como te he dicho estoy cansada y los domingos no trabajo —y una vez más la puerta se cerró en sus narices.

Capítulo 16

Fiona tenía previsto pasarse por casa de Darcy en cuanto cerrara la librería, pero estaba teniendo demasiado trabajo para tratarse de un lunes.

El domingo se había pasado por casa de su amiga en cuanto desayunó, pero o Darcy no estaba o se había negado a abrirle, por lo que se pasó el día pensando en el mejor modo de pedirle disculpas. Aun así, tenía pensado volver a pasar por su casa a la hora de comer. Antes no era una buena idea porque Darcy escribía por las mañanas y no estaba para nadie.

No podía dejar pasar por más tiempo sin solucionar, el malentendido con Darcy. Por lo que en cuanto cerrara se pasaría a verla. El problema era que parecía como si todo el pueblo hubiera decidido dedicar su día a la lectura, porque desde que había abierto, ya había despachado a cuarenta y tres personas, que era normalmente el volumen de trabajo de una semana normal.

Sonrió al recordar que nueve de ellas habían ido hasta allí para comprar la biografía autorizada de Kellan Mcgarry. Iba a tener que hacer un nuevo pedido, porque la última que le quedaba, y que se había negado a vender, iba a ser su ofrenda de paz para su amiga.

La campanilla que anunciaba un nuevo visitante, sonó mientras ella etiquetaba la última caja de libros que acababa de recibir.

—No me quedan más biografías de Kellan Mcgarry —anunció sin apartar la vista de su trabajo.

—No es lo que busco. Me sé su vida y milagros de memoria —dijo la voz de Rowan—. Es lo que tiene trabajar con él.

—¿Qué haces todavía por aquí? —Preguntó molesta—. Imaginaba que ya habrías regresado a tu vida en la ciudad.

De hecho, esperaba haberle dejado claro que no tenía ningún interés en hablar con él. Con todo lo que se había esforzado para que se diera por aludido, aún tenía el descaro de presentarse en su librería como si nada.

—He decidido quedarme toda la semana.

Fiona lo miró con los ojos exageradamente abiertos por la sorpresa.

Estaba especialmente guapo con unos simples vaqueros, las botas de montaña y una chaqueta de plumas azul oscuro.

Muchos hombres ganaban puntos con el traje de chaqueta puesto; en el caso de Rowan era completamente al revés, la ropa de sport le sentaba a la perfección.

—¡Oh! No te preocupes, no es por ti. No tengo intención de hablar contigo de nada personal. Mi visita se debe a otro motivo, igual que el que me vaya a quedar más tiempo del previsto.

—Mejor —zanjó con un tono menos rotundo de lo que habría querido.

Rowan se tragó la sonrisita de triunfo que se le estaba formando.

—Se trata de Darcy.

Fiona hubiera podido pensar cien motivos distintos por los que Rowan hubiera decidido ampliar su estancia en Termonfeckin, pero ninguno de ellos habría tenido a su amiga como protagonista.

—¿Qué sucede con ella?

—Nada, son temas personales y nosotros hemos decidido dejarlos fuera de nuestra… amistad.

—No somos amigos.

—De acuerdo. Meros conocidos, entonces. El caso es que he venido para decirte que ya no debes preocuparte de que trate de hablar contigo. Me parece bien limitar nuestras conversaciones

al hola y adiós, o a algo tan banal como el tiempo. —Su sonrisa era tan atractiva, que Fiona tuvo que tragar saliva porque se le estaba secando la garganta.

—Me alegro.

Aunque tratara de mostrarse indiferente, su cabeza bullía repleta de preguntas y de dudas. ¿Qué podía haber sucedido en menos de doce horas para que su actitud hubiera dado un giro tan radical? ¿De verdad ya no iba a tratar de pedirle perdón?

—Lo sé, por eso he venido. ¡Qué tengas un buen día, Fiona! —Se despidió—. Una cosa más, como voy a estar por aquí, ya no voy a necesitar que le eches una mano a Kellan. Si no te importa prefiero a Darcy —dijo saliendo por la puerta como si nada.

Cuando la aludida pudo reaccionar, ya no quedaba ni rastro de Rowan por ningún lado.

Dejó sobre el mostrador las etiquetas y los libros que estaba marcando, y se encaminó al perchero para coger su abrigo, guantes y bufanda. La visita a Darcy se había vuelto indispensable, y no solo porque deseara aclarar que no tenía ningún interés en Kellan. Su amiga iba a tener que explicarle a qué se debía el cambio de Rowan.

Las dichosas campanillas volvieron a sonar.

—Voy a cerrar unos minutos —anunció—. Tengo que salir.

—Pues lo siento, pero eso no va a poder ser porque necesito hablar contigo, en privado.

—No es un buen momento —de todas las personas inoportunas del pueblo tenía que ser precisamente ella la que apareciera…

—Me da igual. Vamos a hablar ahora mismo.

—Caitlin… Tengo que ir a ver a Darcy.

—Si es por eso no te preocupes. Darcy está aparcando el coche y viene en seguida.

—¿Aparcando? ¿Darcy ha venido en coche? ¿Cómo has logrado que conduzca? Si lo odia.

Caitlin se irguió todo lo que pudo, dado su estado.

—Cada vez me cuesta más andar. Pero eso ahora no importa. Estamos aquí para hacerte un consejo de guerra.

—Lo del consejo de guerra es cosa de ella —dijo Darcy haciendo sonar de nuevo las campanillas—. Yo solo he venido a traerla porque me ha amenazado con pedirle a Sidney que sea el padrino del bebé.

—¡Wow! Eso es jugar fuerte, Caitlin.

—Lo hubiera hecho.

—Lo sabemos, por eso está Darcy aquí, pero el caso es que yo iba a verla ahora mismo.

—Entonces supongo que te he ahorrado el viaje.

Caitlin paseó la mirada de una a otra de sus amigas.

—Deja de ser amable con ella —pidió a Darcy—. Ayer te fastidió la cita con Kellan.

—No tenía ninguna cita con él. Era una cena de amigos. —No tenía ninguna intención de hacerles saber lo mucho que le había molestado la situación.

—¡Y un cuerno! Era tu oportunidad para perder la virginidad.

—Caitlin, no soy virgen.

—Sí que lo eres, Darcy, querida. ¿No te conté ya que después de seis meses sin sexo te vuelves semi virgen? Y encima tú solo has estado con Sidney.

—¿De verdad, Darcy? Cualquiera lo diría dadas las escenitas que escribes —comentó una voz femenina a sus espaldas.

—¿Por qué narices no has cerrado la puerta? —Preguntó mirando a Fiona echando chispas por los ojos—, ¿Y por qué tus malditas campanas funcionan cuando quieren?

Fue Caitlin la que tomó las riendas de la situación al ver a sus amigas, sin saber cómo salir de

semejante lío.

—Marla, entra y siéntate con nosotras. Nos vendrá bien una opinión neutral. —Siguió dando órdenes—, Fiona, cierra la puerta y saca sillas para todas. Tenemos tema para largo.

Capítulo 17

La conversación con sus amigas había sido divertida, pero no habían logrado aclarar nada de lo que le preocupaba.

La actitud de Fiona para evitar a Rowan había quedado zanjada, e incluso se sentía halagada de que Kellan hubiera aceptado, con la condición de que su amiga le contara cosas sobre ella. No obstante, la táctica del manager no tenía explicación, y que la hubiera usado para cabrear a Fiona tampoco.

Acababa de dejar a Caitlin en casa e iba a por su coche, cuando Marla la llamó desde la puerta de su pub.

Se acercó todavía avergonzada de que la buena mujer hubiera escuchado sus problemas, pero ella le ofreció una sonrisa tan amplia, que se olvidó de su malestar al instante.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Sucede algo?

Marla asintió con pesar.

—Tus amigas son buena gente, pero no tienen ni idea de hombres —lo dijo con tanta naturalidad que Darcy no pudo más que reírse, a pesar de lo descabellada que era la idea de que Marla fuera una experta en el tema.

No es que fuera poco atractiva, es que siempre la había relacionado con Cillian. De hecho, no recordaba haberla visto con otro hombre cuando era más joven, por lo que su afirmación la había dejado un poco desconcertada.

—¿Y tú sí? —aventuró.

—Trabajo en un pub, niña. Los veo cada día a todas horas y de todos los caracteres posibles.

—No había caído en ello.

—Por eso estoy aquí. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Darcy asintió

—Cuando se toman una de las cervezas de Cillian lo sueltan todo. Y cuando digo todo me refiero a todo. He oído cosas que te harían sonrojar. ¡Demonios! Si hasta yo me sonrojo cuando lo recuerdo. Los hombres no tienen ningún misterio para mí.

Le hizo un gesto para que la siguiera dentro.

—Vamos a aquella mesa. Es la más tranquila. En media hora esto se va a llenar de gente que espera que le demos de comer.

Darcy la siguió sin protestar. Las palabras de Marla la habían intrigado.

—Si quieres saber cómo piensa tu enemigo lo mejor es observarle —apuntó Marla—. Fíjate en los parroquianos. Todos te están mirando, y te aseguro que, por lo menos, la mitad de ellos se han leído tus libros y se están preguntando si eres tan buena llevando a la práctica lo que escribes.

—¡Marla!

—Es la verdad, cariño. Puede que las mujeres seamos las que tengamos fama de cotillas, pero te aseguro que los hombres no se quedan a la zaga.

Como si Cillian las hubiera estado observando, aparecieron dos jarras de cerveza ante ellas en cuanto se sentaron.

—Gracias, pero no bebo a mediodía. —Se disculpó.

—No es bebida, niña. Es solo cerveza.

Se marchó antes de que se la volviera a rechazar.

—Será mejor que la pruebes o no nos quitaremos a Cillian de encima hasta que no lo hagas.

Darcy se vio obligada a hacer lo que Marla le pedía y le dio un sorbo más largo de lo que tenía en mente.

—Está buena.

—Lo sé, pero vayamos al tema. Si lo que quieres es conquistar al conquistador vas a tener que demostrar sangre fría. Deja que crea que es él quien mueve los hilos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes ser tan evidente, niña. Tienes que hacerle creer que no estás interesada. Que lo vuestro es puramente platónico. Tú buscas otra cosa en un hombre.

—En realidad me gusta como es —expuso con timidez.

—Lo sé, pero eso es todo lo contrario a lo que debes dar a entender. Kellan está acostumbrado a que las mujeres se le echen encima. Apostaría todo lo que tengo a que le han robado más besos que dinero tengo yo en el banco.

La cara de Darcy comenzó a colorearse por momentos.

—¿Estás bien? La cerveza es fuerte. Bebe despacio.

—No es eso. Ayer lo besé. Estaba enfadada con él, así que me negué a dejarle pasar a casa. Entonces él se plantó en mi puerta, se puso a cantar y no pude evitarlo.

Marla abrió la boca varias veces antes de saber qué decir.

—¿Te cantó una serenata?

—Solo fue una canción.

—Darcy, escúchame con atención, ese chico será un músico famoso y todo lo que tú quieras, pero te aseguro que está interesado. Ningún hombre le canta a una mujer una serenata si no

quiere ganarse su favor.

—Una canción.

—Serenata al fin y al cabo.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—¿Y qué crees que debo hacer ahora?

Marla se hizo la interesante unos segundos.

—Nada. Absolutamente nada. Te aseguro que eso le desesperará lo suficiente para lograr que él dé el primer paso.

Darcy sonrió, encantada.

—Marla, eres brillante.

—¿Verdad que sí? Creo que sería un personaje muy interesante para cualquiera de tus novelas.

—Estoy de acuerdo.

—Hazme rubia, siempre he querido saber lo que se siente al serlo —dijo con un guiño travieso.

Capítulo 18

Si había algo que caracterizaba a Kellan Mcgarry era su capacidad para reponerse de los golpes. Antes de hacerse famoso, había tenido que lidiar con muchas negativas, por lo que estaba curtido en ese campo.

Llamó a la puerta de Darcy igual que el día anterior, cargado con su guitarra y su libreta de notas, solo que estaba vez iba preparado para otro rechazo.

Contuvo el aliento cuando ella le abrió la puerta con absoluta naturalidad. No parecía sorprendida por su presencia y, para su alivio, tampoco parecía enfadada.

—Buenos días, Kellan, ¿quieres un té?

—¿Hoy no vas a echarme?

—No.

—De acuerdo.

La siguió al interior de la casa sin protestar. Ella le puso un té delante, aunque él prefería el café. Lo curioso era que a esas alturas Darcy ya debía saberlo.

Le dio un sorbo, casi sin paladearlo, y se dispuso a sacar el tema que le había empujado a volver a su casa.

—Creo que lo mejor es que hablemos de lo que pasó ayer —propuso con cierta timidez.

No solía sentirse tan incómodo con ninguna mujer. Se había criado rodeado de ellas. Su hermana había llevado a casa siempre a sus amigas y, aunque algunas se habían creído enamoradas de él, siempre había sido considerado y atento con todas.

—¿A qué te refieres? Estaba cansada y no tenía ganas de trabajar, pero hoy estoy mejor.

—Me refiero al beso.

—¡Ah, eso! No te preocupes, no tengo intención de repetirlo, y lamento si te hice sentir incómodo. Entiendo que te hayas visto acosado por otras mujeres en el pasado. Supongo que forma parte de quien eres, pero tienes mi palabra de que yo no soy ninguna de ellas. Nunca quise incomodarte u obligarte.

—No me obligaste.

Darcy sonrió.

—Eres muy amable por decir eso, pero los dos sabemos que me abalancé sobre ti como una fan enloquecida.

—No tienes ni idea de cómo son las fans enloquecidas, tú fuiste muy dulce.

Darcy sintió un hormigueo en el estómago, pero se recompuso y trató de fingir indiferencia.

—Gracias. Eres muy amable al decir eso.

—No lo soy, es la verdad. Me gustó besarte.

—A mí también, pero ahora toca trabajar —se apartó de él, nerviosa y temblorosa.

Acababa de decirle que le gustó besarla y ella solo podía pensar en repetirlo, así que lo mejor que podía hacer era ponerse a escribir y plasmar esa frustración que sentía en la mejor escena de sexo de la historia.

Kellan se pasó las dos horas siguientes dándole vueltas a las disculpas de Darcy. Era la primera vez que una mujer le pedía perdón por besarle. Como norma general le pedían bises, como con sus canciones, pero nunca perdón.

Con disimulo, observó a Darcy, quien estaba realmente concentrada en el trabajo, tanto, que podía observarla a placer sin ser descubierto.

Fuera lo que fuera lo que estaba escribiendo, era evidente que lo estaba disfrutando, porque

de vez en cuando asomaba una sonrisa a sus labios, algún suspiro, e incluso la veía mordisquearse los dedos mientras pensaba en qué iba a ser lo siguiente que iba a teclear.

La escritora lanzallamas estaba resultando mucho más interesante y complicada de lo que se hubiera imaginado el día en que la conoció. En aquella ocasión, tan solo se había fijado en su aspecto; ahora la conocía lo bastante como para encontrar encantador también su carácter.

El teléfono de ella sonó sobre la mesa en la que Kellan estaba escribiendo, por lo que no pudo evitar darse cuenta de que el que la llamaba era Rowan. El mismo que se había quedado en su casa para ayudarla a recoger la noche en que cenaron juntos.

Darcy se levantó con elegancia del sofá y atendió la llamada:

—¿Estás lista? —preguntó la voz de su manager.

—Sí, dame cinco minutos, está aquí Kellan.

—De acuerdo —respondió él. Hablaba tan alto que podía escucharle contestar desde donde estaba sentado.

Darcy colgó y miró a su huésped con una disculpa.

—Lo siento. Tengo que irme, pero si quieres puedes quedarte aquí a seguir trabajando. Con que cierres al salir es suficiente. —Y añadió—. Hay café en la despensa, por si lo necesitas.

—¿Dónde vas? Creía que íbamos a comer juntos.

—Lo siento, ya he quedado con Rowan.

—¿Vas a comer con Rowan?

—Sí.

—¿Por qué?

Darcy lo miró con interés, ¿estaba celoso? Porque tenía toda la pinta de que así fuera.

—Es mi amigo y me lo ha pedido.

—O sea, ¿que si yo te pido que cenes conmigo me dirías que sí porque somos amigos?

—¿Me lo estás pidiendo?

—Así es. Esta noche cenas conmigo.

—De acuerdo, pero no ha sonado a petición.

Kellan puso los ojos en blanco.

—¿Cenarás conmigo esta noche?

—Por supuesto.

—¡Bien! Iremos a alguna parte fuera de este pueblo.

—De acuerdo.

Kellan se estaba alterando solo, y Darcy solo podía mirarle asombrada porque los consejos de Marla hubieran sido tan efectivos. Iba a tener que volver al pub a visitarla para que siguiera dándole indicaciones.

El sonido de la puerta cortó la perorata de Kellan.

Darcy se encaminó hacia allí para abrir y, para estupefacción del músico, tuvo que ver cómo su manager se inclinaba sobre la escritora de cabello llameante para darle un beso en la mejilla.

—¿Nos vamos?

Ella miró hacia atrás alertando a Rowan de la presencia de Kellan.

—Hola, Kellan, no te había visto —anunció entrando por completo en la casa.

—Eso es evidente.

Rowan lo ignoró.

—Ve a por tu chaqueta y nos marchamos. Estoy hambriento.

—Yo también. —Miró a Kellan—. Te veo esta noche.

Los dos hombres esperaron a que Darcy desapareciera para fulminarse mutuamente.

—No sabía que fueras a salir con Darcy.

—Es curioso, yo tampoco sabía que tuvieras una relación tan estrecha con Fiona. Y así ha sido.

No pudo responder, porque Darcy apareció en ese momento con un gorro azul y una chaqueta del mismo color. El aroma de su perfume le indicó su presencia antes de verla.

—Ya estoy lista.

Rowan le ofreció el brazo con un guiño.

—Adiós, Kellan. Cierra al salir.

—Hasta esta noche, Darcy.

Rowan esperó hasta que estuvieron lo bastante alejados de la casa para interrogar a Darcy:

—¿No le has dicho que hemos quedado a comer para hablar de negocios?

Darcy negó con la cabeza.

—¿Entonces no tiene ni idea de que voy a ser tu nuevo representante? —aventuró con certeza.

—No.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Me ha parecido más interesante su historia que la verdad. Por otro lado, ya sabes lo mucho que me gustan las historias románticas —explicó con una expresión tan angelical que resultaba falsa.

Rowan estalló en carcajadas tan estridentes que hicieron que varias personas se giraran a mirarles.

Capítulo 19

—Menudo día más horrible que he tenido —anunció Fiona al dejarse caer sobre uno de los taburetes colocados en la barra del pub de Marla.

No era que Fiona fuera asidua a la bebida, pero llevaba unos días malos y la idea de tomarse una cerveza después de cerrar la librería la había tentado más que nunca. Por lo que sin pensarlo mucho, se había ido al pub en busca de algo de tranquilidad y, quizás, de un poco de conversación banal que lograra que se olvidara temporalmente de sus problemas.

—Si lo que te preocupa es la cita de Rowan y Darcy, te aseguro que ha sido completamente platónica —comentó Marla, inclinándose sobre la barra para hablarle—. Ni siquiera se han besado.

Su pregunta fue interrumpida por Cillian, quien no tardó más que un segundo en verla, y dos en plantarle una cerveza delante.

—Gracias, Cillian. ¿De qué cita estás hablando?

—¿No lo sabías?

—No.

—Bueno, en realidad no ha sido una cita. Era una comida de negocios.

—¿Negocios?

—Sí, Rowan va a representar a Darcy.

Fiona parpadeó sorprendida por la noticia.

—¿Desde cuándo es Rowan agente literario?

—Desde nunca. No se trata de esa clase de representación. Darcy ha tenido ofertas para

llevar sus libros al cine y él va a asesorarla. De hecho, es bastante probable que el año que viene tengamos alguna de las novelas de nuestra paisana más famosa en la gran pantalla —añadió—. Al parecer, el sábado por la noche estuvieron juntos hasta tarde y Darcy le contó lo de las propuestas. Por eso se ha quedado más tiempo en el pueblo. Para ayudarla con el tema.

De modo que era cierto, se dijo Fiona, se había quedado por Darcy.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han contado ellos. Han estado comiendo aquí.

—¿Comiendo juntos?

—Exactamente y, por si te interesa saber más, ahí tienes al rey de Roma —apuntó Marla al ver entrar a Rowan en el pub.

Fiona se negó a darse la vuelta para mirarle.

Durante varios minutos, Rowan se vio rodeado de gente a la que hacía mucho tiempo que no veía, por lo que tuvo que pararse, saludar e incluso brindar con ellos con la peligrosa cerveza del local, que Cillian repartía sin pausa entre los congregados. Cuando por fin se vio libre, se acercó hasta Fiona, colocándose en el taburete de al lado, pero ni siquiera se molestó en saludarla.

Después de todo, habían quedado en tratarse como meros conocidos, ¿no? Y dependiendo del día se molestaba en saludar a los conocidos o a hacerse el tonto, según conviniera.

Tal y como había esperado, Fiona mordió el anzuelo.

—¿Qué sucede? Te has vuelto tan importante que ya ni saludas.

Rowan se dio la vuelta en el taburete, de manera que su cuerpo quedó frente a ella.

—Hola, Fiona. No quería molestarte. Buenas tardes.

—Puedes saludar, no hace falta que seas tan estricto.

Él le ofreció una sonrisa cálida.

—Es bueno saberlo. Deja que te invite a una cerveza, ¿o eso no está permitido en nuestra nueva relación?

—Me encantaría, gracias.

Hizo un gesto a Marla que, aunque apartada, no se perdía detalle. Cuando ella se acercó, le pidió dos cervezas y una ración de *crubeens.*

—¿Qué tal tu cita con Darcy? —inquirió Fiona, aun sabiendo que no era buena idea preguntar.

Rowan le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Pensaba que íbamos a limitarnos al tiempo.

—Podemos hacerlo si te incomoda hablar de Darcy conmigo.

Rowan sonrió sin decir nada porque antes de que pudiera responder Cillian se acercó a ellos con dos jarras en la mano. Teniendo en cuenta que era la tercera que le veía darle a Rowan no pudo evitar hacer uno de sus comentarios sarcásticos.

—¡Cillian, me niego a que esto se convierta en costumbre! —Se quejó Fiona—. Deja de emborrachar a todos los hombres que están conmigo o me quedaré sola para siempre —bromeó.

Rowan había tratado de beberse todas las cervezas que el dueño del pub le había puesto delante y, aunque había durado más que Kellan, había terminado por caer fulminado igual que el músico.

—Ayúdala a llevarlo a casa —pidió Marla a su marido con una expresión de reproche en el rostro.

—Mejor a mi casa —pidió Fiona, quien al ver el interés de todos por sus palabras, añadió—, está más cerca y me niego a cargar con él más de lo necesario.

—Por supuesto, niña —corroboró Marla.

Rowan se despertó en mitad de la noche. Al abrir los ojos, lo primero que sintió fue calor y un intenso dolor de cabeza. Después, conforme fue recuperando la consciencia, se dio cuenta de dos cosas: la primera era que no estaba en su casa, y la segunda era que lo único que se había quitado para dormir fue los zapatos.

Con cuidado se levantó y encendió la luz de la mesita de noche. No necesitó más que una mirada rápida para saber que estaba en el dormitorio de Fiona. Después de todo, no era la primera vez que dormía en esa cama. Por instinto, echó una nueva mirada al lecho. ¿Dónde estaría ella?

Descalzo, salió del cuarto. Si no recordaba mal, ese era el único dormitorio que tenía, ya que había transformado la habitación contigua en un despacho.

A través de la escasa luz que entraba por las ventanas, la divisó dormida en el sofá.

¿Por qué no se había tumbado a su lado? ¿Tanto lo odiaba, que prefería pasar una mala noche a compartir espacio con él? La respuesta que acudió a su mente no le hizo sentir mejor, por lo que decidió no pensar en ello.

Acercándose hasta ella, le apartó un mechón sedoso de pelo del rostro y se agachó para cogerla en brazos y llevarla a la cama.

Estaba tan profundamente dormida que solo protestó un poco, como un gatito al que hubieran interrumpido en medio de un dulce sueño.

Decidido a que descansara, la dejó con cuidado sobre la cama, la arropó y se dispuso a despojarse de la ropa. Estaba sudando, había sido el maldito calor el que lo había despertado.

Sin muchos miramientos, se quitó el jersey, los pantalones y los calcetines. Dormiría perfectamente con la camisa y los calzoncillos. Fiona no podría protestar porque seguía decentemente vestido.

Agotado, se metió en la cama a su lado, se pegó a ella y se durmió casi al instante.

Le despertó un grito que hizo que su cabeza palpitara con fuerza.

—Buenos días, Fiona, ¿te importaría gritar un poco menos fuerte?

—¿Por qué estoy aquí?

Se incorporó para mirarla.

A pesar de sus gritos, Fiona no se había movido de su lado en la cama, lo que se sentía como un triunfo.

—Vives aquí.

—Lo sé. —Fiona arrugó el ceño—. ¿Te estás burlando de mí? Me refiero a qué hago en esta cama, y si dices que es la mía te golpearé, lo prometo.

A pesar de lo mal que se encontraba Rowan, tuvo fuerzas para sonreír.

—De acuerdo. Te traje yo cuando te caíste del sofá —mintió—. Me desperté al escuchar un fuerte ruido y al ir a ver qué sucedía te vi en el suelo. Me diste pena y decidí compartir la cama contigo.

—¿De verdad me caí?

Asintió con solemnidad.

—Es posible que incluso tengas algún moratón.

—¿Y cuándo te quitaste la ropa? Cuando Cillian te dejó en la cama estabas vestido.

Se encogió de hombros para restarle importancia.

—Tenía calor y solo me quité lo indispensable. No tienes de qué preocuparte, no estoy del todo desnudo.

—Lo sé —se le escapó.

—Fiona Adams, ¡no me digas que has echado una miradita por debajo de las mantas!

Ella enrojeció con tanta intensidad que Rowan lamentó haberla provocado.

—No, exactamente. Te he tocado… sin querer.

Rowan comenzó a reír y a lloriquear al mismo tiempo. No podía dejar de reír, y eso acrecentaba su dolor de cabeza, por lo que gemía y se carcajeaba a la vez.

—No le veo la gracia.

—Tienes razón, no la tiene. Gracias por rescatarme ayer.

—De nada.

—Creo que te mereces una recompensa.

Fiona se puso de lado para observarle de frente.

—¿Qué tipo de recompensa tienes en mente?

No hubo respuesta. En lugar de ponerle palabras Rowan le puso sentimientos.

Inclinó la cabeza y la besó con delicadeza y mucha ternura.

No deseaba presionarla u obligarla a que le devolviera el beso. Tenía que darle el espacio suficiente como para que ella hiciera su elección.

Por ello, se contuvo y no lo intensificó hasta que sintió los brazos de Fiona alrededor de su cuello, tirando de él para que se pegara a su cuerpo.

—Deduzco que estás de acuerdo con mi manera de recompensarte.

Ella se separó para mirarle a los ojos directamente.

—Lo cierto es que es un poco pobre, teniendo en cuenta todo lo que he hecho por ti.

—En ese caso puedo ampliarla.

—Con una condición. Nada de notas.

Rowan sonrió, encantado.

—¡Prometido!

Capítulo 20

Darcy estaba acabando de arreglarse para su cita con Kellan, cuando su teléfono comenzó a sonar. Salió disparada para buscarlo por si era su vecino o alguna de sus amigas para cancelar la cena. No obstante, el número que aparecía en la pantalla le era desconocido. Curiosa por saber de quién se trataba, deslizó el dedo por el icono verde y contestó.

—Hola, Darcy.

Sintió cómo se le revolvía el estómago al escuchar la voz de Sidney.

—Creí que te dejé muy claro que no quería saber nada más de ti.

—Y yo te dije que no te molestaría si hicieras el favor de darme mis cosas —insistió él.

—Ya te he dicho que no tengo nada tuyo. Metí todas tus pertenencias en cajas y las envié a casa de tus padres.

—¡Vamos, Darcy! Los dos sabemos que no les has enviado a mis padres lo que busco.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de las reproducciones de Monet y de Rembrandt.

—No tengo tus reproducciones —contestó molesta. ¿Para qué iba a querer ella ningún viejo cuadro?—. Ya te he dicho que lo metí todo en cajas y se lo envié a tus padres. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—Podrías comenzar por decir la verdad —volvió al ataque.

—Mira quién habla de verdad. Tú, que no has dicho una en toda tu vida.

Durante un segundo se hizo el silencio en la línea.

—¡Vaya, vaya! Parece que la gatita tiene uñas. Una pena que no las sacaras cuando todavía estábamos casados. De haberlas mostrado las cosas habrían sido de otro modo.

—Esta conversación ha terminado. No tengo nada tuyo, Sidney, déjame en paz —respondió completamente asombrada y enfadada por el giro que estaba dando la conversación.

La voz de su exmarido sonó mucho más dura de lo que jamás la había escuchado.

—Esta conversación terminará cuando yo diga que ha terminado, y no lo hará hasta que me digas qué has hecho con mis lienzos, Darcy. Puedo asegurarte que no estoy jugando.

—No tengo tus malditos cuadros.

—Eso ya lo veremos.

Darcy no se molestó en responder, directamente colgó el teléfono y tomó nota de no responder a ninguna llamada de un número que no tuviera grabado en la agenda.

Nerviosa y cavilosa, decidió que lo mejor que podía hacer para calmar los nervios era tomarse una de las cervezas que todavía tenía en la cocina.

Sidney todavía tenía la capacidad de alterarla como nadie. Mientras abría la botella, repasó mentalmente la conversación. En algún momento de ella, su exmarido prácticamente había reconocido sus infidelidades. Puede que no lo hubiera dicho con todas las letras, pero los dos sabían que se refería a esa parte de su vida en común. Por otro lado, ¿por qué eran tan importantes las réplicas para él?

Era marchante de arte, podía tener las piezas auténticas que le diera la gana. Después de todo era muy reputado entre sus colegas, y su facilidad de palabra y apariencia serena y elegante siempre le habían facilitado relacionarse con la gente.

La cerveza estaba buena, decidió Darcy, abriendo una nueva botella.

Pero lo peor de toda la situación no era que Sidney la alterara o que sintiera algo por él, porque no era el caso, lo peor de todo era que ella le tenía celos. Estaba celosa por la facilidad

con la que había pasado página tras la ruptura, mientras que ella había tenido que recomponerse pedazo a pedazo.

—Por mí —brindó, abriendo otra nueva cerveza—, por hacer por una vez lo que yo quiera, cuando quiera, donde quiera y con quien quiera.

Sonrió encantada consigo misma.

—¡Salud!

Su brindis fue interrumpido por una llamada en la puerta.

Fue entonces cuando se acordó que había quedado con Kellan y que solo llevaba un ojo maquillado.

Se encogió de hombros.

—¡Me da igual!

Descalza y ataviada con un vestido negro y ajustado de manga larga que se había puesto para la ocasión, se encaminó hacia la entrada.

Al abrir se encontró con Kellan vestido por completo de negro. Llevaba pantalones vaqueros y una parka oscura, abierta lo justo para que Darcy pudiera ver su jersey del mismo color.

—Buenas noches —saludó levantando la mirada para evaluarla de pies a cabeza.

Sus labios esbozaron una sonrisa cuando se dio cuenta que estaba a medio maquillar.

—¿He venido demasiado pronto o es que es la última moda?

—Ninguna de las dos. ¿Quieres una cerveza? —preguntó apartándose para que entrara—. Están muy buenas.

Kellan sonrió.

—Gracias, pero tengo que conducir hasta Baltray y prefiero hacerlo sobrio.

—¿Vamos a ir a Baltray?

—Sí, voy a llevarte a cenar a orillas del mar de Irlanda.

Kellan, que había creído que ella se mostraría encantada con la idea, se quedó sorprendido al verla fruncir el ceño.

—¿Estás muy interesado en la cena o podemos acostarnos sin ella?

Ante semejante pregunta a Kellan se le cayeron las llaves de las manos.

—¿Cómo dices?

Darcy enrojeció al darse cuenta de lo que acababa de decir, pero decidió que no iba a recular. Ya se había perdido muchas cosas por culpa de su exmarido y esta vez no tenía intención de hacerlo.

—Hablo de tener sexo.

—¿Te encuentras bien? —la oferta era mucho más que tentadora, pero Darcy no le había parecido una persona tan directa.

—De maravilla. No me ves. Entonces, qué, ¿lo hacemos?

—Darcy, ¿has bebido?

—Solo un par de cervezas de las que sobraron de la cena del otro día.

Kellan la dejó en el salón y se encaminó hasta la cocina para ver exactamente cuánto había bebido. Nada más entrar descubrió cuatro cascos vacíos de la cerveza negra de Cillian.

—Kellan —lo llamó ella—, ¿no quieres hacerlo?

Suspiró sonoramente y volvió donde Darcy seguía sentada. Iba a ser una tortura comportarse con decencia.

—Por supuesto que sí, preciosa, pero solo si me cuentas por qué te has bebido esas cervezas.

Darcy se inclinó sobre él y se dejó caer en su hombro.

—De acuerdo —dijo, pero se mantuvo en silencio.

—¿Darcy?

Ella se incorporó para mirarle con los ojos brillantes por el alcohol ingerido.

—Soy virgen, ¿sabes? Y he decidido que quiero dejar de serlo contigo.

Kellan se quedó mirándola fijamente, al tiempo que trataba de asimilar lo que ella acababa de decirle. Era imposible que hubiera estado casada y que siguiera siendo virgen. Demonios, era imposible que lo fuera ni aunque no se hubiera casado. Darcy era preciosa, divertida e inteligente, cualquier hombre se dejaría cortar un brazo solo por estar con ella.

—¿Virgen? ¿Tu marido era gay?

Las carcajadas de ella pronto dieron paso a un llanto tan exagerado como su risa.

Kellan la abrazó y la dejó gimotear mientras le acariciaba el pelo.

Cuando se hubo calmado, alzó la cabeza para mirarle, y a Kellan se le cortó la respiración. Era preciosa, incluso así, con los ojos y la nariz rojos.

—¿Vas a contarme lo que ha sucedido?

Ella asintió con fuerza.

—Nunca he estado con nadie más que con Sidney.

—No es lo habitual, pero no sé dónde está el problema. Eres muy joven todavía.

—Él sí que ha estado con más mujeres. Mientras estaba casado conmigo y después.

Kellan esperó a que ella llegara al meollo del tema.

—No quiero que sea el único de mi lista.

—De acuerdo.

Ella se levantó de golpe y batió palmas.

—¿De verdad vas a acostarte conmigo?

—De verdad.

—¿Ahora?

Kellan negó con la cabeza.

—No soy un hombre fácil. Primero tendría que tener, por lo menos, un par de citas contigo.

Capítulo 21

Despertarse con resaca era una nueva experiencia para Darcy. Pero el malestar quedó en segundo plano, cuando una serie de recuerdos de la noche anterior aparecieron en su memoria.

¿De verdad le había propuesto a Kellan que tuvieran sexo?

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó llevándose las manos a los ojos, como si al taparlos se borrara a ella misma del mundo.

Sí que lo había hecho. Le había tirado los tejos a Kellan de un modo descarado, justo lo que Marla le había aconsejado que no hiciera.

Y para colmo de males, recordaba a la perfección ese momento. Pero lo peor de todo era que mientras se lo decía, una parte de ella, que no había podido sujetar, se oponía por completo a que siguiera con la locura que estaba cometiendo.

Era como si no pudiera detenerse, a pesar de saber que lo que hacía no era una buena idea.

Su teléfono móvil, que no había silenciado antes de acostarse, comenzó a sonar sobre la mesilla de noche. Con más lentitud para moverse que nunca, se incorporó para contestar, pero al hacerlo vio un número desconocido, y tras la experiencia de la noche anterior con la llamada de Sidney, decidió que lo mejor era dejarlo sonar.

No tenía ganas de enfrentarse de nuevo a su exmarido.

De hecho, la locura que la había poseído era por completo culpa suya. Si no la hubiera llamado, si no le hubiera mostrado su verdadera cara, no habría bebido y, por consiguiente, no le habría hecho a Kellan proposiciones indecentes.

Durante medio segundo estuvo tentada de coger el teléfono y llamarle para excusarse. Lo más inteligente sería escudarse en que había tenido una discusión con su exmarido, y que para calmarse había optado por tomarse una cerveza, que al final terminaron siendo cuatro. Desde ese momento ya no fue capaz de filtrar lo que decía. No obstante, por muy verdadera que fuera la excusa, no dar la cara era una actitud cobarde.

Por ello se levantó de la cama, se metió en la ducha y, bajo el chorro del agua, rumió el mejor modo de ofrecerle una disculpa a Kellan sin retractarse de sus palabras.

Porque una cosa estaba clara, Kellan le gustaba y, aunque hubiera cometido una imprudencia al decírselo tan abiertamente, yendo en contra de los sabios consejos de Marla, tenía intención de tener esa cita pendiente con él.

Cuando acabó de vestirse, supo que ya no podía postergar más la visita, por lo que buscó su abrigo y se dispuso a salir.

El trayecto entre su casa y la de Kellan era de escasos seis metros, pero el frío era tan intenso que tuvo que entrecerrar los ojos para que no le lloraran y le estropearan el poco maquillaje que se había puesto para ocultar las ojeras.

Se cuestionó si era una buena idea disculparse justo cuando estaba en la puerta con la mano levantada para llamar. Según Marla, lo mejor que podía hacer era no darle importancia.

A lo mejor tenía que olvidarse de todo y rezar para que Kellan estuviera tan acostumbrado a ese tipo de proposiciones que no tuvieran mayor interés para él.

No, se dijo, tenía que comportarse como una persona adulta y hacerle saber que recordaba lo que había sucedido y que no estaba precisamente orgullosa de sus acciones.

Tras llamar, pasaron unos segundos antes de que Kellan le abriera la puerta. Debía de acabar de salir de la ducha porque llevaba el pelo húmedo y olía muy bien, a una mezcla de jabón y colonia masculina.

Le ofreció una sonrisa alegre, y se apartó para permitirle el paso.

—Buenos días, ¿qué tal la resaca? ¿Necesitas un café o una aspirina? —Bromeó—, parece ser que esta vez me toca a mí socorrerte.

—Estoy bien. —No había hablado hasta ese instante y se dio cuenta de que le temblaba y sonaba ronca.

—Me alegro. Hoy no tenía previsto ir a tu casa. Pensé que no tendrías ganas de trabajar.

—Gracias, eso es muy amable. ¿Está Rowan?

Kellan se detuvo a medio camino de la salita para mirarla con interés.

—¿Has venido a ver a Rowan?

—No.

Kellan comprendió entonces la pregunta y sonrió, encantado.

—Lo cierto es que nuestro amigo no ha dormido esta noche en casa.

—¡Vaya! Eso es genial.

Darcy creyó notar que Kellan relajaba la postura tras su respuesta. ¿De verdad seguía pensando que tenía interés en su agente? ¿Sabiendo cómo sabía la relación de amor odio que tenía con Fiona?

—Entonces, ¿no te importa?

—Claro que me importa, Fiona es una de mis mejores amigas y Rowan es una gran persona. —Se detuvo un segundo en su argumento para pensar algo que le hizo fruncir el ceño—. Porque, ¿se habrá quedado en casa de Fiona, verdad? ¿No crees que haya dormido en… otro lugar?

—No te preocupes, no creo que haya… pernoctado en otro lugar —apuntó con un guiño.

Darcy no pudo esconder una sonrisa.

—¿Vamos a la cocina y te hago un café? —ofreció él—. Parece que lo necesitas tanto como

yo.

—Gracias, aunque no he venido exactamente a por un café —dijo al tiempo que le seguía a la cocina—, estoy aquí para disculparme por lo de ayer. Al final no pudimos tener nuestra cita, la fastidié.

—Yo no diría eso. Lo pasé muy bien y estábamos juntos, por lo que estoy seguro de que cuenta como cita —comentó con una expresión pícara en el rostro, señal de lo que estaba pensando.

—Eres muy amable.

Kellan arrugó el ceño.

—No soy amable. Soy sexy, peligroso y puede que considerado, pero amable no —bromeó para aligerar la tensión.

—Respecto a eso… Siento haberte acosado. Yo…

—No me acosaste —la cortó con rapidez.

—Eso no es lo que recuerdo.

Kellan dejó el café que había comenzado a preparar sobre la encimera y se acercó a ella, que seguía de pie, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Recuerdas lo que te dije anoche?

Darcy asintió sin apartar la mirada de él.

—En ese caso, ya sabes que me debes un par de citas.

Consciente de lo que quería decir se sonrojó de vergüenza y emoción.

—Yo…

No pudo siquiera comenzar la frase. Antes de que sus labios asimilaran lo que su mente trataba de decir, fueron acallados por la boca de Kellan, que la besaba sin finuras ni miramientos.

Su boca atrapó la suya fundiendo cada uno de sus pensamientos en un ardiente calor que le subía por el vientre.

Estaba tan pegada a su cuerpo, que parecía que se hubieran fusionado, y lo más extraño era que no se sentía lo suficientemente cerca. Sus besos no eran lo bastante profundos, y sus manos no la acariciaban en las partes en que ella deseaba sentirlas…

El corazón de Darcy dio un vuelvo, cuando comenzó a escuchar música mientras besaba a Kellan. Había oído en el cine que sucedían esas cosas. Ella jamás lo había usado en sus novelas porque le parecía cursi, pero al parecer el amor lograba que oyeras música mientras estabas con la persona adecuada, y no había duda de que ella la estaba escuchando. *End game* de Taylor Swift, para ser exactos, la misma melodía que tenía de tono de llamada.

¿Estaba pues enamorada de Kellan? El pánico la paralizó un segundo.

—Tu móvil está sonando —dijo él sacándola de sus pensamientos.

—Lo sé —dijo sobre sus labios.

—Odio decir esto, pero debe de ser importante porque no dejan de insistir.

Darcy se separó de él de mala gana y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar el teléfono.

De nuevo el mismo número desconocido.

—¿Sucede algo?

—Creo que es Sidney.

—¿Quieres que conteste y le diga que te deje en paz?

Darcy negó con la cabeza.

—Déjalo sonar —dijo enlazando sus brazos al cuello y volviendo a besarle.

Kellan se rio sobre su boca.

—Ya te dije que soy un chico clásico. ¿Cuándo vas a cenar conmigo?

—¿Esta noche?

—Esta noche. —Sonó a promesa.

Capítulo 22

Fiona dejó sobre el mostrador las bolsas que estaba ordenando, cuando escuchó las campanillas de la puerta. Al alzar la mirada, se topó con Caitlin y sus andares de pato. Rápidamente salió de detrás del mostrador, se asomó un instante por las estanterías y se acercó a ella.

—Caitlin, ¿qué haces aquí? ¿Necesitas algo? ¿Una silla?

—Una silla sería maravilloso, gracias.

Fiona volvió a los pocos segundos con una silla y ayudó a su amiga a sentarse.

—¿Por qué estás siendo tan amable? —preguntó la rubia con suspicacia.

—Soy amable —contestó Fiona molesta—, de hecho es una de mis mejores cualidades.

Caitlin ni siquiera se molestó en disimular su risa.

—Lo que tú digas.

—¿Quieres que te prepare un té? —ofreció sonriente.

—¡Ves! Otra vez estás siendo amable.

—Eso significa que quieres el té o no. Puedo calentar agua y preparártelo en cinco minutos.

—No quiero té. Quiero saber qué vas a hacer con lo tuyo.

—Como parece que esto va para largo dame un segundo.

Fue a por una silla para ella y se sentó frente a su amiga.

—Ahora sí que me he perdido. ¿Qué se supone que es lo mío? —retomó la conversación anterior.

Con una mirada fulminante, Caitlin observó a su amiga. Fiona era atractiva, pero estaba demasiado colgada de Rowan como para plantearse tener una relación con nadie más. Antes de conocer lo que había sucedido entre ella y el representante, había pensado que simplemente Fiona no había conocido a la persona adecuada, pero tras saber su historia con él, estaba claro que era culpa suya que su amiga no se hubiera enamorado nunca.

—Tienes casi treinta años y estás sola —apuntó.

—Lo sé. ¿Y?

—Necesitas pensar en el futuro. Necesitas conocer a algún hombre bueno que te quiera y que se preocupe por ti.

—Yo no necesito que nadie se preocupe por mí. Sé cuidarme sola.

—Siempre se necesita a alguien, y tú lo sabrías si tuvieras a esa persona que está destinada para ti.

—¿Tú crees?

Caitlin asintió.

—La verdad es que no lo había pensado de ese modo —concedió, sorprendiendo a la rubia.

—Pues piénsalo porque he venido a ayudarte.

Fiona se tragó lo que quería decir realmente y, en lugar de eso, añadió en tono encantador:

—¿Y qué tienes pensado?

—El viernes voy a organizar una cena en mi casa en tu honor. Vendrá James, el hermano de Peter, creo que es perfecto para ti. Inteligente, educado, guapo…

—Creo que le conocí en tu boda.

—Es posible, ¿qué te pareció?

—Es cierto que era atractivo y también me pareció una persona inteligente, pero ¿qué te hace

pensar que él puede estar interesado?

—Es posible que lleve un tiempo preguntándome por ti.

Fue el turno de Fiona de quedarse con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Cuánto tiempo?

—Más o menos desde la boda, pero no creí que fuerais a congeniar.

—Hace tres años que estás casada.

Caitlin se encogió de hombros.

—Dices que no creías que fuésemos a congeniar. ¿Ahora sí que lo crees? ¿Por qué?

—Lo creo. Ya te has quitado de encima el lastre.

—Muy bien. Allí estaré el viernes —Fiona aceptó antes de que le pusiera nombre y apellido al lastre.

—¿No vas a gritarme ni a enfadarte conmigo por no habértelo contando antes?

Fiona negó con la cabeza.

—Estás embarazada. Me niego a disgustarte por una tontería como esta.

Caitlin frunció el ceño y la miró tratando de descubrir dónde estaba el truco.

—Otra vez estás siendo amable.

—Eres una de mis mejores amigas, es obligatorio.

—Pues no siempre lo eres.

—¿Es una crítica?

Caitlin se quedó en silencio al tiempo que trataba de adivinar lo que fuera que estaba sucediendo.

—Estás rara.

—Gracias, yo también te quiero —replicó con sorna.

—Tengo que irme —se levantó con dificultad, ayudada por la librera—. Peter se preocupa mucho últimamente.

—Ve con cuidado y llámame cuando llegues a casa.

—Vivo a dos calles —protestó—. Eres peor que mi marido.

—No te cuesta nada y así me quedo tranquila.

Caitlin iba a replicar, pero se lo pensó mejor y se calló.

Fiona salió a la calle con ella y se quedó allí hasta que la vio girar la esquina que llevaba a su casa.

Una vez dentro de la librería, dijo en voz alta a la tienda vacía.

—Ya puedes salir, el ogro malo se ha ido.

Un momento después, apareció Rowan de entre las estanterías.

—¿Cómo lo has hecho?

—No hay nada mejor que la amabilidad para espantar a Caitlin. Si no hay nada que criticar se aburre con rapidez, y si hay algo que le guste criticar, especialmente, es a mí.

Rowan sonrió, pero al recordar algo frunció el cejo.

—Has sido tan amable con ella que has aceptado una cita con otro hombre, que, al parecer está interesado en ti.

—Era necesario. Y para que lo sepas hay bastantes hombres interesados en mí.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Asintió con vehemencia.

—Me di cuenta en el pub de Marla. Había varios tipos que no te quitaban la vista de encima. Estuve a punto de pelearme con uno especialmente insistente.

Fiona se rio, encantada, por la broma.

—¡Tonto!

—Lo digo de verdad. De hecho, si estuviera aquí el viernes te raptaría para que no tuvieras que asistir a la cena con el tal James, pero me iré ese mismo día a primera hora de la mañana. A las doce tengo una reunión importante en Londres.

—Todavía nos quedan unos días hasta el viernes.

—Me has leído la mente.

—Solo que…

Rowan esperó a que siguiera hablando. Se dio cuenta de que era algo importante para ella, cuando comprendió que le estaba costando decirlo.

—¿Fiona?

—No quiero ser tu secretito, ni la mujer con la que te acuestas cuando no estás en Londres.

—Has sido tú la que me ha obligado a esconderme, cuando has visto que era Caitlin la que entraba. Yo tenía intención de salir a saludarla.

—Caitlin es demasiado intensa para esta hora de la mañana.

—Cierto. Y no eres la mujer con la que me acuesto cuando no estoy en Londres, eres mi amiga y me gustas. Me gustas mucho.

—¿Hay alguien más en tu vida?

—¿Te refieres a una mujer? —Esperó a que ella asintiera para responder—. No. Nadie, aunque ahora estás tú, así que sí, hay alguien. —Sonrió.

—Aun así, no quiero esconderme como si estuviera haciendo algo malo —consiguió decir.

—En ese caso coge tu abrigo, vamos a darles tema de conversación a los clientes de Marla —pidió besándole la frente—. ¡Que los chismes nos acompañen! —clamó con teatralidad.

Capítulo 23

—Este sitio es precioso —comentó Darcy mientras observaba el Mar del Norte desde la pared acristalada del restaurante al que la había llevado Kellan.

Estaban en temporada baja, por lo que habían podido cenar sin temor a que les fotografiaran o a que Kellan se viera perseguido por una horda de admiradores.

Aun así, él llevaba una gorra que le cubría parte de la cara.

—¿Siempre tienes que ir escondiéndote?

—No, la gente suele ser educada. El problema es que estoy contigo.

Ella lo miró con interés.

—¿Qué quieres decir?

—Es evidente que estamos en una cita, y a la prensa no le importa por dónde salgo a correr cada mañana, el champú que uso o mi marca de pasta de dientes. No obstante, está sumamente interesada en las personas con las que me relaciono. Sobre todo si son mujeres.

—¿Te relacionas con muchas?

—¿Qué estás preguntando en realidad?

—Supongo que trataba de averiguar si sales con alguien.

—¿Contigo?

Darcy escondió lo encantada que se sentía.

—¿No tienes a nadie esperándote en Londres?

—Por supuesto. Allí está mi familia —añadió—. No salgo con nadie en estos momentos.

—¿Y qué haces cuando tienes tiempo libre?

Kellan se inclinó sobre la mesa y le hizo un gesto a Darcy para que hiciera lo mismo, como si fuera a contarle un secreto importante. Cuando los dos estuvieron lo bastante cerca susurró:

—Puede que no te lo creas, pero yo no tengo de eso.

Darcy volvió a la posición original riendo de buena gana.

—Pobrecito.

—¿Te he dicho ya que esta noche estás preciosa?

—Un par de veces, pero eres muy amable al recordármelo.

Kellan arrugó el ceño.

—¿Qué?

—¿Amable? ¿No podías haber dicho algo como: Kellan, tú también estás guapo, o algo así?

Con los ojos brillantes por la risa, Darcy alargó la mano para tocar la suya.

—¿Qué problema tienes con esa palabra?

—Es insulsa, común y ambigua.

—¡Vaya! Deberías escribir una canción sobre eso.

—¿A qué te refieres? —inquirió con curiosidad.

—Es evidente que hay algo detrás de tu animadversión por la palabrita.

—Es posible.

—¿No vas a contármelo?

—No.

Ella rio de buena gana y la noche siguió su curso.

La comida era deliciosa y la compañía encantadora para ambos. La conversación fue más que

interesante, y la suerte se puso de su parte porque nadie se acercó para pedirles un autógrafo o para hacerse una foto.

La escritora de pelo llameante estaba preciosa embutida en un vestido negro y ajustado, que dejaba parte de su escultural espalda al descubierto. Cuando la ayudó a quitarse el abrigo y vio lo que llevaba debajo, estuvo a punto de retractarse de sus palabras y aceptar la propuesta que ella le había hecho la noche anterior.

Pero no podía hacerlo. Darcy le gustaba de verdad, por primera vez en mucho tiempo había encontrado a una mujer que no se achicaba ante su fama y que le decía las cosas sin ambages ni delicadezas. Además, le gustaba lo bastante como para pretender que su relación no fuera cosa de una sola noche.

El trayecto de vuelta a Termonfeckin fue una tortura para Kellan, que se debatía entre hacer lo que había prometido o hacer lo que deseaba.

Ganó su mejor versión.

—Buenas noches, Darcy, no sabes cuánto lamento en estos momentos ser un hombre de palabra —se inclinó y le dio un beso en la mejilla, dispuesto a marcharse.

—¡Kellan! —Lo detuvo ella—, ¿habías dicho un par de citas?

Él asintió sin comprender lo que tramaba.

—Me equivoco o dijiste que lo del lunes fue una cita.

—Fue una cita —reiteró al tiempo que asentía—. Poco convencional, pero cita al fin y al cabo.

Darcy le ofreció una sonrisa que hizo que las buenas intenciones de Kellan se tambalearan. Llevaba toda la cena recordándose lo que ella le había contado, que no había estado con nadie más que con su marido y que él la había engañado durante su matrimonio.

Por todo ello deseaba que Darcy estuviera segura de su decisión de estar con él, que no fuera

fruto del arrebato de los celos y, lo más importante, ansiaba que fuera especial para ella.

—Y esta noche no hay duda que hemos tenido una cita —siguió diciendo ella.

—No la hay —confirmó sonriendo.

—Pues o mis matemáticas están muy oxidadas o uno más uno son dos. Y si es así no estarías rompiendo tu palabra. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Él sonrió con los ojos brillantes.

—Me encanta tu aplastante lógica. —Antes de que Darcy tuviera tiempo de asimilar lo que acababa de suceder se encontró en los brazos de Kellan—, ¿dónde está tu dormitorio?

Ella rio y se dejó llevar.

—Arriba.

—Por supuesto, que estuviera aquí abajo sería lo fácil.

—Puedo andar —ofreció ella.

—De eso nada, yo voy más rápido —comentó mientras cruzaba el umbral y subía las escaleras.

Se detuvo en la puerta y la pateó para abrir.

La besó con suavidad.

—¿Estás segura?

—Creía que tenías prisa —fue su única respuesta.

Kellan entró en el dormitorio y, con mucho cuidado, la dejó sobre la cama.

—Mi escritora lanzallamas, eres preciosa —susurró.

—¿Cómo me has llamado?

Kellan se tumbó a su lado, se deshizo de las botas y se inclinó para besarla con ternura en los

labios. Estaba decidido a tomarse su tiempo a conseguir que fuera especial.

—La primera vez que te vi pensé que eras preciosa.

—Pensaste que estaba loca.

—Eso también, pero sobre todo me pareciste preciosa —zanjó, volviendo a besarla—. Dios mío, te deseo —dijo, y acto seguido su lengua descendió en picado sobre la de ella.

El beso se hizo salvaje. Kellan la pegó a su pecho, y se colocó con cuidado encima de ella.

Sus lenguas se acariciaron. El suave gemido femenino resonó como un eco en la cálida boca masculina. Darcy sintió las manos de Kellan en los muslos, mientras él le subía el vestido para quitárselo por la cabeza.

—Eres preciosa —gimió, mirándola.

Le ahuecó los pechos con las palmas de las manos y le rozó los pezones con los pulgares, provocando ramalazos de placer en el cuerpo de Darcy. Comenzó a besarla de nuevo mientras jugueteaba con ellos. Ella dio gracias al cielo de estar tumbada porque, de haber estado de pie, se habría caído redonda al suelo.

Kellan abandonó sus senos y le recorrió con las manos la parte trasera de los muslos hasta las nalgas desnudas.

—Me gusta tu ropa interior —ronroneó Kellan tirando del tanga para quitárselo.

—Tú estás vestido. —Se quejó Darcy.

Él sonrió y se incorporó para que ella pudiera hacer lo que deseara con él.

No hizo falta que lo dijera en voz alta. Darcy tardó dos segundos en quitarle la camisa y cinco en hacer lo propio con los pantalones.

—Ahora me toca a mí —dijo, y antes de que Kellan pudiera protestar le mordisqueó la oreja y el cuello. Le recorrió con rapidez la clavícula y la base de la garganta, bajando por su pecho al

tiempo que su cuerpo cálido se rozaba con el suyo.

Todavía no había llegado a su destino, cuando notó que le daban la vuelta, y de ser ella quien tenía el control pasó a estar debajo de Kellan, con las manos sujetas por él.

—Quiero que sea especial para ti —susurró mientras su boca trazaba un dulce recorrido por su ombligo hasta más abajo.

Darcy gimió y permaneció inmóvil mientras él separaba sus húmedos pliegues con los pulgares. Entonces Kellan inclinó la cabeza. La joven gritó y apretó los puños cuando él la acarició con la boca, lamiéndola con suavidad.

Un ronco murmullo de placer escapó de la garganta de Darcy.

Le separó más las rodillas con los hombros y le ahuecó los pechos con las palmas de las manos mientras la acariciaba con los labios.

Darcy arqueó la espalda y se entregó a un clímax tan intenso como inesperado. La conexión con Kellan era tal que no había necesitado más que unos minutos para lograr que se perdiera. Él la sostuvo mientras se estremecía. Vio cómo él se movía buscando sus pantalones y sacando de ellos un paquetito plateado.

Cuando se recuperó sintió cómo Kellan se colocaba sobre ella y la penetraba con cuidado.

Pasó los brazos alrededor de sus hombros y se dejó embargar por la sensación de ese cuerpo masculino apretándola contra el colchón.

Kellan le rozó la sien con los labios.

—¿Estás bien?— preguntó sin llegar hasta el final.

Darcy asintió con la cabeza, y él embistió con suavidad.

Estaba muy estrecha y no quería lastimarla, por lo que se tomó su tiempo para entrar en ella. La paciencia lo estaba matando porque lo que realmente deseaba era hundirse en ella y dejarse llevar.

Cuando estuvo por completo enterrado en su cuerpo, la sujetó por las nalgas y comenzó a moverse al tiempo que le cubría la boca con la suya, devorándola.

Igual que en la ocasión anterior, el clímax la alcanzó con tanta vehemencia como rapidez. La segunda vez que estalló, Kellan lo hizo con ella, y Darcy supo en ese instante, sin ninguna duda, que por fin había encontrado esa química de la que tanto hablaban los libros que escribía y que nunca había sentido con Sidney.

Capítulo 24

La insistencia del teléfono, despertó a Darcy, que se apartó del cuerpo cálido de Kellan para coger la llamada.

Antes de que llegara al teléfono, que sonaba en el dormitorio y que no sabía exactamente dónde andaba, notó la presencia de él a su lado.

—¿Es Sidney? ¿Quieres que conteste yo a ver si deja de molestarte de una vez?

—No lo sé. No encuentro mi teléfono por ninguna parte.

Él se rio y se agachó para mirar debajo de la cama.

—Suena cerca —comentó ella—, pero no logro dar con él.

La llamada se cortó y se hizo más difícil encontrarlo, hasta que unos segundos más tarde volvió a sonar. Finalmente Kellan lo encontró en el suelo del dormitorio, debajo de sus pantalones.

Se lo tendió sin mirar, tratando de preservar su intimidad.

—¿Contesto?

Darcy negó con la cabeza.

—No es necesario, es mi padre —no dijo nada más porque ya había descolgado, preocupada por la insistencia de este—. ¿Papá, va todo bien?

—Cariño, te he llamado seis veces.

—Estaba dormida, papá. Lo siento. ¿Qué sucede?

—Por favor, no te asustes, todos estamos bien, ¿de acuerdo?

—¡Papá! ¿Qué sucede?

—A primera hora de la mañana nos ha llamado la policía de Londres, al parecer llevaban desde ayer tratando de hablar contigo, pero no les cogías el teléfono.

—¿La policía?

—Ayer por la tarde entraron en tu casa, cariño. Creen que no se han llevado nada, pero necesitan hablar contigo y sobre todo, necesitas cambiar la cerradura, porque por lo que sé está destrozada. El portero ha llamado a un servicio de vigilancia, pero es temporal. Necesitas solucionarlo.

—Papá, no puedo irme ahora a Londres. Estoy en medio de una novela.

—Cariño, ahora mismo yo tampoco puedo dejar Dublín, tengo mucho trabajo. Y ya sabes lo delicada que está mamá.

—De acuerdo, papá. Siento que te hayan molestado.

—No lo sientas, cariño, y llámame cuando sepas más. Tu madre y yo estamos preocupados. Menos mal que no estabas en casa…

Colgó y se quedó allí, sentada en el suelo y en silencio unos minutos.

Kellan se limitó a rodearla con su brazo y a esperar a que pudiera hablar.

—Han entrado en mi casa. Las llamadas desde el número desconocido eran de la policía para informarme —se rio histérica—. Y yo que creía que era Sidney.

—No te preocupes. Te acompañaré a Londres.

—No puedo ir a Londres, Kellan. Si voy no terminaré la novela a tiempo y mi editora puede rescindir mi contrato. No puedo permitírmelo.

—De acuerdo. Yo iré a Londres por ti.

Ella le acarició la mejilla, rasposa por la barba, y le ofreció una sonrisa de agradecimiento.

—No puedes irte, tú también tienes que componer.

—Tengo que volver en dos semanas para asistir a los Bit Awards. Estoy nominado en tres categorías y si es necesario adelantaré el viaje.

—No, Kellan, si es necesario iré yo misma.

Kellan dio un salto y se puso de pie.

—¡Tengo una idea!

Fue entonces cuando Darcy cayó en la cuenta de que estaba desnudo. Gloriosamente desnudo delante de ella, que para su tranquilidad, llevaba puesta su camiseta, que le cubría hasta las rodillas.

—Deja de mirarme de ese modo o se me olvidarán las buenas intenciones que me abruman.

—De acuerdo, pero ponte algo.

Una expresión arrogante cruzó su rostro.

—Así que eres incapaz de resistirte a mis encantos.

A pesar de la tensión de lo que acababa de saber sonrió.

—Me declaro culpable de todos los cargos.

—Y recibirás el castigo que mereces, pero ahora deja que solucione tu problema.

Lo vio moverse por el dormitorio en busca de sus pantalones y de su teléfono, y unos minutos más tarde estaba hablando con una tal Amelia. Al parecer vivía en Londres y se iba a encargar de cambiar la cerradura, contratar a una empresa para que limpiara el desastre y revisara que no se hubieran llevado nada de valor.

Cuando terminó de hablar, le ofreció un par de hojas y un boli que había cogido de un cajón.

—Haz una lista de tus pertenencias. Amelia revisará que esté todo. Le encanta hacer buenas

acciones —se quedó pensativo—. De hecho, vive para eso.

—Me dijiste que no salías con nadie en Londres.

—No lo hago. Amelia es mi hermana. En realidad es medio hermana. Mismo padre diferente madre.

—¡Oh!

—¿Estabas celosa?

Negó con vehemencia.

—Sí que lo estabas, lo que me recuerda que te debo un castigo ejemplar, pero antes, escribe la lista. —Le dio un beso rápido en los labios.

Darcy se sentó encima de la cama, obediente y se dispuso a escribir la lista.

—Kellan, hay un problema.

Él se dio la vuelta para atenderla.

—¿Qué sucede?

—En mi despacho hay un armario enorme de esos antiguos, de oficina. Lo compré en un mercadillo y me encanta, el problema es que es tan pesado que no puedo moverlo.

—Darcy, ve al grano.

—Suelen caerse cosas entre él y la pared, ya que el zócalo impide que se quede pegado y no puedo recuperar lo que cae ahí.

—¿Y?

—Es una especie de agujero negro. No sé la cantidad de cosas que habré perdido entre el armario y la pared.

Kellan se rio de buena gana al verla tan preocupada.

—No te preocupes, haz una lista de lo que no ha sido absorbido por el agujero negro y listo.

Mientras ella anotaba todo lo que recordaba que tenía en casa, escuchó cómo Kellan hablaba con una empresa de alarmas.

Se giró para pedirle la dirección de su casa y se la repitió a su interlocutor.

—¿Notting Hill? —preguntó al colgar.

—Sí, ¿qué sucede?

—Es curioso que vivamos tan cerca y no nos hayamos visto antes.

—A lo mejor sí que nos hemos visto.

—Imposible, te recordaría —rebatió él, y un agradable calorcillo le subió a Darcy por el pecho, haciendo que una parte del horrible día que tenía se mitigara.

Kellan siguió haciendo llamadas. Cuando ella terminó con su lista, bajó a la cocina para preparar café.

¿Por qué no había atendido al maldito teléfono? Había sido una tonta creyendo que era Sidney, después de todo lo que le había dicho para qué iba a querer volver a hablar con ella.

Se dio la vuelta al escuchar a Kellan entrar en la cocina.

—¿Quieres un café? —el ofrecimiento se le quedó atorado en la garganta cuando lo vio.

—Después. Ahora tienes que saldar tus cuentas conmigo —exigió con una sonrisa pícara como único atuendo.

Capítulo 25

La semana había sido un desastre para Darcy, si exceptuaba las partes en las que había estado con Kellan o con sus amigas. Todo lo demás, que hubiesen entrado a la fuerza en su casa, aunque no se llevaran nada importante, no haber podido ir en persona para solucionarlo, que su madre no estuviera mejor de salud… había sido horrible, y solo contribuyó a que se sintiera triste y apática.

Menos mal que Amelia se había encargado de todo, porque gracias a ella estaba a punto de terminar la novela e iba a llegar a tiempo al plazo de entrega que le había dado su editora. Esa era una de las pocas cosas positivas que había sacado de tan desastrosos días.

Además, Amelia le caía bien, no la conocía en persona, pero las veces que había hablado con ella por teléfono le había parecido una mujer divertida, inteligente, vital y desinteresada. Algo extraño de encontrar en estos días.

Kellan le había contado que su hermana trabajaba de voluntaria en infinidad de ONGs y que tenía una tendencia innata a arrastrar a sus amigos a ellas, de modo que acababas donando parte de tu tiempo a sus proyectos solidarios.

—¿Por eso dijiste que no tenías tiempo libre? —preguntó Darcy mientras estaban sentados en el sofá viendo la televisión.

—Entre otras cosas. Mi hermana es un huracán.

Darcy se rio por la comparación.

—Parece que os lleváis de maravilla.

—Lo hacemos. Es mi hermana pequeña, no tengo más remedio. ¿Tú no tienes hermanos?

—No. Mi madre siempre ha estado delicada de salud. Tenerme a mí ya fue un riesgo, así que

tener más hijos era del todo impensable.

—Así que te criaste sola.

Negó con la cabeza.

—Me crie con un montón de primos. Mi familia es irlandesa, nunca estuve sola.

Él le acarició la mejilla y le dio un beso suave en los labios.

—Me alegro.

A los momentos malos de la semana, se le añadían las insistentes llamadas de Sidney, que había vuelto al ataque.

Su teléfono había sonado y, escarmentada como estaba por no haber contestado en las ocasiones anteriores, descolgó y se topó con la voz de su exmarido exigiéndole que le devolviera los malditos lienzos que ella no tenía.

Por más que le dijo que lo había enviado todo a casa de sus padres, no parecía darse por aludido y comprender que ciertamente no los tenía. Por lo que se vio obligada a bloquear su número y a llamar a su abogada para contarle lo que estaba sucediendo.

Otra de las pocas alegrías que había tenido, fue saber que Fiona y Rowan estaban comenzando una relación.

Se había preocupado mucho cuando Caitlin la había llamado para contarle lo preocupada que estaba por Fiona. Al parecer, había ido a verla y su amiga había estado muy rara durante la visita. Después le habían llegado noticias de que la habían visto en el pub de Marla besando a Rowan Lynch y la escena que le había plasmado Caitlin comenzó a tener sentido.

La solución había sido una reunión urgente en casa de Caitlin, quien estaba cada vez más pesada e incómoda.

—Luego nos cuentas eso de que han entrado en tu casa —exigió Caitlin—, pero primero le toca a Fiona dar explicaciones.

—Suenas amenazante.

—Y tú me gustabas más cuando eras amable, pero como yo no tengo a hombres escondidos en mi casa…

—No estaba escondido.

—Venga, chicas, no os enfadéis. Y tú Fiona, cuéntanoslo todo —pidió sonriente.

Fiona le lanzó a Darcy una mirada fulminante antes de contraatacar.

—¿Luego vas tú?

—Ya he dicho que después le tocará a Darcy contarnos lo del robo —apuntó Caitlin.

—No hablo del robo, sino de su relación con Kellan. No me digas que no lo sabías.

Caitlin paseó la mirada de una a otra.

—Os lo iba a contar a las dos a la vez —se excusó Darcy.

Caitlin se levantó, con más rapidez de la habitual, del sillón en que estaba sentada, y se llevó la mano al pecho al tiempo que se quejaba exageradamente.

Sus amigas no tardaron más que un par de segundos en rodearla.

—Caitlin, ¿Dios mío, estás bien? —Fiona estaba a punto de llamar a emergencias.

—¿Estás de parto? —inquirió Darcy, pasándole la mano con suavidad por la barriga.

—¡Oh, Dios mío, ¿de parto? —Repitió Fiona—. Todavía es pronto para eso.

—No estoy de parto, no os enteráis de nada —gritó Caitlin, enfadada.

—¿Entonces? —Darcy estaba confundida.

—Me he agarrado el corazón no la barriga, me habéis roto el corazón con vuestras mentiras.

—No seas melodramática, nos has dado un susto de muerte —la regañó Fiona.

Caitlin se dejó caer de nuevo en el sofá.

—No soy melodramática, me habéis ocultado información deliberadamente. ¿Qué clase de amigas hacen eso?

Darcy se propuso apaciguarla, puede que no estuviera de parto, pero estaba embarazada y los disgustos no eran buenos en su estado.

—Lo siento, cariño, la verdad es que con todos los problemas que he tenido esta semana ni siquiera he tenido tiempo de pensar en contároslo.

—Tú tienes disculpa, Darcy —concedió Caitlin, magnánima—, pero tú no. —Apuntó a Fiona con el dedo.

—Así que a ella la perdonas y ahora la mala soy yo.

Caitlin no se cortó al responder.

—Sí.

Fiona suspiró sonoramente.

—De acuerdo, ¿queréis saber por qué no os he llamado para deciros lo que pasaba? Pues no os he llamado porque estoy acojonada, y si os lo contaba a vosotras, esto se volvería más real y oficial que si se hubiera enterado todo el pueblo. Sois mis mejores amigas, mi familia y me da miedo que Rowan vuelva a partirme el corazón. Vive en Londres y yo estoy aquí, ¿cómo demonios va a funcionar…?

Caitlin lo meditó unos segundos antes de hablar.

—De acuerdo, Fiona. Te perdono a ti también.

Capítulo 26

Rowan nunca había pensado tanto en lo que había dejado atrás en Termonfeckin, como ese viernes, cuando no hacía más que unas horas que lo había abandonado.

Sabía que era absurdo preocuparse por la cena que Fiona tenía en casa de Caitlin, pero no por eso podía evitar hacerlo. El tal James estaba más que interesado en ella, y esa iba a ser su mejor oportunidad para conquistarla.

Por mucho que se había esforzado, no había podido olvidarse por completo de Fiona. De hecho, fue en la primera persona en la que pensó cuando Kellan le pidió ayuda para componer. Sabía que ella era una constante en Termonfeckin, que era alguien digno de confianza, y que no se negaría a ayudar a su amigo, por muy molesta que estuviera con él.

La clase de persona que era Fiona, había sido uno de los motivos por los que años atrás había evitado enamorarse de ella, y la razón principal por la que comenzó a salir con Caitlin después de que ella se le declarara.

Fiona era especial y, dejarse llevar por lo que sentía por ella, le transmitía quedarse anclado en un pequeño pueblo, justo lo que él había tratado de evitar siempre.

Ella tenía su vida resuelta en el pueblo, su librería, sus amigos y sus abuelos. Rowan estaba seguro de que nunca los dejaría, no después de que la hubieran criado a la muerte de sus padres.

Se llevó las manos a las sienes. Le gustaba Fiona, le gustaba mucho, y estar con ella era una de las mejores experiencias que había tenido en su vida, pero ¿cómo iba a lograr que funcionara una relación a distancia?

La aparición de su secretaria lo sacó de golpe de sus pensamientos.

—La reunión comienza en quince minutos. ¿Estás listo? No tienes buen aspecto.

—¡Gracias!

—Me refiero a que tienes cara de cansado —se dio la vuelta para regresar a la sala de reuniones.

Sabía que, cuando Rowan, que siempre era educado y considerado, estaba de mal humor, lo más sensato era apartarse de su camino y dejar que se le pasara solo.

Llevaba con él prácticamente desde que comenzó. Ella acababa de salir de la facultad, tras estudiar derecho, para descubrir que ser abogada era lo que menos le apetecía en esos momentos. Buscó en el periódico algún empleo que acallara a sus padres y dio con Rowan, quien la contrató al instante, y desde entonces, se encargaba de darle el visto bueno a los contratos, de llevar la agenda de su jefe y de cualquier cosa que Rowan tuviera a bien delegar en ella.

A cambio, ganaba un muy buen sueldo, tenía acceso a gente interesante y recibía invitaciones a eventos a los que una persona normal no podía acudir.

—¡Rachel! —llamó al darse cuenta de que se marchaba—. Voy a volver a Termonfeckin cuando acabe la reunión, cualquier cosa que necesites puedes llamarme o enviarme un correo.

¿Qué volvía a marcharse? Si Rowan era de los que nunca se cogía vacaciones. ¿Estaría preocupado por Kellan?

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Regresaré el domingo por la noche.

Rachel frunció el ceño de lo concentrada que estabas.

—¿Te vas para ir y volver prácticamente el mismo día?

—¿Acaso debo darte explicaciones de lo que hago?

Ella lo fulminó con la mirada y se irguió ante él, con las manos en la cintura.

—No te las he pedido. Así que procura hablarme con más respeto o te juro que me voy a mi

casa y te quedas solo con tu maldita reunión.

Rowan palideció. Conocía a Rachel lo suficiente como para saber que no amenazaba en balde.

—Tienes razón. Lo siento.

Ella se relajó un poco.

—¿Es por Kellan? ¿Vuelves por él?

—Rachel —la amonestó—, no seas cotilla, y no, no es por Kellan.

Ella le obsequió con una sonrisa alegre.

—Entonces es por una chica.

—¿Qué acabo de decirte sobre darte explicaciones de mi vida privada?

Rachel lo ignoró.

—Debe de ser también la culpable de que alargaras tu estancia una semana. ¡Espera! —Pidió con una sonrisita—, ¿no será la escritora, la que vende los derechos al cine?

—¿Darcy? No, ella es solo una amiga.

—Interesante.

Rowan cayó en la trampa directo.

—¿Qué es interesante?

—Que no has negado que haya una mujer, solo has dicho que no es la escritora.

—¡Rachel! —gritó, enfadado.

—La reunión, jefe —le recordó—. Vas a llegar tarde.

Capítulo 27

Darcy estaba tratando de concentrarse en la novela, pero, de vez que en cuando, levantaba la cabeza de las teclas para observar a Kellan, que rasgaba la guitarra y cantaba en voz baja para no molestarla, como si su voz pudiera molestar a alguien.

Lo veía detenerse para apuntar en su libreta algún verso o una serie de notas que ella no comprendía y, en esos instantes, cuando sus miradas se cruzaban, Darcy a duras penas podía apartar la vista de él.

—¿No puedes escribir?

—No es eso. Estoy meditando —se excusaba.

Kellan le ofrecía una sonrisa condescendiente.

—De acuerdo, pero si necesitas inspiración, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Eres muy considerado, gracias.

—¿Eso es un sí? —aventuraba, contento.

Era el turno de Darcy para sonreír, aunque por dentro se moría por decirle que sí.

—Es un no, pero gracias por la oferta.

—Una pena —zanjaba regresando a sus notas.

La conversación variaba poco de una pausa a otra, y el coqueteo era el momento cumbre de la velada.

Esa misma tarde, Darcy le estaba dando los últimos retoques a la novela y no pudo evitar sentir un poco de pena y de preocupación. ¿Qué iba a hacer cuando la terminara? Kellan ya no iría cada día a trabajar con ella.

De hecho, una vez que la terminara no le quedaría ningún motivo por el que no regresar a su vida en Londres…

La idea de comenzar una nueva rondó por su cabeza, pero era demasiado pronto para esbozar una nueva historia, se dijo. Primero tenía que ponerle el broche de oro a la que tenía entre manos y, aunque la terminara en unos días, todavía le quedaría la parte más complicada y meticulosa, la de las correcciones.

Decidida a concentrarse de una vez, tomó varias respiraciones profundas y trató de evadirse de lo que la rodeaba, especialmente de la presencia de Kellan, de su voz susurrante y del aroma que desprendía su piel.

Con una facilidad que llevaba días eludiéndola, logró meterse de lleno en la historia y olvidarse del resto.

Llamaron a la puerta justo cuando estaba en medio de una escena importante. De hecho, estaba tan concentrada que tardó más tiempo del normal en darse cuenta de que llamaban. Levantó la cabeza del ordenador y miró a Kellan, quien parecía no haberse dado cuenta de nada.

Se levantó del sofá y él ni siquiera captó el movimiento.

Murmurando se encaminó hacia la puerta y abrió. No era nadie que conociera, lo que era evidente, porque a nadie del pueblo se le ocurriría molestarla por las mañanas, ya que era el momento que todos sabían que dedicaba a escribir.

Observó a la chica que tenía delante a la espera de que hablara. Era un poco más alta que ella, rubia, de los ojos azules, y muy esbelta. Vestía unos vaqueros azules y unas botas Doctor Martens negras, una chaqueta roja acolchada y un gorro del mismo color. Iba sencilla, pero, aun así, destilaba clase por todas partes.

—¿Darcy? —preguntó ella sonriente.

—Sí.

Antes de que pudiera decir nada más la chica la abrazó con fuerza.

—Cómo me alegro de conocerte, por fin.

Se apartó un poco para mirarla con más detenimiento. Su voz le era familiar…

—¿Amelia? ¿Eres tú?

Llevaba poco más de una semana hablando con ella casi cada día, pero en ningún momento se la había imaginado con el aspecto que tenía. Inconscientemente había supuesto que sería una versión femenina de su hermano.

Ella sonrió a modo de respuesta.

—Espero que no te moleste que haya venido sin avisar.

Darcy le ofreció una sonrisa enorme de bienvenida.

—Para nada, estoy encantada de conocerte con todo lo que has hecho por mí. Pasa, por favor.

—No he hecho nada que no hubiera hecho cualquiera en mi situación —dijo ella, parada en la entrada.

—No seas modesta. Me has salvado la vida. Si no termino la novela a tiempo mi editora me matará. Pero dime, ¿cómo lo encontraste todo?

—Tal y como te dije por teléfono, quien fuera que entrara a robar fue directamente a tu despacho. El resto de la casa estaba impoluta.

—No tengo nada de valor allí, más que el ordenador y algún que otro libro antiguo. No entiendo por qué no se llevaron nada de eso.

—Según tu lista no se llevaron nada más que dos cuadros que tenías colgados en la pared.

—Fueron un regalo de boda de Sidney, lo cierto es que no me importa haberlos perdido.

Mientras hablaban, llegaron al comedor, en el que Kellan seguía trabajando.

—Me habría gustado conocerte en otra situación más alegre, Darcy, porque lamentablemente

no traigo buenas noticias.

—¿Qué sucede?

No llegó a contestar, porque Kellan se levantó a toda prisa para saludar a su hermana. Los dos se fundieron en un sentido abrazo.

No se le escapó a Darcy la mirada que ambos compartieron, como si se hablaran sin necesidad de palabras.

—¿Qué ha sucedido, Amelia? —intervino Kellan al notar en la voz de Darcy su temor.

—Lamento mucho ser yo quién te lo diga, Darcy. De verdad que lo siento, por eso he venido sin avisar.

—Me estás asustando, Amelia, ¿qué sucede?

—Tienes que venir a Londres conmigo, la policía necesita interrogarte.

Amelia le expuso lo que sabía del caso. Por lo poco que le había contado uno de sus amigos de Scotland Yard, al parecer la policía sabía que el intento de robo en su casa no era casual, sino que los responsables eran una banda organizada que había irrumpido en su casa a la búsqueda de algo concreto, que creían que estaba en su posesión.

—Pero yo no tengo nada que ellos puedan querer. No tengo objetos de valor ni documentos… Soy una simple escritora.

—Hay más… —apuntó Amelia, mirando a Kellan, que arropaba a Darcy, quien se había quedado lívida por la sorpresa.

—Cuéntamelo todo, por favor. Necesito saber qué está pasando.

—Se trata de tu exmarido. Creen que él es el origen del robo en tu casa. Está siendo investigado por ser el mediador en negociaciones ilegales de obras de arte y antigüedades.

—Voy a matar a ese desgraciado —clamó Kellan cuando sintió el estremecimiento de Darcy.

—Los cuadros de mi despacho —recordó Darcy que Amelia le había contado acerca de su desaparición. De hecho, era lo único que se habían llevado en el robo.

—Son una de las pistas más importantes para los investigadores. El hecho de que solo haya desaparecido eso de tu casa les indica que todo está relacionado con Sidney.

—No puedo creer que hiciera algo así. Estuve tres años casada con él y no le conozco.

Kellan se tragó las ganas de golpear algo y se concentró en arropar a Darcy.

—¿Te han dicho si Darcy está en peligro? ¿Es seguro que regrese a la ciudad?

Hasta que él no hizo la pregunta, ella ni siquiera se había planteado que eso pudiera ser así, pero una vez que Kellan sacó el tema supo que la preocupación masculina no era descabellada.

—Darcy estará a salvo, la policía va a vigilarla.

Capítulo 28

—Tengo la sensación de que me paso más tiempo despidiéndome de ti que estando contigo —comentó Fiona—. Es tu segunda visita en quince días y, aun así, siempre me sabe a poco.

Acababan de despertarse, después de que Rowan apareciera por sorpresa en su puerta, como tantas veces había hecho durante ese último mes desde que se reencontraron, y ya tenía que marcharse para retomar su vida en Londres.

Con un poco de suerte compartirían la ducha y un café, y después él se pondría en marcha sin tener muy claro cuándo iba a poder escaparse a Termonfeckin para estar con ella.

—Eso tiene fácil solución. Vente conmigo.

—¿Estás loco?

Rowan negó con la cabeza.

—No lo estoy. Todo el mundo tiene derecho a vacaciones.

—¿Vacaciones en febrero?

—¿Por qué no? Eres la dueña de la librería.

—Lo sé, pero…

Él la observó con una ceja arqueada, a la espera de sus protestas.

La sorpresa fue que no lo hiciera sino que se quedó en silencio, pensativa.

Rowan tenía razón, nunca se tomaba unas vacaciones, y el mes de febrero no era precisamente uno de los más favorables para vender libros. Por otro lado, cerrar en febrero y marcharse a Londres iba a ser toda una aventura. Y ella no era una persona que acostumbraba a cometer locuras; tal vez su locura más sonada había sido muchos años atrás, cuando le confesó a

Rowan lo que sentía por él.

Desde ese momento, se había dedicado a hacer lo que se esperaba de ella, a responsabilizarse de la librería, de sus amigas… Darcy era la aventurera, la que había apostado por sus sueños de convertirse en una gran escritora y Caitlin era la impulsiva, la que cambiaba de idea constantemente solo porque no se tomaba su tiempo para tomar una decisión en firme.

Y en cada uno de los momentos importantes de sus amigas estaba ella, la inamovible, la que se dedicaba a apoyarlas, a contrastar los pros y los contras…

Y tras todo eso se encontraba Rowan, que había regresado a su vida de improvisto. Y una cosa tenía muy clara desde ese preciso instante en que se despertó en la cama a su lado, si deseaba que su relación funcionara iba a tener que hacer algunos sacrificios.

¿Y por qué no comenzar tomándose unas vacaciones?

—De acuerdo. Una semana.

La sonrisa que le ofreció él le aceleró el corazón.

La besó con pasión. Su lengua se abrió paso en su boca con ansia conquistadora, decidida a doblegarla, pero Fiona no estaba dispuesta a dejarse vencer tan fácilmente, por lo que le devolvió el beso con el mismo ímpetu ganador.

Se separaron para respirar jadeantes y ansioso de más.

—Ve a hacer la maleta o llegaremos tarde —pidió Rowan—. Si vuelvo a besarte no saldremos de esta cama nunca.

—¿Estás seguro que esa no es una opción? Después de todo voy a tomarme unas merecidas vacaciones —bromeó pícara.

—Podemos salir una hora más tarde— se inclinó a besarla—, y si no tienes tiempo para hacer las maletas tampoco pasa nada. Me encanta cuando estás desnuda.

—¡Rowan! —Saltó ella de la cama—, la maleta.

Él se rio de buena gana mientras la veía corretear por el dormitorio sacando ropa de los cajones. Había sabido, desde antes de materializar sus palabras, cuál iba a ser la reacción de Fiona.

Una pena, pensó, que no haya tenido en cuenta mi propuesta.

—De verdad que la maleta no es importante —insistió sonriente—. Tengo intención de que estés desnuda lo más posible.

Capítulo 29

El viaje a Londres fue tan rápido que Darcy apenas tuvo tiempo de preocuparse. Tanto Kellan como Amelia se ocuparon de todo y la mantuvieron entretenida para que no pensara en lo que estaba sucediendo.

Lo primero que hicieron al llegar a la ciudad fue personarse en la comisaría que llevaba el caso.

Los agentes que los recibieron se mostraron amables y educados, pero herméticos al mismo tiempo.

No fue hasta que no certificaron los datos, ¿quién era ella?, ¿cuánto tiempo hacía que se había divorciado de Sidney?, el régimen en el que se casaron… etc, que le informaron más ampliamente de lo que ya le había expuesto Amelia.

—¿Voy a necesitar un abogado?

—No, señorita Lauren, usted no está acusada de nada, es solo un testigo.

—Es más que un testigo, es la víctima —intervino Kellan—, han robado en su casa.

Amelia tocó el brazo de su hermano y ambos salieron de la sala para sentarse en un banco del pasillo.

Era evidente que Kellan estaba a la defensiva y lo mejor era que se mantuviera al margen para no aumentar los problemas de Darcy.

—Pero yo no sé nada —comentó ella.

—Es posible que ni siquiera sea consciente de todo lo que sabe. En cualquier caso, lo mejor que puede hacer es colaborar con nosotros y mantener esa colaboración en secreto. Sabemos que

es usted inocente, pero la prensa no suele ser tan magnánima con los famosos que se meten en problemas.

—No soy tan famosa —descartó ella.

El agente más joven la miró con fijeza antes de responder.

—Usted no, pero sus amigos sí.

No hizo falta que mirara en la dirección en la que estaba sentado Kellan junto a su hermana. Darcy comprendía perfectamente lo que trataba de decirle.

—¿Qué se supone que he de hacer?

—Nada. Siga con su vida y permítanos que pinchemos sus teléfonos. Nos ha dicho que su exmarido la llama habitualmente para pedirle los lienzos porque cree que están en su poder.

Ella asintió.

—Nos sería de gran ayuda que le hiciera hablar. Pregúntele por qué son tan importantes para él, o dónde los vio por última vez. Trate de hacerle creer que desea ayudarle y, tal vez, sin darse cuenta, nos diga algo útil que poder usar contra él.

—¿Y si vuelven a entrar en mi casa?

—Nadie va a entrar en su casa, ya saben que lo que buscan no está ahí. De cualquier manera la vigilaremos.

—De acuerdo.

—¿Significa eso que acepta colaborar con nosotros?

Darcy volvió a asentir.

—En ese caso sí que va a necesitar un abogado —comentó el agente más viejo—, aunque solo sea para que vele por sus intereses.

El más joven fulminó con la mirada a su compañero y, tras levantarse de la silla en la que

estaba sentado al otro lado del escritorio, se marchó a toda prisa.

Kellan y Amelia la acompañaron a casa y, aunque el primero se ofreció a quedarse con ella, Darcy se escudó en que tenía que quedarse sola si pretendía seguir viviendo allí. No podía permitirse el lujo de tener miedo en su propia casa. Aunque de mala gana, Kellan terminó por aceptar que era lo mejor para ella.

—Llámame si necesitas algo —ofreció Amelia—, no importa la hora.

Una vez a solas pensó en lo que el policía le había dicho, en todo lo que se le venía encima.

Si se demostraba que Sidney estaba implicado en asuntos ilegales, ella misma se iba a ver salpicada, y si Kellan seguía cerca, también se vería envuelto en la horrible trama de la que ambos eran personajes involuntarios.

Su única posibilidad era que nadie la relacionara con él. Después de todo, y gracias a su trabajo, tras su matrimonio, siguió firmando con su nombre de soltera. En cualquier caso, era un riesgo en el que no quería involucrar a Kellan.

Y aunque una parte de ella sabía perfectamente lo que debía hacer, su parte menos noble se negaba a tomar una decisión que iba a implicar más dolor del que hubiera esperado.

No lograba entender por qué los actos de otras personas tenían que afectar a su vida, de qué servía ser una buena persona, respetar las leyes y ser honesto, si al final se iba a ver envuelta en problemas que no podía solucionar porque no dependían de ella.

Sintió ganas de tomar el teléfono y llamar a su exmarido para decirle lo que pensaba de él, pero se controló a tiempo.

Sidney era un experto en cargarse sus sueños. Primero había tenido que renunciar al felices para siempre, y cuando su matrimonio se acabó, se dio cuenta de todo lo que había dejado para estar con él, amigos, patria…

Y en esos momentos en los que había encontrado a alguien que la hacía feliz y con la que se

veía de nuevo en un felices para siempre, volvía a interponerse y a destrozar sus sueños.

Sabiendo que necesitaba que alguien le dijera que lo que tenía en mente era lo correcto, buscó su móvil y marcó el número que necesitaba.

—¿Va todo bien? —preguntó Amelia con suavidad.

No fue capaz de responder, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas por mucho que se esforzó por evitarlas.

Amelia permitió que se tomara su tiempo, esperando paciente al otro lado de la línea.

—Voy a dejar a tu hermano —dijo con la voz trémula.

—Es evidente que no lo haces porque no te importe, sino no estarías llorando así. Dime cuál es el motivo de tu decisión.

—Lo hago porque me importa demasiado.

—No se abandona a las personas a las que queremos, Darcy.

—No le abandono. Voy a salvarle del escándalo.

—Tal vez deberías pensarlo mejor, mi hermano es más que famoso, es una persona querida por todo el mundo, no creo que los errores de tu exmarido le afecten. Ni siquiera sé si te van a afectar a ti. Es posible que no suceda nada de lo que temes.

Darcy se quedó en silencio unos segundos.

—¿Y si pasa?

—Entonces lidiaremos con ello.

—No puedo. Lo de Sidney es tan gordo que si sale a la luz nos salpicará a todos, incluido él. No quiero que tenga problemas por mi culpa.

—Deberías dejar que lo decidiera él o, como mínimo no adelantarte a los acontecimientos.

—No puedo arriesgarme y esperar. Y Kellan es demasiado noble para pensar en sí mismo.

—Mi hermano es maravilloso, pero tiene un defecto, no da segundas oportunidades. Si le dejas jamás volverá contigo, Darcy, tienes que saberlo. —Hacía poco que la conocía, pero le parecía una chica decente y sobre todo, se notaba a la legua que estaba enamorada de su hermano, lo más justo era decirle la verdad.

—Es lo mejor para él.

—¿Y qué es lo mejor para ti?

—Eso ahora no importa, prefiero que me odie ahora a que lo haga después.

Capítulo 30

Darcy estaba en la cocina, cuando escuchó la puerta de su casa al abrirse. No se asustó, sabía perfectamente quien era la visita.

Amelia había cambiado las cerraduras y Kellan había llamado a una empresa de seguridad antes siquiera de salir de Termonfeckin, por lo que estaba y se sentía segura.

Escuchó sus pasos por el pasillo y se preparó mentalmente para verle. No deseaba hacer lo que estaba a punto de hacer, la noche anterior había descubierto que estaba enamorada de Kellan y dejarle le iba a destrozar el corazón; no obstante, era lo mejor para él. El policía se lo había dicho claramente, Kellan era demasiado famoso para salir impune de ese tipo de escándalos.

Y aunque todo se llevara con la máxima discreción, nadie podía asegurar que la prensa no fuera a relacionar a Sidney con ella y a ella con Kellan McGarry.

Hasta Amelia había terminado por comprender que debía alejarle de su vida para protegerle.

Kellan entró en la cocina y se acercó para darle un beso en los labios. Ella se lo devolvió enredando los brazos alrededor de su cuello, después de todo era el último beso que iba a recibir de él y quería disfrutarlo.

Instintivamente se pegó a su cuerpo y se tragó las ganas de llorar que le atenazaban la garganta.

—¿Has podido descansar? —preguntó él cuando se separaron.

—Un poco. Tenemos que hablar.

Kellan sonrió divertido.

—Normalmente cuando una mujer dice esa frase tiendo a salir corriendo.

Darcy no reaccionó. Tenía que mostrarse fuerte o Kellan se daría cuenta de lo que estaba pasando.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres un café?

La alegría inicial de él se evaporó al comprender que el tema era serio.

—No.

Ella asintió y comenzó a hablar:

—Ya no estamos en Termonfeckin, ahora es el momento de recuperar nuestras vidas —expuso ella.

—Es cierto, aun así vivimos cerca. No tendremos que hacer muchos cambios para vernos.

—No creo que sea buena idea.

—¿De qué hablas? —la confusión asomó a sus ojos.

—Esto, ya no funciona. Lo mejor es dejarlo ahora que todavía somos amigos.

—No te entiendo, Darcy, puedo comprender que estés preocupada por lo que ha pasado, pero no sé a dónde pretendes llegar. ¿Qué ha cambiado desde ayer para que me digas esto?

—Nada ha cambiado, siempre supe que nuestra relación se acabaría.

—Eso no es cierto. Podemos hacerlo.

—No podemos hacerlo, Kellan. Es demasiado complicado.

—¿Cómo dices? —Kellan se debatía entre la incredulidad y la preocupación—. No tenemos por qué dejar de vernos, nos adaptaremos a la vida del otro.

Darcy comprendió que no se lo iba a poner fácil, por lo que se la jugó a la carta más alta.

—Es que ya no quiero seguir con esto. He terminado mi novela gracias a ti. Y ahora quiero seguir con mi vida.

—¿De qué estás hablando?

—Tenía un bloqueo y tú me ayudaste, igual que lo hizo antes tú música. *Estrella de la mañana* ha sido siempre mi talismán y voy a estarte agradecida toda la vida por lo que has hecho por mí, pero ya no deseo seguir.

—¿Esta es alguna clase de broma pesada? Porque te aseguro que no me hace gracia.

—No lo es. Es la verdad.

—¿Me estás diciendo a la cara que me has utilizado para escribir y que ahora que ya has terminado tú novela no te sirvo para nada? —la rabia se mascaba en su tono y Darcy odió tener que hacerle daño.

Kellan no se lo pondría fácil si descubría el motivo por el que le estaba dejando. Se quedaría a su lado y tragaría con las consecuencias que el escándalo de Sidney le reportara.

—Sí. Es exactamente lo que te he dicho.

—No me lo puedo creer. —Se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo, casi sin darse cuenta de lo que hacía.

Darcy supo que debía ir más allá y, aunque su estómago se retorcía por las náuseas, siguió con su papel:

—De verdad que te estoy agradecida, y me gustaría que fuésemos amigos. No solo me has ayudado con la novela, también has conseguido que supere mi temor a estar con un hombre. Antes de estar contigo no sentía deseos de intimar con nadie. Tú hiciste que eso cambiara. Has sido muy amable. —Remató el discurso con la palabra que Kellan más odiaba.

Él la miró con los ojos ardientes de rabia.

—No puedes estar hablando en serio.

—Entiendo que no estés acostumbrado a que te rechacen, pero de verdad que me gustaría ser tu amiga.

Él se irguió todo lo alto que era y forzó una expresión impasible, aunque las arrugas en la comisura de su boca le delataban.

Darcy vio cómo amagaba una sonrisa cínica.

—Gracias por la oferta, pero voy a tener que rechazarla, no estoy interesado en tenerte de amiga. No creo que merezcas el esfuerzo, y mucho menos la pena.

Y sin cambiar su expresión, dejó las llaves encima de la mesa y se marchó de allí sin volver la cabeza una sola vez.

Darcy tardó varios minutos, después de escuchar la puerta cerrarse, en reaccionar. De repente, toda la tensión que había estado reteniendo se le vino encima, hasta el punto que se vio forzada a sentarse en el suelo porque era incapaz de mantenerse en pie.

Su cuerpo temblaba con tanta intensidad que temió caerse de la silla, por lo que optó por el frío suelo.

Las lágrimas inundaron sus ojos y se odió a sí misma por haber destrozado a Kellan, por haber acabado con cualquier posibilidad de ser feliz.

En los pocos días que había compartido con él en Termonfeckin, había sido más dichosa que en ningún otro momento de su vida. Kellan la hacía reír, la entendía o, al menos, se molestaba en tratar de hacerlo y se había preocupado por ella como Sidney jamás lo hizo.

Sentada en el suelo, supo que tenía que descargar la pena que le oprimía el pecho, y la única persona con la que podía hablar era, precisamente, la menos indicada para ello. Sin embargo, era la única que conocía toda la verdad.

Se levantó con dificultad y buscó su teléfono.

Miró las sillas de la cocina, más allá de la puerta estaba su mullido sofá, no obstante, terminó por sentarse en el mismo lugar en el suelo.

No se merecía estar a gusto, se merecía pasar frío y sufrir igual que había hecho daño a

Kellan.

Amelia respondió al cuarto tono.

—¿Darcy?

—He sido una zorra —explicó—, nunca me va a perdonar.

—No, no lo hará.

Capítulo 31

Fiona llevaba tres días en Londres y estaba segura de que podía acostumbrarse a vivir allí. Rowan era maravilloso con ella, y aunque ninguno de los dos mencionaba el hecho de que iba a tener que regresar al pueblo, la certeza de su regreso era una barrera que se erguía entre ambos, y que les impedía disfrutar por completo de esos momentos.

Desde que estaba allí había asistido a un estreno de cine y había salido a cenar con Rowan en dos ocasiones. Cada día llamaba a Caitlin para saber cómo estaba ella y cómo estaban sus abuelos y, cada día le daban la misma noticia, el pueblo funcionaba de maravilla sin ella.

Esa noche estaban en una fiesta de la industria de la música. Su primera reacción cuando Rowan le dijo que iban a asistir a la gala de los *Brit Awards* fue de incredulidad, después comprendió que era cierto, y el pánico se abrió paso entre la emoción.

—No puedo ir.

—¿Por qué?

—No tengo nada que ponerme.

Rowan sonrió con picardía.

—Eso no es problema, Rachel va a acompañarte para que te compres un vestido para la ocasión.

Fiona volvió a insistir.

—El vestido no es el único problema, ¿y si me caigo? No estoy acostumbrada a ir en tacones. ¿Y si me tropiezo y meto la pata o…?

Rowan pensó que lo mejor que podía hacer para que dejara de divagar era acallarla con un

beso. Y así lo hizo.

—Gracias, creo que me estaba poniendo histérica —admitió sobre sus labios.

—Cuando me necesites. Ahora tranquilízate y disfruta de las compras.

—De acuerdo.

Rowan cogió el maletín de encima de la barra de la cocina y la besó de nuevo.

—Rachel estará aquí dentro de diez minutos —dijo mirando su reloj de pulsera.

—No me creo que vayas a prescindir de ella por mí —bromeó Fiona.

Rowan le guiñó un ojo.

—Para que veas cuánto te quiero —dijo y, como si no acabara de confesarle sus sentimientos por primera vez, se dio la vuelta y se marchó dejando a Fiona emocionada y temblorosa a partes iguales.

Cuando regresó a casa para cambiarse y recogerla, no volvió a mencionar nada, y Fiona se quedó con la extraña sensación de que lo había soñado todo.

La gala era mejor en directo que en televisión. A pesar de estar a finales de febrero, las invitadas lucían vestidos de fiesta de tirantes y parecían no notar el frío que se calaba en los huesos.

—¿Quieres ponerte mi chaqueta? —le ofreció Rowan.

—¿Estás loco?

Él se rio ante su reacción.

—Estás helada.

—Para presumir hay que sufrir.

Rowan cabeceó un par de veces, pero no dijo nada. Lo cierto era que, aunque se preocupaba por ella, el vestido rojo y ceñido que habían elegido era demasiado tentador para ocultarlo.

Se sentaron en los asientos que les correspondían y Fiona alucinó al ver a tantos famosos juntos. No obstante, el que captó su atención fue Kellan MacGarry, parecía incómodo cuando subió a recoger los tres premios que ganó por mejor álbum, mejor artista y mejor sencillo británico.

Rowan le contó que iba a cantar en la gala. Según le dijo había decidido cantar solo con su guitarra una de las nuevas piezas que había compuesto para el nuevo álbum.

—Yo le había propuesto *Estrella de la mañana*, porque no hay duda de que es la favorita de sus fans, pero se negó en redondo. Parecía como si mi propuesta le hubiera ofendido.

—Qué extraño. Nunca me ha parecido un divo.

—No lo es. Creo que le pasa algo, pero sea lo que sea Amelia se ha negado a contarme lo que es.

—¿Amelia?

—Su hermana.

—¿Por qué no pruebas con Darcy? A lo mejor tienes más suerte con ella.

—¡Buena idea, cariño! —dijo besándole la mano.

La gala siguió su curso y le tocó el turno a Kellan de salir a cantar.

Tal y como le había dicho, Rowan salió solo con su guitarra y un piano de fondo. Alguien de organización le había puesto una silla alta en la que se sentó, de modo que podía apoyar la guitarra en su muslo.

—Esta noche vengo con una canción nueva que será el primer sencillo de mi nuevo álbum. Se titula *La chica del gorro azul*.

Los dedos de Kellan rasgaron las cuerdas y su voz calló cualquier sonido que pudiera escucharse en el *The O2 Arena*.

Tu pelo ilumina la estancia, tus labios alivian al sediento mientras tu aliento calienta mi piel.

Tus palabras tejen sueños que tus manos hacen realidad, pero al abrir los ojos descubro que todo es mentira.

Lo único real es tu gorro azul y tu llameante pelo.

El dolor que siento en mi pecho y la pena…

Tus palabras son cuentos y tus labios no dejan engañar.

Aunque por un rato quiero que lo hagas y creer que es cierto.

Por un rato la realidad me parece más agradable que la verdad.

La música invadió el espacio, mientras la letra rebotaba en la mente de los presentes.

Cuando acabó, el público aplaudió como si no hubiera un mañana. La ovación fue tal que Fiona sintió cómo se le erizaba la piel.

—Es preciosa —Susurró Fiona—, ¿crees que habla de Darcy?

—¿Conoces a otra chica de pelo llameante que use un gorro azul?

—Creo que no.

Durante uno de los descansos, Fiona aprovechó para ir al baño y tomar un refresco. Estaba sedienta.

Fue entonces cuando divisó a Kellan, quien no parecía muy contento en una de las barras habilitadas para los asistentes. Se acercó a él sin saber muy bien lo que decirle.

Tal y como le había contado Rowan, era evidente que le sucedía algo

—Hola, Kellan. Me ha encantado la canción. Ha sido preciosa.

—Gracias, Fiona, me alegro de verte. —Fiona se dio cuenta de que había bebido más de la cuenta al notar cómo arrastraba las últimas sílabas.

—Permíteme que lo dude —apuntó con los brazos en jarras.

—Es la verdad y he de decirte que estás preciosa.

—¡Gracias!

—¿Quieres tomar una copa conmigo?

—No, gracias y creo que tú tampoco deberías beber más hasta que no se acabe la gala.

—Creo que voy a pasar del consejo que no he pedido.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Durante un breve segundo él le ofreció una chispa de la sonrisa que tan bien conocía.

—No me pasa nada que sea culpa tuya.

—¿De qué tengo la culpa según tú?

Kellan se acercó a ella tanto que las puntas de sus zapatos chocaron con las de Fiona.

—De tener una amiga como Darcy.

—¿De qué hablas?

—Me ha dejado. ¿No lo sabías?

Fiona negó con la cabeza.

—¡Vaya! Parece que como amiga también deja mucho que desear —dijo y se dio la vuelta para marcharse.

Cuando Fiona lo vio de nuevo esa noche, llevaba a una rubia despampanante colgada del brazo, y al cruzarse con ella ni siquiera dio muestras de reconocerla.

Capítulo 32

Darcy no se perdió la gala de los Brit Awards, ni se le escapó a quién iba dirigida la canción que Kellan cantó.

Y aunque la letra estaba llena de reproches, también había en ella desolación y amor. Se obligó a aferrarse a esa pequeña esperanza para mantenerse cuerda.

Había estado pendiente de cada instante en que las cámaras habían captado su presencia. Si no le hubiera dejado podría haber estado ahí con él, se dijo. Podría estar compartiendo con él su triunfo…

Trató de reponerse. Y se obligó a ser positiva.

Amelia le había dicho que Kellan no perdonaba, pero eso no significaba que Darcy fuera a darse por vencida sin intentarlo. Cuando todo pasara, y quedara en un mal sueño, trataría de recuperarle.

Los últimos días se los había pasado escribiendo, tratando de evadirse de la realidad, por lo que la novela estaba terminada y las correcciones que tenía pendientes solo le llevarían un par de días más, puede que menos si se centraba en ello.

Después de eso ya no tendría nada en lo que ocupar su tiempo y volvería a torturarse con lo que había tenido que hacer para proteger a Kellan del escándalo. Tal vez era el momento de hacer una larga visita a casa.

Sí, iría a visitar a sus padres, decidió, y se quedaría el tiempo que fuera necesario para olvidarse de Kellan. Después regresaría a Termonfeckin y tal vez, se establecería allí por una larga temporada. Dejaría que el tiempo suavizara las cosas antes de tratar de hablar con él.

La idea de abandonar la ciudad era liberadora, Londres le traía malos recuerdos y además, si finalmente se demostraba la culpabilidad de Sidney estar lejos de la escena la librería de muchos malos ratos.

Decidida a hacer algo con su vida, apagó la televisión y cogió el teléfono para llamar a casa.

Su padre descolgó con rapidez, al saber que era ella quien llamaba.

—Hola, papá, ¿cómo está mamá?

—Hola, cariño. Como siempre. Su corazón hace que se agote por nada, por lo que cada vez sale menos de casa. ¿Qué tal estás tú?

—Bien. Lo cierto es que he pensado en ir a veros unos días, si te parece bien.

—¿Vas a venir a Dublín?

—Sí.

—Cariño, eso sería maravilloso. Mamá y yo tenemos muchas ganas de verte. ¿Cuándo vas a venir?

—¿Qué te parece dentro de una semana? Tengo que entregar mi novela y después iré para estar un tiempo con vosotros.

—Eso será maravillo, cariño. Llámanos e iremos a recogerte al aeropuerto.

—Gracias, papá.

—Te quiero, Darcy.

—Y yo a ti.

Colgó sintiéndose un poco mejor. Puede que su vida se estuviera desmoronando a causa de las decisiones que se había visto obligada a tomar, pero todavía tenía a gente a la que acudir, gente que la quería y que la ayudaría a reparar su corazón roto.

Pensó en sus amigas, pero no estaba preparada para contarles lo que había sucedido. Era probable que Fiona la apoyara, pero Caitlin era harina de otro costal y, en su estado, lo mejor era evitar los conflictos.

Capítulo 33

Los días fueron sucediéndose sin que nada nuevo pasara. Darcy se escondió en su casa y evitó todo contacto con nadie.

Terminó las correcciones que tenía pendientes y preparó sus maletas para un largo viaje a casa.

No contestó ante las insistentes llamadas de Fiona y de Caitlin y, al final, sus amigas se cansaron de llamar.

La única llamada que atendió fue, precisamente, la que más hubiera deseado evitar. No obstante, se había comprometido a ayudar a la policía, y tenía que hacerlo.

Sidney seguía dándole vueltas a los lienzos:

—De verdad que no sé dónde están. ¿No recuerdas dónde los viste por última vez? A lo mejor si me lo dijeras podría recordar algo…

Él pareció asombrarse al notar el interés de ella en ayudarle.

—Estaban en un tubo para planos encima del armario de tu despacho.

Darcy sintió que el corazón le daba un vuelco. El agujero negro.

Tal vez Sidney tenía razón y los lienzos habían estado en su casa todo el tiempo. El agujero negro podía haberse tragado el tubo sin que se diera cuenta.

—En ese caso están en casa de tus padres. Recuerdo haber llevado el tubo allí.

—No puede ser, Darcy. No lo vi cuando lo busqué.

—Puede que tu madre lo cambiara de sitio o incluso que lo tirara. El caso es que estoy segura de haberlo llevado junto con el resto de tus cosas.

—De acuerdo. Tengo que dejarte —dijo, y colgó tan rápido que Darcy no tuvo tiempo de decir nada.

Sabía que acababa de colgarle el muerto a otra persona, pero necesitaba librarse de una vez por todas de su exmarido, y por mucho que le insistiera con que no tenía los lienzos parecía dispuesto a no creerla. Por otro lado, sus conversaciones estaban pinchadas por la policía y, aunque no tuviera nada que ver con las ilegalidades de Sidney, necesitaba terminar con ello de una vez.

Tras tomarse varios minutos para calmarse, decidió que tenía que saber si los lienzos estaban en casa de una vez.

Tomó de nuevo el teléfono y marcó el número de la persona que esperaba que pudiera ayudarla.

—Amelia, ¿todavía estás en Londres? —hacía días que no hablaba con nadie y sabía que Amelia nunca estaba quieta en el mismo sitio durante mucho tiempo. Era un alma libre que dedicaba su vida a ayudar a los necesitados y para hacer su labor viajaba constantemente donde fuera que se la necesitara.

—Sí, Darcy, ¿qué sucede?

—Necesito que vengas a mi casa y, por favor, no se lo digas a nadie.

—De acuerdo. Dame media hora.

Durante el tiempo en que estuvo esperando a que Amelia apareciera, por la cabeza de Darcy pasaron mil y una ideas. Primero se encontró a sí misma deseando que no hubiera nada en el tubo de mapas que recordaba había caído en el agujero negro, y que todo no fuera más que un mal sueño del que se despertaría si el tubo resultaba estar vacío.

Tras comprender que era un deseo vano, cruzó los dedos para que estuviera lleno, y al entregarlo a la policía acabara de una vez por todas las semanas de infierno que estaba viviendo.

Cuando Amelia llamó a la puerta, sus pensamientos se debatían entre llamar a la policía para que fueran ellos los que movieran el armario y hacerlo ella misma para comprobar que sus suposiciones eran ciertas.

Al final ganaron sus ganas de acabar con aquello cuanto antes.

—No creo que podamos moverlo nosotras solas.

—No podemos decírselo a nadie. Ni siquiera tengo la certeza de que esté aquí.

—Darcy, es demasiado pesado, ni vaciándolo podríamos moverlo sin partirnos la espalda.

—No podemos implicar a nadie —insistió Darcy.

—Tal vez podamos llamar a alguien que ya esté implicado…

—¡No! De ninguna manera. No voy a llamar a Kellan después de todo lo que tuve que sacrificar para alejarlo de mí.

—Darcy —rogó ella.

—¡No! Si hay que llamar a alguien llamaremos a Rowan. He firmado un contrato de representación con él y ahora debe ocuparse de mi bienestar. —Sonrió a pesar de la situación.

—No sé cómo puedes reírte en un momento como este.

—Es eso o ponerme a gritar como una histérica. Pensé que preferirías la sonrisa.

—Tienes razón. La prefiero.

Rowan no hizo preguntas cuando Darcy le llamó para que acudiera con urgencia a su casa, y fue cuando ella comprendió el porqué era uno de los agentes más importantes de Gran Bretaña. Parecía dispuesto a todo con tal de satisfacer a sus representados.

—Necesitamos que nos ayudes a mover un mueble —explicó cuando entró por la puerta treinta y cinco minutos después de que lo llamara.

—No hay problema.

—Sí que lo hay, es posible que cuando lo hayamos hecho nos encontremos con material robado o falsificado —explicó Darcy—, no voy a mentirte para que me ayudes.

—No tienes que hacerlo, voy a ayudarte igual —anunció quitándose la chaqueta del traje, que dejó sobre una silla—. Eso sí, me gustaría conocer los detalles.

Darcy se apresuró a contarle lo que había pasado en las últimas semanas en que se había enclaustrado en su casa.

—¿Por eso no coges las llamadas de Fiona? Está muy preocupada por ti.

—No me siento con ánimo de encararlas. Mis amigas son fuerzas de la naturaleza, ya lo sabes.

Rowan asintió con una sonrisa velada en los labios. Era plenamente consciente del carácter de Fiona y de Caitlin, y no dudaba que cuando Darcy les contará lo sucedido, después de preocuparse por ella, la reprendieran por haber dejado a Kellan.

—De acuerdo, vamos allá. Vosotras poneos en el otro lado y tiramos los tres a la vez.

—¿No sería más fácil si lo vaciáramos antes?

—No, solo hay que moverlo un poco para recoger lo que hay detrás —explicó Darcy—. Vaciarlo nos costará demasiado.

—En ese caso…

Siguiendo las instrucciones de Rowan, los tres se colocaron en posición y empujaron el enorme armario metálico hacia afuera.

No fue hasta que se movió lo suficiente para que cupiera un pie, que se volvió fácil moverlo.

Darcy contuvo el aliento cuando vio el tubo de plástico del que le había hablado Sidney. Además de él había muchos papeles, galeradas de sus novelas e incluso una caja de pañuelos de papel. Sin embargo, en ese momento a Darcy le hubiera importado lo mismo encontrar un diamante de catorce kilates, lo que quería era saber si los dichosos lienzos estaban dentro.

—Será mejor que lo abras de una vez —aconsejó Rowan.

—O podemos llamar a la policía y esperar a que sean ellos quienes lo hagan. —Amelia parecía la más prudente del grupo.

—Voy a abrirlo —anunció al tiempo que quitaba la tapa.

El color abandonó su rostro cuando vio que no estaba vacío. Sin pensárselo mucho sacó el contenido, depositándolo sobre su escritorio, y unas telas antiguas resaltaron en medio del oscuro escritorio de roble.

—Creo que va a ser buena idea lo de llamar a la policía, Darcy —secundó Rowan al ver cómo ella los desenrollaba—, eso que tienes ahí no es una falsificación.

Capítulo 34

Los mismos policías que atendieron a Darcy en comisaria, se habían personado en su casa tras su llamada después de encontrar los lienzos.

Que se tratara de personas a los que ya conocía y que supieran a la perfección el caso, había logrado que se tranquilizara un poco.

—Tenemos toda la conversación entre usted y su exmarido grabada. No se preocupe por nada. Lo mejor que puede hacer ahora mismo es marcharse de la ciudad. El fiscal no la necesita como testigo, y si se marcha tiene muchas más posibilidades de no verse implicada en el caso.

—Tenía pensado visitar a mis padres una temporada.

—Eso será lo mejor —y añadió—. Si quiere aceptarme un consejo no conteste a las llamadas de nadie del círculo de su exmarido. Seguro que alguno de ellos la llamará para que le cuente lo que sabe. Piense que sus teléfonos todavía están pinchados y que se puede ver en un problema sin querer. El fiscal no la va a obligar a testificar porque su colaboración ha sido clave para cerrar el caso, pero todavía puede cambiar de opinión y una publicidad como esta puede afectar a su carrera.

—De acuerdo. Muchas gracias por su ayuda.

—A usted. Que encontrara los lienzos ha supuesto el cierre inmediato del caso. Ahora todo está en manos del fiscal.

Asintió con la cabeza y se dio la vuelta para atender a Rowan y a Amelia, que se habían negado a marcharse hasta que lo hiciera la policía.

—Recoge lo que necesites para esta noche —pidió Rowan—, te quedas en mi casa.

—Gracias.

—No tienes que darlas. Voy a acompañar a los agentes hasta la puerta mientras recoges lo que necesites.

Darcy le sonrió y centró su atención en Amelia. Tenía que agradecerle todo lo que había hecho por ella, el problema era que estaba tan agotada mental y físicamente, que no sabía qué decir. Ella, que vivía de las palabras, se había quedado sin ellas en el peor momento.

—Está todo bien. —Se adelantó su amiga—, no tienes que decir nada. Por fin ha terminado todo.

—Gracias.

Amelia sonrió con afecto.

—¿Es cierto que te marchas de Londres?

—Sí. Iré a casa por un tiempo. Quiero ver a mi madre. Mi padre dice que vuelve a estar delicada.

—¿Necesitas que te acompañe? Me preocupa que se filtre tu participación y que los socios de Sidney te hagan daño.

—No había pensado en eso.

—Lo sé, eres demasiado confiada. ¿Cuándo nos marchamos? Estaré lista cuando me digas.

Darcy la miró agradecida por su amistad. En medio del caos que era su vida había encontrado a Amelia y las cosas parecían más fáciles cuando ella estaba cerca.

—No voy a alejarte de tus causas sociales, ya has hecho bastante por mí.

Supo que Darcy ya había tomado una decisión, por lo que se limitó a aceptarla.

—Lo que necesites, ya sabes. Seguro que en Dublín también necesitan mi ayuda.

Darcy la abrazó entre sonrisas y lágrimas de agradecimiento y no pudo evitar pensar en

Kellan. ¿Podría, cuando todo acabara recuperar su relación con él? No, se dijo al instante, Kellan no daba segundas oportunidades, eso lo sabía muy bien. Y por otro lado, ¿creía ella que el amor merecía tanto sufrimiento?

—No soy muy buen cocinero, pero la tortilla se me da bastante bien —ofreció Rowan al tiempo que sacaba una sartén del armario de arriba de la encimera.

Estaban en su cocina y, a juzgar por lo impoluta que estaba, Darcy estaba segura de que no la utilizaba muy a menudo.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer. Si te pones enferma, Fiona y Caitlin me matarán y se desharán de mi cadáver.

—En eso tienes razón —rio—, Caitlin es perfectamente capaz de deshacerse de un cuerpo.

—No se lo digas, pero a veces me da miedo.

—A mí también —confesó Darcy antes de estallar en carcajadas—. Aun así, la adoro.

Estaban riendo, cuando sonó el timbre de la puerta y, Rowan, que estaba sacando de la nevera los ingredientes para la tortilla, le pidió a Darcy que abriera.

Obediente se encaminó hacia allí todavía con la sonrisa en los labios. Con toda la tensión de los últimos días no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos a sus amigas y, cuando se marchara a Dublín al día siguiente, sería peor.

Lo único que podía hacer era llamarlas para que supieran que estaba bien y tratar de disculparse por haberlas ignorado.

Se sentía tan culpable por lo sucedido con Kellan, que las había evitado, porque no deseaba hablar del tema con nadie y ninguna de ellas se merecía su silencio. Inconscientemente las había dejado de lado en favor de Amelia, porque ella era su última conexión con el hombre del que estaba enamorada.

Abrió la puerta casi sin ser consciente de lo que hacía, no obstante, se quedó congelada cuando vio quien era el visitante.

—¡Kellan!

Él se quedó tan impresionado como ella y tardó algunos segundos en reaccionar; no obstante, cuando lo hizo, una expresión de completa frialdad se había instalado en su rostro.

—Darcy, ¿está Rowan en casa?

Se apartó para dejarle pasar.

—En la cocina.

No dijo nada al respecto, ni siquiera pareció sorprenderle su presencia allí, se limitó a pasar delante de ella y a encaminarse hasta la cocina donde Rowan cortaba las verduras para la tortilla.

—Kellan, qué sorpresa, no te esperaba.

—Habría llamado de haber sabido que tenías una cita.

Su amigo se rio de buena gana.

—Fiona me arrancaría las pelotas su tuviera una cita.

Se encogió de hombros. ¿Qué le importaba a él que Darcy estuviera en plena noche en casa de Rowan? No estaba allí para nada que tuviera que ver con ella.

—Necesito que me hagas un favor.

El representante siguió cortando las verduras, mientras que Darcy se quedó en la entrada de la cocina, apoyada contra el marco de la puerta, insegura entre si quedarse o marcharse de allí.

—¡Cuéntame!

—Quiero hacer un dueto con Sarah Blake, ¿puedes encargarte de la propuesta?

Rowan dejó lo que estaba haciendo para mirarle sorprendido.

—Tú nunca has aceptado colaborar con nadie, ¿a qué se debe el cambio?

—Quiero cantar con Sarah, es preciosa y tiene una voz muy sensual, es perfecta para cantar conmigo mi nueva canción.

—¿Te refieres a *La chica del gorro azul*?

—Sí.

Darcy sintió que el estómago se le contraía y que las piernas le flaqueaban. Por ello salió de la cocina sin importarle dar un espectáculo.

Kellan la había tratado como a una completa desconocida y, no solo eso, estaba rehaciendo su vida como si ella nunca hubiese estado en ella.

Ni siquiera la había tratado con desprecio, eso podría haberlo entendido, pero la indiferencia… Era otra cosa.

Escondida en el dormitorio de invitados, recordó su última conversación. Entonces le había dicho que todo había terminado entre ellos y, por lo visto Kellan le había tomado la palabra al pie de la letra.

No estaba preparada para el dolor que le supuso el reencuentro, la indiferencia que Kellan había mostrado respecto a ella, tanto, que comprendió que alejarse era la única solución.

Capítulo 35

A pesar de no estar interesado, Kellan sabía que Darcy había viajado a Dublín para ver a sus padres, y que el escándalo de su exmarido se estaba llevando con absoluta discreción, porque los verdaderos afectados, los dueños de las obras de arte falsificadas, eran gente de dinero y contactos, y creían que demasiada publicidad negativa afectaría a sus empresas multimillonarias.

Y todo eso lo sabía porque su hermana seguía empeñada en contárselo, por mucho que él se negara a escucharla o que tratara de cambiar de tema cada vez que ella lo traía a colación.

Estaba ansioso por comenzar a grabar y no tener tiempo para visitar a su familia. Así dejaría de ver a Amelia por un tiempo y su vida volvería a ser ese caos ordenado que tanto le gustaba.

Su hermana, en su afán por atormentarlo, le había explicado el motivo por el que Darcy había pasado la noche en casa de Rowan, como si a él le importara el porqué.

Lo único que le interesaba en esos instantes era cantar con Sarah Blake, y, si todo salía como esperaba, invitarla a cenar como agradecimiento.

Llevaba demasiado tiempo sin salir con nadie y ya era hora de que retomara su vida más allá del trabajo. Que en esta ocasión ambos fueran de la mano era una bendición que no pensaba desaprovechar.

—¿Desde cuándo te gusta Sarah Blake? —inquirió Amelia en su afán por molestarle.

Su hermana parecía decidida a cabrearle, lo que ella no sabía era que él había tomado la medida contraria, no permitir que ella le hiciera estallar.

—Desde siempre —mintió.

—Eso no es verdad, antes decías que era demasiado blanda, que su voz era chillona y que su pelo parecía una zanahoria pasada.

—Me gustan las zanahorias, son buenas para la vista.

Amelia arrugó el ceño, concentrada en molestarle.

—¿Has decidido repentinamente que las pelirrojas son ahora tu tipo?

Tranquilízate, Kellan, se dijo a sí mismo. No permitas que Amelia se salga con la suya.

Tras varios segundos tratando de calmarse, miró a su hermana con una sonrisa falsa.

—Todas no. De un tiempo a esta parte soy bastante selectivo. Sobre todo cuanto a pelirrojas se refiere.

Los ojos de su hermana se encendieron como llamas y supo que había ido demasiado lejos.

Amelia era fiel a sus amigos y sacaba las uñas por cualquiera de ellos, del mismo modo en que lo hacía por todos los necesitados que se cruzaban en su vida.

—¡Eres imbécil! —dijo y se levantó de la mesa para no estar con él.

—Amelia, discúlpate con tu hermano ahora mismo —amonestó su madre, que acababa de entrar en la cocina de su casa y se había dado de bruces con la pelea de sus dos hijos.

—¡No!

—¡Amelia!

—No voy a hacerlo porque es la pura verdad. Es imbécil y no se merece a una mujer capaz de sacrificarlo todo por su amor —inconscientemente se llevó la mano a la boca y agrandó los ojos.

Acababa de hablar más de la cuenta y Kellan la estaba mirando con abierta tensión. Como si estuviera a un latido de saltar sobre ella y hacerle hablar.

—Mamá, te quiero —se inclinó para besarla en la mejilla—, tengo que irme. —Se despidió.

—¿Y la comida?

—Vendré otro día —dijo a toda prisa, mientras tomaba su bolso de la silla en que lo había colgado y trataba de escabullirse de casa.

Estaba en la puerta principal, cuando notó la presencia de Kellan tras ella.

Ni siquiera se había dado cuenta de que la hubiera seguido.

—¿Dónde vas tan apresurada?

—Tenía una cita. Lo había olvidado por completo.

—Amelia.

—Adiós, Kellan —se despidió tratando de abrir la puerta.

Esta no se movió.

—Me debes una explicación —la voz de Kellan sonaba tranquila, pero ella lo conocía perfectamente y sabía que no había peor momento que cuando su hermano parecía calmado.

En esos instantes la tormenta se fraguaba en su interior y, cuando estallaba, arrasaba con todo lo que hubiera alrededor.

—No te debo nada. No sé de qué me hablas.

—Llevas semanas atormentándome con Darcy y ahora que quiero que me cuentes lo que está pasando, ¿te vas a poner tímida?

—No sabía que te molestara que te hablara de Darcy. No lo haré más.

—Vas a hacerlo ahora mismo o no volveré a hablarte nunca.

Amelia suspiró cansada. No sonaba a amenaza vacua, su hermano lo decía de verdad.

—Las cosas no han sido como crees.

—¿Puedes ser más específica?

—Darcy te dejó para protegerte por algo que dijo el policía que la atendió el día que la llevamos a comisaria.

Kellan apenas parpadeaba pendiente de cada palabra de su hermana.

—El policía le dijo que si el caso se filtraba y te relacionaban con ella te iba a ir muy mal porque la prensa se ensañaría con vosotros. Dijo que suelen ser muy agresivos cuando hay alguien tan famoso como tú de por medio. Por eso decidió alejarte.

—Cortó conmigo. Me dijo que una vez en Londres ya no había motivo para seguir viéndonos.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Me pidió que no te dijera nada. Yo también temí que el asunto te salpicara.

—¿Desde cuándo, Amelia?

—Desde el principio.

Asintió, pero no dijo nada. Estaba demasiado enfadado para hablar. Primero tenía que ordenar sus pensamientos, después tomaría una decisión.

Aun así, estaba enfadado con ella por ocultarle la verdad, con Darcy por tratar de salvarlo a costa de sus propios sentimientos y consigo mismo por haberse saltado la norma y haber permitido que Amelia lo sacara de quicio.

No volvió a mirarla. Abrió la puerta y sin despedirse de nadie se marchó de casa de sus padres.

Estuvo tres horas dando vueltas por Londres.

Caviló en lo que había hecho, en lo que había pensado de Darcy cuando esta le había dejado y, sobre todo en lo que había sentido.

A pesar de lo mucho que había tratado de odiarla no había podido hacerlo.

La noche que llegó a casa de Rowan y se encontró con ella allí tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no pedirle explicaciones. Los celos se apoderaron de él con tanta fuerza que se inventó la historia de Sarah Blake para protegerse.

En ningún momento había pensado en ir hasta allí para pedirle a su agente que concertara una colaboración con la cantante. Había ido hasta allí porque se sentía aburrido, porque había planeado tomar una copa con Rowan y charlar unas horas, de manera que pudiera apartar a Darcy de su cabeza durante un tiempo.

Verla allí lo había noqueado y había decidido devolverle el golpe, a pesar de que ella no fuera consciente de que se lo hubiese dado.

Necesitaba hablar con ella. Tenía que asegurarse de que los motivos de su ruptura eran los que le había dicho Amelia, no podía hacerse esperanzas sin saber si eran fundadas.

Como la vez anterior, se subió a su moto y condujo hasta la casa de su representante. Ni siquiera se molestó en llamar para comprobar que estaba en casa; no tenía tiempo para eso.

En menos de quince minutos estaba en su puerta, llamando a su timbre.

—Hola, Kellan.

—Hola, Fiona. No sabía que estuvieras en Londres.

Ella sonrió con tristeza y se apartó para que entrara.

—Me voy mañana.

Rowan apareció por el pasillo antes de que él llegara al salón.

—Kellan, qué sorpresa. Si vienes por tu dueto con Sarah Blake te diré que ya me he puesto en contacto con su representante. Me ha pedido que le enviemos la canción.

—No se la mandes.

—¿Cómo dices?

—He cambiado de opinión. No quiero cantar con ella. Tiene una voz chillona.

Escuchó la risita de Fiona por lo bajo.

—¿Estás decidido a hacerme quedar como un idiota?

—No, lo siento. Te compensaré.

—Ya puedes hacerlo bien porque me juego mi buen nombre por ti.

—Necesito que hagas otra cosa más…

—¿Me va a doler? —preguntó Rowan preocupado.

—Tal vez un poco.

Fiona no puedo disimular por más tiempo y rio abiertamente.

—No le secundes, por favor —pidió Rowan muy serio.

—¡Perdona! —dijo esta, pero le guiñó un ojo a Kellan ante la mirada molesta de Rowan.

—Necesito que te encargues de una colaboración.

—¿Otra? Espero que esta vez llegues hasta el final.

Asintió.

—Quiero que le pidas al representante de Darcy Lauren que acepte escribir una canción conmigo.

—Yo soy el agente de Darcy.

—Entonces arreglado.

Capítulo 36

Fiona sabía que iba a tener que tomar una decisión, pero por mucho que supiera lo que debía hacer no estaba preparada para ello.

La breve visita de Kellan había logrado que se olvidara, por unos instantes, de sus propios problemas. Pero como siempre sucedía la tregua terminaba y estos seguían estando en el mismo lugar.

Llevaba los últimos dos meses de su vida haciendo y deshaciendo maletas, recorriendo milla tras milla para poder ver a Rowan, a pesar de que sabía que este nunca dejaría ni Londres ni su trabajo para estar con ella.

Fiona, por su parte, tenía claro que no podía dejar la librería, y ya puestos, tampoco a sus abuelos. Aunque ellos, en su infinito amor por ella incluso habían dejado caer que no les importaría vivir en Londres si ella deseaba cambiar de aires…

No obstante, por mucho que lo deseara, sabía que no podía hacerlo.

—¿Qué haces? —inquirió Rowan al entrar en el dormitorio y verla preparando la maleta.

—Me voy esta noche.

—Creía que te ibas mañana. —Su expresión confusa enterneció a Fiona, pero sabía que no podía ceder.

—He cambiado de opinión. No puedo dejar mi vida en pausa durante tanto tiempo. Tengo un negocio que atender —anunció cerrando la maleta con dificultad.

Rowan no dijo nada, se limitó a apartarla con cuidado y a cerrarla él mismo.

—Podemos seguir como hasta ahora —comentó, asustado, por lo que no decían sus palabras.

Conocía a Fiona tanto que podía adivinar lo que pensaba y se callaba para sí misma.

—Nos cansaremos. Apenas nos vemos y, cuando podemos estar juntos, no son más que un par de días. Entonces tú tienes que dejar de lado tu trabajo para estar conmigo o peor, vamos a fiestas donde no conozco a nadie y donde nunca sé cómo comportarme.

—Fiona, eres perfecta. Todo el mundo está encantado de conocerte.

—Eso no es verdad.

—Lo es, pero si te va a hacer sentir mejor no iremos a ninguna fiesta. Cuando estés conmigo dejaré el trabajo apartado.

—No puedes hacer eso.

—Prefiero esto a no verte —insistió.

—A lo mejor es preferible no vernos. Lo hará todo más fácil.

—Fiona, no digas eso.

—Es la verdad, Rowan. Tienes que darte cuenta tan bien como yo que esto no tiene futuro.

—Lo tiene para mí. Te quiero y quiero estar contigo todo lo que pueda. Y no me importa si son dos días o uno.

—Ese es el problema, Rowan, que no podemos. ¿No lo ves?

—¿Quieres dejarlo?

—Ahora mismo no sé lo que quiero. Te llamaré cuando llegue a casa.

—Voy a llevarte al aeropuerto, Fiona.

—No, cogeré un taxi. Ahora mismo prefiero no tenerte cerca. Necesito pensar.

—Fiona, ¿ha pasado algo? ¿He hecho algo que te haya hecho pensar en esto?

Ella sonrió con tristeza.

—Llevo desde el primer día pensando en esto. —Le acarició la mejilla—, y he tratado de engañarme desde entonces.

—Fiona, no te marches, por favor.

—Adiós, Rowan —se despidió poniéndose de puntillas para besarlo.

Permitió que el la abrazara con fuerza y respondió al beso cuando él lo profundizó.

Lo hizo porque no había forma humana de que pudiera controlarse cuando él la tocaba, y lo hizo porque no estaba segura de cuándo volvería a estar tan cerca de él.

Capítulo 37

Volver a casa de sus padres había supuesto para Darcy la tranquilidad que le había faltado las últimas semanas.

En su hogar había reído y desconectado de todo lo negativo que había dejado en Londres.

Sus padres se habían esforzado por hacerla sentir segura y arropada. Incluso su madre, siempre delicada, sacó fuerzas para cuidarla y no a la inversa, como había sucedido siempre.

Reencontrarse con su gran familia le aportó la serenidad que necesitaba para tomar decisiones y asir las riendas de su vida, que sentía que había descuidado durante demasiado tiempo.

La primera traición de Sidney había supuesto un duro golpe para ella y, aun así, se repuso y siguió avanzando. La segunda traición de su exmarido se había llevado mucho más, le había robado la oportunidad de volver a ser feliz en el amor. Pero el golpe más duro de todo el asunto fue que le había robado la ilusión.

Sabía por Amelia, que ahora Kellan estaba al tanto de los motivos por los que lo había dejado, y por Rowan, que deseaba verla con la excusa de escribir una canción. El problema era que Darcy había decidido que un sentimiento que hacía tanto daño no era bueno para ella y tenía la experiencia suficiente como para saber que el amor siempre acababa por lastimarla.

Su teléfono móvil sonó por octava vez ese día, por trigésima cuarta si contaba los días anteriores, por lo que no tuvo que comprobar el número para saber quién la llamaba.

Supo, por su reacción en días anteriores, que insistiría hasta que, por fin, le contestara. Y aunque una parte de ella deseaba evitar la conversación, otra parte de ella más temeraria se moría

por escuchar su voz.

En numerosas ocasiones había estado a punto de ponerse su música, pero había mantenido la promesa que se había hecho a sí misma de evitar lo que le hiciera daño, y se había resistido.

En esta ocasión lo mejor era afrontar el problema.

—Hola, Kellan —dijo, dándose por vencida y respondiendo al teléfono.

—Darcy, por fin.

—Siento no haber podido atenderte antes, he estado ocupada.

—Lo importante es que lo haces ahora.

—Sí, supongo que sí —dijo en un tono que denotaba cansancio.

—¿Cuándo vuelves a Londres? Tenemos que hablar. No quiero mantener esta conversación contigo por teléfono, quiero verte.

—No creo que…

—El asunto de Sidney no ha trascendido —comentó, creyendo que el motivo de su desinterés por volver a casa se debiera a su preocupación por el caso—. Yo estoy en plena grabación de mi último disco, de no ser así, ya habría ido a buscarte para que pudiéramos hablar en persona.

Ella no respondió inmediatamente y Kellan temió que Darcy hubiera rehecho su vida sin él. Que su reacción cuando le dijo que se había acabado hubiera puesto un fin real a su relación.

—No voy a volver a Londres. Puedo trabajar desde cualquier parte y lo único que sé en estos momentos es que no quiero volver a vivir allí. Tengo demasiados malos recuerdos para querer volver.

—Pero…

—Lo siento, Kellan, tengo que dejarte. Te llamaré cuando sepa lo que voy a hacer, es cierto que tenemos una conversación pendiente y no me niego a ella.

Colgó sin dejar que respondiera porque era demasiado duro despedirse de él.

No podía volver a Londres, no quería vivir allí, alejada de su familia, de sus amigas… Casi sin darse cuenta había tomado una decisión que la hacía feliz, aunque para llevarla a cabo tuviera que renunciar a lo que más quería. Sea como fuera, Darcy sabía que volver a casa era lo mejor para ella.

Y por una vez estaba decidida a anteponerse a los demás.

Capítulo 38

Habían pasado diez días desde que Fiona se había marchado de Londres, y todo continuaba como siempre. Echaba de menos a Rowan y trabajaba en su negocio para tratar de mantener ocupada su mente.

En esas estaba, cuando las campanillas de la librería sonaron. Levantó la cabeza del libro de cuentas para encontrarse con Darcy, a quien no había visto en semanas.

—Darcy, ¿cómo estás? —corrió a abrazarla.

—Mejor de lo que esperaba.

A pesar de que le había costado armarse de valor y llamar a sus amigas, al final lo había hecho y las tres habían terminado llorando tanto, que Fiona había temido que Caitlin se pusiera de parto por el disgusto.

—Tengo que llamar a Caitlin para decirle que estás aquí.

—No la llames, querrá venir y ya está muy avanzada como para salir de casa sola. Cuando diga lo que he venido a decirte iremos a visitarla, ¿te parece?

—De acuerdo, pero primero deja que te diga que me estás asustando.

Darcy rio; de un tiempo a esa parte había comenzado a sonreír de nuevo.

—No te preocupes, creo que te va a gustar lo que tengo que decirte.

—Lo has vuelto a hacer —rio Fiona, nerviosa—, cuando te pones tan seria das miedo.

—De acuerdo, trataré de sonreír mientras lo digo —concedió al ver la preocupación de su amiga—. Tengo una propuesta para ti. Estoy segura de que solucionará tus problemas.

—¿Qué clase de propuesta?

—He decidido ser tu socia.

Ella la miró cómo si hubiera perdido el juicio.

—¿Mi socia en qué, si puede saberse?

—En la librería, por supuesto. Creo que deberíamos ampliarla, y tal vez crear una franquicia. La próxima apertura podría ser en Londres. He visto un local perfecto para ella, después podemos abrir otra en Dublín, en Manchester…

Fiona sonrió con cariño.

—Eres maravillosa, pero te aseguro que abrir otra librería no soluciona mi problema.

—No me has dejado terminar. Yo me haré cargo de esta y tú serás la responsable de la nueva en Londres. Para las demás contrataremos a gente que ame los libros. Si las cosas salen como espero, podemos abrir franquicias por todo el Reino Unido.

Fiona trató de disimular lo emocionada que estaba.

—Suena un poco a locura. Hace falta mucho dinero.

—Seremos socias —y añadió—. He hecho un estudio de mercado y es el momento perfecto para abrir un negocio. Además, Rowan ha aceptado asesorarnos.

—¿Rowan?

Darcy asintió con una sonrisa.

—Me llamó hace unos días. Estaba muy mal. Te quiere.

—Y yo a él.

—Lo sé. —La abrazó Darcy.

—¿Te llamó para decirte que estaba mal? —Frunció el ceño—. No es propio de él hablar así como así de sus sentimientos.

Darcy sonrió al darse cuenta de lo mucho que se conocían.

—Me llamó para decirme que Kellan quiere mi ayuda para componer una canción.

—Estaba yo en casa de Rowan cuando vino a decírselo. ¿Qué vas a hacer?

—Nunca he compuesto música.

—No me refiero a eso.

—De momento hemos retomado nuestra amistad. Hablamos todos los días y, aunque tenemos una conversación pendiente, que se empeña en que sea cara a cara, somos amigos.

—¿Eres feliz?

—Estoy en ello —dijo ella sonriendo.

—¿De verdad quieres llevar la librería? Este pueblo es aburrido y muy tranquilo.

—Es perfecto para mí. Necesito escribir y aquí siempre he podido hacerlo mejor que en ningún otro lugar.

Se calló cuando el teléfono de Fiona comenzó a sonar.

Su amiga levantó un dedo para pedirle tiempo y se acercó al mostrador para ver quién la llamaba en tan mal momento.

—Es Peter —anunció nerviosa.

—Caitlin —Darcy se acercó para escuchar la conversación de su amiga.

—Peter, ¿qué sucede?

—Caitlin está de parto. Nos vamos ahora mismo al hospital, pero se ha empeñado en que te llamara o se negaba a subir al coche.

Darcy se llevó la mano a la boca para no reír.

—Dile que cierro la tienda y voy para allá.

—No, Fiona, antes quiere que llames a Darcy. Dice que la amenaces si hace falta, pero que tiene que estar aquí para cuando nazca el bebé —el pobre Peter parecía resignado a repetir las palabras de su mujer hasta el final de los tiempos.

—No es necesario que me amenacen, Peter, estoy aquí.

Se escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—¡Gracias a Dios! Bueno, chicas, os veo en el hospital —se despidió, mientras de fondo se escuchaban los gritos de Caitlin maldiciéndolo por ser el culpable de su dolor.

Las chicas se rieron, encantadas con la noticia de que iban a ser tías.

Dos horas más tarde, se turnaban para sostener en brazos a su pequeña y sonrosada sobrina, que había demostrado ya desde el primer momento que era igual de impaciente que su madre, y había tardado apenas veinte minutos en nacer.

—Es preciosa.

—¿Verdad que lo es?

Las dos asintieron encantadas.

—Ahora va a necesitar alguna amiguita con la que jugar —comentó Caitlin con picardía—, es una suerte que mi cuñado todavía siga soltero.

Fiona miró a su amiga con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh! Caitlin, no cambies nunca.

Capítulo 39

Darcy llevaba cerca de un mes en Termonfeckin y estaba decidida a quedarse definitivamente allí. Hacerse cargo de la librería la mantenía entretenida y, al mismo tiempo, le permitía escribir. Además, estaba cerca de sus padres, de sus amigas, y a un vuelo de distancia de cualquier lugar al que quisiera ir.

La gente era atenta con ella y nunca le faltaba compañía.

Asimismo, tenía debilidad por su pequeña sobrina, y se negaba a estar lejos de ella durante mucho tiempo. Necesitaba que su tía estuviera cerca para contrarrestar las locuras de su madre y sus arrebatos inesperados.

El ordenador indicaba que eran las diez menos cuarto de la mañana, por lo que se puso la chaqueta y se encaminó hasta la puerta, *post it* en mano, para avisar a cualquier cliente de que volvería en una media hora.

Lo colgó de la puerta con una sonrisa satisfecha. Por fin iba a firmar los documentos para su nuevo hogar.

Se había pasado los dos últimas semanas visitando casas. Si se iba a quedar, necesitaría a su propio espacio y, puesto que ya había puesto a la venta su casa de Londres, lo ideal era comprar una en Termonfeckin. Así cuando sus padres la visitaran, podrían quedarse en la casa familiar, donde su madre se sentiría más cómoda.

Faye estaba sentada en su escritorio, cuando Darcy entró en su oficina.

La agente de bienes y raíces la miró con una sonrisa y se levantó de su escritorio para recibirla.

—Darcy, qué sorpresa.

—¿Sorpresa? Habíamos quedado para firmar los documentos de compra.

La cara de la mujer denotó sorpresa, preocupación y quizás un poco de pánico.

—Debe de haber un error —dijo volviendo a tomar asiento y rebuscando entre el montón de papeles que tenía delante—, la casa ya ha sido comprada. Tu abogado llamó hace dos días para decirnos que no estabas interesada.

Fue el momento de Darcy de sorprenderse.

—¿Cómo dices?

—El nuevo dueño firmó ayer y, según tengo entendido, ya se ha mudado a la casa. Darcy, ¿sucede algo?

—¿Quién la ha comprado?

—Lo siento, Darcy, no puedo decírtelo, es información confidencial. No obstante, como te digo, el dueño ya ha tomado posesión de la propiedad.

—Gracias, Faye —se despidió, decidida a aclarar el asunto directamente con el responsable.

Darcy no podía más que pensar en que iba a cometer un asesinato mientras caminaba por la calle principal, hasta la que había soñado con que sería su hogar.

Se detuvo para observar la fachada. La casa ocupaba un espacio enorme. Darcy estaba convencida de que era una de las más grandes de la ciudad.

Ella ya había hecho mentalmente la distribución. Dónde quedaría su despacho, el dormitorio… Cabreándose por momentos, llamó a la puerta con fuerza y esperó para ver quién era el tramposo o la tramposa que había engañado a Faye para que le vendiera la propiedad.

La puerta se abrió de repente y Darcy se quedó helada, y no por el frío de aquella mañana de mayo, sino por el rostro sonriente que había frente a ella.

—¿Tú? ¿Tú has sido quien me ha robado mi casa? —inquirió con curiosidad.

Kellan se rio sin fingimientos.

—Que yo sepa no he robado nada. Estaba disponible y la he comprado.

—¿Por qué?

—¿Cómo dices?

—¿Por qué la has comprado?

Se encogió de hombros.

—Necesitaba un lugar para vivir y esta casa es tan grande que hasta puedo montar mi propio estudio de grabación. ¿Quieres verla?

Darcy apretó los puños con fuerza. En esos instantes no sabía si deseaba abrazarlo, ya que hacía mucho tiempo que no le había visto, a pesar de que hablaba casi todos los días con él, o golpearle por ser el dueño de su casa.

—¿Por qué no me dijiste que venías a Termonfeckin?

—Quería que fuera una sorpresa.

—¿El qué, robarme la casa?

Kellan se rio y Darcy sintió que la rabia de su interior se derretía.

—¿Quieres verla o no? —volvió a ofrecer—. Aquí fuera hace fresco.

No respondió, con una mirada fulminante se puso a andar y casi lo empujó para entrar. Kellan disimuló una sonrisa de satisfacción y se apartó para dejar que cruzara el umbral por completo.

—Esto es el recibidor —dijo, encantado.

Darcy se quedó quieta, observando un escritorio de teca maciza tintada, que había pegado a la pared izquierda y que le recordaba mucho a uno que ella misma tenía en su casa de Londres, y

que había restaurado con sus propias manos.

Incluso el paragüero de Kellan era casi idéntico al que ella tenía en la entrada de su casa en Termonfeckin.

—¿Sucede algo?

—No, nada.

—Entonces, sígueme y te mostraré el resto.

Darcy se quedó parada donde estaba.

—Ya la he visto entera. Sabes que quería comprarla, que deseaba convertirla en mi hogar —tuvo que tragarse las lágrimas porque no deseaba que él la viera llorar—, ¿por qué lo has hecho? ¿Creía que éramos amigos?

Kellan la miró con intensidad.

—Somos mucho más que amigos, Darcy —se encogió de hombros—, pero una propiedad es una propiedad y esta me gustaba mucho. Puede decirse que me enamoré de ella en cuanto la vi.

—Eres…

La cortó antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Ven a ver mi despacho. Te va a encantar.

—No quiero… —no la dejó terminar. La cogió de la mano y tiró de ella haciendo oídos sordos a sus protestas.

Necesitaba que viera la casa, después podría despotricar a su antojo, pero antes necesitaba que viera cómo había quedado todo.

—¿Qué te parece?

Darcy cruzó los brazos sobre su pecho y apretó los labios. No pensaba decir nada, no…

Abrió la boca y la cerró a la misma velocidad.

Dio una vuelta sobre sí misma y revisó todos y cada uno de los detalles que había en la estancia. Desde el armario antiguo y pesado de oficina hasta los cuadros de las paredes o los libros de las estanterías.

Se giró para mirar directamente a Kellan, que sonreía de oreja a oreja.

—¿Cómo lo has hecho?

—He tenido ayuda.

—¿Amelia?

—Y tu padre. Fue él quien me dio las llaves de tu casa.

—¿Mi padre? ¿Has conocido a mi padre?

—Y a tu madre. Son encantadores. Tú madre tiene el mismo pelo llameante que tú.

El corazón de Darcy comenzó a bombear a toda velocidad y con tanta fuerza que temía que se le fuera a salir del pecho.

—¿Son mis cosas? —tenía que asegurarse porque no se lo creía.

—Lo son, pero no están todas. Todavía vas a tener que traer tu ropa.

Asintió con un nudo en la garganta.

—¿Tu ropa ya está aquí?

Fue el turno de Kellan de asentir por culpa del maldito nudo de la garganta.

—Bien.

—¿Bien? —preguntó él.

Darcy sonrió y se encogió de hombros.

—Me gusta esta casa.

—¿Tanto como para compartirla conmigo? Porque está a tu nombre, puedes echarme si

quieres.

—Te dejaré quedarte, con una condición.

—¿Cuál?

—*La chica del gorro azul*, no me gusta. Es muy triste y yo quiero ser feliz, prométeme que no la tocarás más.

Kellan no pudo aguantarse más, inclinó la cabeza y la besó.

—A mis fans les gusta y sabes que yo me debo a ellos —dijo riendo, al recordar las palabras que ella le echó en cara cuando se conocieron.

—Pero yo soy tu mayor fan.

Él fingió pensárselo.

—¿Qué te parece si la versiono para ti? Iba en serio lo de que voy a tener mi propio estudio de grabación. Lo voy a necesitar si vamos a vivir en Termonfeckin.

—¿Quieres vivir en Termonfeckin?

—Quiero vivir donde tú estés. Sé que tenemos una conversación pendiente, pero… ¿Qué te parece si antes te muestro el dormitorio?

Darcy sonrió.

—¿Has traído también mis muebles?

Kellan le guiñó un ojo, pícaro.

—Eso vas a tener que descubrirlo tú.

Ella no respondió, al menos no con palabras. Pegó su cuerpo al de él y le besó, como llevaba semanas soñando. Ni siquiera se dio cuenta de que Kellan la levantaba en brazos y la llevaba hasta el dormitorio y, mucho menos le interesó saber que la cama fuera nueva o que la colcha fuera del mismo tono de azul que su famoso gorro.

Epílogo

Un año después…

—¿Lo llevas todo? —inquirió Darcy por undécima vez.

—Sí, no te preocupes por nada, cariño. —La besó con suavidad tratando de calmarla.

En su estado no era buena idea que se pusiera nerviosa o se alterara.

—No puedo simplemente no preocuparme.

—Lo sé.

Ella le miró enfadada.

—No seas condescendiente conmigo solo porque estoy embarazada —lo regañó.

—No soy condescendiente contigo por el embarazo, lo soy porque te quiero.

La respuesta dejó a Darcy fuera de juego, por lo que sonrió como la tonta enamorada que era.

—Yo también te quiero.

—Lo sé. Ahora ponte el abrigo y vámonos antes de que perdamos el vuelo.

—Mis padres…

—Tus padres ya estarán allí junto con Amelia, que estará tratando de liarlos a todos para que donen dinero para alguna de las ONGs con las que colabora. Tampoco faltarán Caitlin y su familia y, por supuesto también estarán allí Rowan y Fiona, tu socia.

—De acuerdo, no hace falta que seas tan sutil, es evidente que vamos a llegar tarde por mi culpa —dijo volviendo al mal humor.

Estaba embarazada de cuatro meses y, por mucho que le molestara darle la razón a los tópicos, lo cierto era que su humor era cambiante de un segundo a otro, con todas esas hormonas

revolucionadas dentro de ella.

Cuando llegaron a su destino, tal y como había vaticinado Kellan, sus amigos y familiares ya estaban allí.

Ellos, y alrededor de cien personas más, habían asistido a la inauguración de la librería que Fiona y Darcy estaban inaugurando en Dublín.

La primera, la pionera había sido en Termonfeckin; a ella le habían seguido Londres, Liverpool, Manchester, York, Edimburgo y ahora Dublín.

En tan solo un año había pasado de ser una escritora famosa a ser empresaria, esposa e iba camino de ser madre.

No podía quejarse de cómo la había tratado la vida, por mucho que en algunos momentos se hubiera desesperado.

Al final había seguido para adelante, luchando por cambiar lo que no le gustaba, por superar los reveses que la habían hecho tambalearse.

Kellan se puso a su lado y la rodeó con el brazo para entrar con ella en la librería. No obstante, tuvo que soltarla cuando las dos locas de sus amigas y la loca mayor de su hermana se lanzaron sobre ella para abrazarla. Sonrió encantado de que su mujer tuviera amigas tan leales y se acercó a Rowan, que le esperaba con una cerveza en la mano.

—¿Sabes que no van a hacernos caso en toda la noche? —preguntó este al tiempo que se la daba.

—Como siempre.

—Tú lo has dicho, como siempre —rieron los dos, resignados a comprenderse.

Próximamente…

Un Vizconde para mí

Serie Nobles nº 3

El sueño de Lady Caroline Whinthrope siempre había sido el de viajar a Italia para aprender las técnicas de pintura de los grandes maestros.

Tratando de complacerla, su hermano, el marqués de Hawkscliffe, le prepara la sorpresa como regalo en su vigésimo segundo cumpleaños. El problema es que el viaje no podría haber llegado en peor momento, justo cuando acaba de prometerse al hombre que ama.

Respaldada por él, ambos deciden mantenerlo en secreto para que Caroline pueda cumplir su sueño.

Lo que esta jamás hubiera imaginado era que se vería obligada a volver a toda prisa de Italia para evitar que su prometido cortejara a otra dama.



Un marqués para mí

Serie Nobles nº 4

Lady Alice Alvanley estaba cansada de fingir que todo iba bien, cansada de sentirse sola e incomprendida, de que sus padres apenas tolerasen su presencia en sus vidas.

Por todo ello, había decidido independizarse de ellos y, ¿qué mejor manera de hacerlo que buscándose un marido que la sacara de allí?

Lucius Whinthrope no podía quitarse de la cabeza a la osada Lady Alice. Primero había tenido que intervenir para que esta no estropeara el compromiso de su hermana y, después de que este, por fin, se hubiera formalizado, parecía encontrársela allá donde fuera. ¿Se habría convertido el marqués en su nuevo objetivo?



Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, Un amor inesperado (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la bilogía juvenil Lazos Inmortales (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de Quédate esta noche (Kiwi), Íntimos Enemigos (Versátil), Una cita Pendiente (Versátil), Una noche bajo el cielo (Kiwi), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Solo un deseo (Zafiro. Planeta), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil) Un beso arriesgado (HQÑ) e Igual te echo de menos que de más (Amazon), Kilo y ¾ de amor (Amazon), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ), Duelo de voluntades (HQÑ), El corazón de una dama (HQÑ).

Para conocer todas sus obras, pincha aquí

Otras obras de la autora

Un duque para mí.

Serie Nobles nº 1

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, está decidido a evitar a las matronas que sueñan con casarlo con sus aburridas hijas. Con ese fin, ha trazado un plan que está seguro de que no puede fallar. Con lo que no ha contado es con el carácter de la dama que necesita como cómplice para que dicho plan tenga éxito.

Lady Brianna Warwick no desea ser cortejada falsamente para cubrir apariencias. Ella está dispuesta a apostar fuerte y a arriesgar todo cuanto posee, si con ello consigue lo que su corazón ansía: el amor de cierto duque huidizo que la saca de quicio y le acelera la respiración.



Kilo y ¾ de amor.

Gabrielle sabe que los zapatos sientan bien a todas las mujeres, tengan la talla que tengan. Que calzada con unos stilettos cualquier chica puede sentirse capaz de comerse el mundo y, que las zapatillas adecuadas tienen el mismo efecto que un tacón de diez centímetros. Por ello ha escogido diseñar zapatos como medio de vida y, gracias a esa pasión que siente por lo que hace, su sello se ha convertido en la marca recurrente de millones de mujeres en todo el mundo.

Ahora está decidida a conquistar a la otra mitad de la población: los hombres. Y para ello necesita al modelo perfecto que encarne esa filosofía de vida que impregna sus diseños.

El problema es que se niega a mezclar el trabajo con el placer y, su nuevo modelo, está hecho para ser la horma perfecta de su zapato.

